



# Estela

Émeric Bergeaud

BIBLIOTECA



AYACUCHO

BIBLIOTECA AYACUCHO es una de las experiencias editoriales más importantes de la cultura latinoamericana. Creada en 1974 como homenaje a la batalla que en 1824 significó la emancipación política de nuestra América, ha estado desde su nacimiento promoviendo la necesidad de establecer una relación dinámica y constante entre lo contemporáneo y el pasado americano, a fin de revalorarlo críticamente con la perspectiva de nuestros días.

Claves de América es una de las colecciones populares o de bolsillo de la Biblioteca Ayacucho. Se dedica a editar obras fundamentales de poca extensión y versiones abreviadas o antológicas de los autores publicados en la Colección Clásica. Sigue el rastro del dinámico género de la crónica que narra las maravillas del mundo americano, da cabida a la reflexión crítica y estética, y complementa y redondea los asuntos abordados por las otras colecciones de la Biblioteca Ayacucho. Los volúmenes llevan presentaciones ensayísticas con características que los hacen accesibles al público mayoritario.





**BIBLIOTECA**  **AYACUCHO**

MINISTERIO DEL PODER POPULAR  
PARA LA CULTURA

Freddy Ñáñez  
Ministro del Poder Popular para la Cultura

Aracelis García  
Viceministra para el Fomento de la Economía Cultural

---

FUNDACIÓN BIBLIOTECA AYACUCHO  
CONSEJO DIRECTIVO

Humberto Mata  
Presidente

Edgar Páez  
Director Ejecutivo

Alberto Rodríguez Carucci  
Rosa Elena Pérez  
Mariela González de Agrella  
Pedro Cabrera

# Estela

Colección Claves de América





# Estela

Émeric Bergeaud

42

Presentación  
Luis Duno Gottberg  
Juan Antonio Hernández

Traducción  
Luis Duno Gottberg

BIBLIOTECA



AYACUCHO

© Fundación Biblioteca Ayacucho, 2016  
Colección Claves de América, Nº 42  
Hecho Depósito de Ley  
Depósito legal DC2016000643  
ISBN 978-980-276-533-1  
Apartado Postal 14413  
Caracas 1010 - Venezuela  
[www.bibliotecayacucho.gob.ve](http://www.bibliotecayacucho.gob.ve)

Dirección Editorial: Edgar Páez  
Coordinación de Edición: Shirley Fernández  
Coordinación de Producción: Elizabeth Coronado  
Coordinación de Multimedia: Jesús León  
Jefe de Corrección: Henry Arrayago  
Edición: Daniel Pérez Astros y Jorge Romero  
Diagramación: Daylin León y Gabriella Pérez

Diseño de colección: Pedro Mancilla  
Impreso en Venezuela/*Printed in Venezuela*

## PRESENTACIÓN

### LA REVOLUCIÓN HAITIANA

LA REVOLUCIÓN HAITIANA dio origen a la primera nación del hemisferio donde todos los hombres y mujeres, sin importar el color de su piel, eran libres por un derecho propio, un derecho conquistado mediante una cruenta lucha. Esta constituye, asimismo, la única rebelión de esclavos exitosa en la historia moderna y, por ende, representa una suerte de acontecimiento inimaginable. Fue a través de la violenta irrupción de sujetos previamente invisibilizados en la antigua colonia francesa de Saint-Domingue que los esclavos y los descendientes libres de africanos, forzaron a los jacobinos del otro lado del Atlántico (tal y como lo describiera magistralmente C.L.R. James), a ser consecuentes con los valores universales que habían proclamado pocos años antes. Los revolucionarios metropolitanos se vieron obligados a ampliar su noción de los “derechos del hombre”, incorporando a aquellos que, hasta entonces, parecían incapaces de rebelarse y, mucho menos, de articular un proyecto de nación.

A pesar de su carácter ejemplar y de sus grandes logros (o quizá, precisamente, a causa de todo ello), la Revolución Haitiana fue poco estudiada y mal comprendida, tanto por la historia popular como por la académica. Esto es precisamente lo que ha señalado el gran estudioso de Haití, Michel-Rolph Trouillot, al sostener que

esta revolución devino en una “historia impensable”, una suerte de “no-evento”. Sin embargo, es precisamente el carácter inimaginable de la rebelión de los esclavos de Saint-Domingue lo que la transforma en una gesta emancipadora extraordinaria. En efecto, el filósofo francés Alain Badiou ha teorizado la noción de “evento” (*événement*), definiéndola como aquella ruptura abrupta y profunda que en el ámbito político, cultural y social, cuestiona, de modo radical, el orden establecido. Se trata de una fractura que crea nuevas configuraciones en todos los planos de la vida colectiva.

En el caso de la política, en tanto “arte de lo imposible”, no sería otra cosa que la irrupción de algo absolutamente novedoso e imprevisto, impensable desde las estructuras tradicionales del poder: la aparición de una subjetividad colectiva que se propone ir más allá de lo que ha sido considerado, hasta entonces, como el horizonte insuperable de una sociedad determinada. Revolución y Evento devienen sinónimos; términos intercambiables que resultan especialmente radicales cuando los situamos dentro de una formación social esclavista. La fidelidad a un evento (fidelidad entendida como un proceso subjetivo a través del cual el evento es reconocido y sostenido) es, entonces, lo que nos constituye como sujetos de una política emancipadora. Esto fue precisamente lo que ocurrió a la población esclava en la pequeña gran isla de Haití, al convertirse en “los jacobinos negros”.

## LA NOVELA HAITIANA DEL SIGLO XIX

La novela haitiana del siglo XIX ha sido ignorada por la historiografía literaria del Caribe y de América Latina. De algún modo parece comprensible, dado que se trata de un pequeño corpus textual que llega hasta nosotros con varios desafíos. En primer lugar, se trata de un archivo minúsculo que se inicia en la segunda mitad

del siglo XIX y que cuenta con pocas obras. En segundo lugar, el acceso a las fuentes primarias resulta sumamente difícil. En tercer lugar, llama la atención que la mayoría de los autores tiende a alejarse de la realidad haitiana, situando sus relatos en territorios lejanos. Estos desafíos son, sin embargo, indicativos de las presiones bajo las cuales se conforma una literatura nacional dentro de un contexto poscolonial.

En lo que respecta al idioma, las novelas haitianas del siglo XIX fueron escritas en un francés estándar, siguiendo de manera fiel los cánones estéticos de la metrópolis europea: Balzac, Hugo y Zola vienen a la mente del lector que recorre las páginas de esas narraciones. El creole haitiano, que fue empleado en la poesía desde finales del siglo XVIII y en algunos relatos breves, no fue utilizado en la novela sino hasta dos siglos más tarde.

A pesar de cualquier escollo, la novela haitiana del siglo XIX ofrece una valiosa visión del complejo desarrollo de una literatura nacional que se gesta bajo las presiones del orden poscolonial. Asimismo, estas obras no solo constituyen importantes fuentes primarias para la exploración de los orígenes de la tradición literaria de Haití, sino que también arrojan luz sobre los imaginarios raciales, los procesos de transculturación, la legitimación del Estado nacional, la dependencia cultural y la identidad popular.

Podemos calificar a estos novelistas como pioneros, puesto que fueron los primeros en desarrollar narrativas de largo aliento en Haití, aunque ninguno haya sido “original” en lo que se refiere a sus opciones estéticas. Críticos como Gouraige, Pompilus y Berrou han agrupado a estos escritores en dos grupos. La “escuela romántica”, dominada por Émeric Bergeaud, Demesvar Delorme, y Louis J. Janvier y la llamada “escuela nacional”, surgida ya en la transición hacia el siglo XX y liderada por Frédéric Marcelin, Fernand Hibbert, Justin Lhérisson, Antoine Innocent, Jules Do-

mingues y Amédée Brun. Esta última corriente también ha sido llamada la “generación de *La Ronde*”, nombre de la revista que los reunió hacia 1898. Aunque algunas de las novelas atribuidas a estas escuelas fueron publicadas ya en pleno siglo XX, también resultan relevantes para el panorama general de la novela haitiana del XIX, debido a los tópicos que abordan. Cabe agregar que algunas elecciones estéticas de sus autores formaban parte tanto de la tradición romántica como de la realista.

En este punto, conviene destacar que la mayoría de los enfoques críticos sobre la novela haitiana del siglo XIX, tienden a ser descriptivos, centrándose en aspectos meramente anecdóticos o formales, sin tener en cuenta un ámbito sociocultural más amplio. Existen algunas excepciones importantes, como Pompilus (1961), quien proporciona un contexto general para comprender la época. Asimismo, Trouillot (1962) ofrece uno de los primeros estudios sociocríticos sólidos en torno a este período. Por último, Dash (1981) y Hoffman (1982) ofrecen los mejores estudios de este corpus, mediante lecturas que combinan aspectos literarios y sociopolíticos.

## ÉMERIC BERGEAUD: PRIMER NOVELISTA HAITIANO

Émeric Bergeaud (1818-1858) es conocido como el primer novelista haitiano. Nació en la ciudad de Les Cayes, al suroeste de la isla, y murió en el exilio después de participar en una revuelta contra el presidente (y luego emperador) Faustin Soulouque. Bergeaud también se desempeñó como secretario de su tío Jérôme Borgella, un importante líder mulato del sur del país. La novela *Estela* es la única que conocemos de su autoría y fue publicada póstumamente en 1859. La obra fue además concebida y escrita durante su exilio en Saint Thomas.

*Estela* es el primer relato fundacional haitiano. Se trata de una historia casi mítica sobre los orígenes de la nación, sustentada en la ideología imperante en la intelectualidad mulata de su tiempo. La novela representa no solo el nacimiento de Haití como resultado de la revolución, sino que, de manera oblicua, alude a las luchas entre las facciones políticas *noiriste* y *mulâtre* durante la primera mitad del siglo XIX. No cabe duda de que los conflictos entre negros y mulatos, enfrentados por el control del Estado durante la época de Bergeaud, dejaron significativas trazas en el texto, entremezclándose así la política contemporánea con el relato de la rebelión dirigida por Louverture, Dessalines, Pétion y Christophe. *Estela* es entonces, en este sentido, un relato en clave que responde a los conflictos de su tiempo.

Los enfrentamientos a los que nos referimos constituyen una parte esencial del proceso de construcción de hegemonía cultural y política en Haití durante los siglos XIX y XX. Por tal motivo, un abordaje cuidadoso de la novela de Bergeaud lee también, entre líneas, una serie de álgidos debates sobre la historiografía de la revolución. Se trata, por decirlo de algún modo, de un ejercicio historiográfico profundamente “racializado”. En uno de los tratamientos más completos del tema, David Nicholls sitúa los orígenes de la distinción entre *noiristes* y *mulâtres*, en tanto ideologemas de la historiografía haitiana, a partir de la recepción mulata de los tres primeros volúmenes de la monumental *Histoire d’Haïti* de Thomas Madiou (1847). En esta versión de Madiou, los líderes negros Toussaint Louverture, Jean-Jacques Dessalines y Henri Christophe reciben un tratamiento bastante favorable, en contraste con otras historias que denigran de ellos.

Vale la pena señalar además que, durante su trabajo de investigación, Madiou se mantuvo en estrecho contacto con los antiguos soldados revolucionarios de estos tres grandes héroes. Frente

a esta perspectiva, los historiadores que elaboraron “la leyenda mulata”, entre ellos el amigo del autor de *Estela* y prologuista de la novela, Alexis Beaubrun Ardouin (1796-1865) y Joseph Saint-Rémy (1816-1858), representaron a Toussaint como un simple instrumento de los colonos blancos, a Dessalines como un déspota salvaje, y a Christophe como un tirano lleno de odio hacia los mulatos. Pétion y Boyer, los dos líderes mulatos más importantes, después de Rigaud, son representados de manera típicamente maniquea, como liberales, humanos, civilizados y honestos. La visión del pasado revolucionario haitiano reconstruido desde esta “leyenda mulata” concibe a las masas esclavizadas que conservaron prácticas culturales de origen africano como un conjunto humano ignorante y bárbaro que necesitaba ser “civilizado”. El vudú, por ejemplo, era condenado por Ardouin como algo que perpetuaba la “barbarie” de la población negra<sup>1</sup>. La revolución, para esta escuela histórica, solo podía comenzar en 1789 y, de manera más específica, a partir de los contactos de Ogé con la Société des Amis des Noirs en la Francia revolucionaria y con Clarkson en la Inglaterra abolicionista. Todo lo cual, desde luego, equivale a sostener que la Revolución Haitiana no es otra cosa que una manifestación epigonal de la Revolución Francesa y del abolicionismo anglosajón.

Una lectura superficial de *Estela* pudiera llevar a la conclusión de que su autor adhiere, en su totalidad, la “leyenda mulata”. Sin embargo, sin desprenderse completamente de esa ideología, Bergeaud ofrece elementos que sugieren el intento por superar el maniqueísmo de las dos corrientes historiográficas, apostando a una síntesis que apuntale la unidad del pueblo haitiano dentro de una narrativa nacionalista que nunca pierde de vista los vínculos

---

1. David Nicholls, *From Dessalines to Duvalier*, New Jersey, Rutgers University Press, 1996.



con la metrópolis y las ideas de la Ilustración. En *Estela* se intenta un balance, sin duda precario, entre todos esos elementos.

El relato se apropia de elementos de la mitología occidental y así, por ejemplo, los hermanos protagonistas reciben los nombres de Rómulo y Remo en clara alusión a los fundadores de Roma. Simultáneamente encontramos importantes alusiones a la religión judeo-cristiana. En cualquier caso, los hechos narrados se relacionan explícitamente con los acontecimientos centrales de la Revolución Haitiana. Pero, antes de entrar en la narrativa, cabe destacar que hasta la tercera edición francesa, *Estela* no estuvo disponible durante más de siglo y medio. Publicada originalmente como *Stella: Avec des de l'auteur avertissement et une préface de Beaubrun Ardouin* (1859), el lector tiene en sus manos la primera traducción en nuestra lengua de esta obra.

## LA PRIMERA NOVELA FUNDACIONAL HAITIANA

Luego del terremoto de febrero de 2010, el mundo se enteró, a través de las agencias de noticias, de la recuperación, entre los escombros del palacio presidencial en Puerto Príncipe, de *Le Serment des ancêtres*, pintura emblemática de Lethière Guillaume Guillon y uno de los tesoros del patrimonio artístico del Estado haitiano.

Se trata, precisamente, de una obra que intenta expresar la difícil búsqueda de la unidad entre los mulatos y los negros después del triunfo de la revolución de 1804. No es casual que su autor, un artista mulato nacido en Guadalupe, hijo del propietario de una plantación y de madre esclava, se formase en París bajo la impronta del neoclasicismo jacobino de Jacques-Louis David.

*Le Serment des ancêtres* se propone simbolizar la superación de uno de los antagonismos más violentos de la revolución antiesclavista. A lo largo de la historia de Haití, este antagonismo que

ha enfrentado a negros y mulatos constituye, sin lugar a dudas, un residuo racista de la división de colores establecida por el sistema colonial, vale decir, ha sido la expresión de una especie de “colonialidad” tras la fundación del Estado nacional.

Tal conflicto de colores llegó hasta el extremo de provocar la división territorial de Haití, después del asesinato de Dessalines en 1806, dando nacimiento a dos Estados distintos y a una situación de guerra latente entre ambos: la república mulata asentada en el sur y presidida por Pétion, enfrentada al reino negro del norte con Henri Christophe como su monarca.

En este punto es importante destacar que la fecha de la pintura de Guillon, 1822, condensa un momento histórico de gran significación: el fin del reino de Christophe en 1820 y la reunificación del país, ese mismo año, bajo la conducción republicana de Boyer, líder republicano mulato que accede al poder luego de la muerte de Pétion.

En la obra de Guillon encontramos representados a Dessalines y a Pétion. Sin embargo, bajo la evocación de estos personajes históricos podemos reconocer dos figuras conceptuales, inmersas en un espacio intensamente alegórico, propuestas por el artista como metonimias de lo que es ser “negro” y “mulato”. Ambas figuras, mientras se encuentran tomadas del brazo, tocan lo que es, sin equívocos, la piedra fundacional de la nación. El gesto se completa con la mirada de ambos hacia los cielos, en éxtasis, bendecidos por una imagen bastante convencional del Dios cristiano: patriarcal, blanco y con barba.

*Estela*, puede valorarse, entre otras cosas, como el equivalente literario (una suerte de “écfrasis” o representación escrita de una pintura) de *Le Serment des ancêtres*. Acaso la diferencia más notable entre ambos artefactos sea (más allá, desde luego, de toda la distancia que pueda existir entre una narración literaria y un cua-

dro) que la novela propone, en lugar del Dios del Antiguo Testamento, a una especie de diosa grecorromana, una joven pitia cuyo nombre otorga a la narración su título. Estela es encontrada por los dos hermanos, Rómulo y Remo, entre las ruinas de la mansión que destruyeron para vengar la muerte de su madre, una esclava africana brutalmente asesinada por el dueño de la plantación, identificado solamente como el “Colono”, paradigmático villano propio de las narrativas melodramáticas francesas que seguramente tuvo presentes Bergeaud a lo largo de la composición de su obra.

No cabe duda de que tal y como ocurre con la representación de los héroes en *Le Serment des ancêtres*, los dos hermanos en la novela de Bergeaud alegorizan la polaridad mulato-negro mientras que, al mismo tiempo, pretenden trascenderla dialécticamente. Estela, por su parte actuará, durante toda la narración, como guía y oráculo de ambos hermanos a través de todas las vicisitudes de la revolución. Al final se revela algo que, nuevamente, acerca la novela a la pintura de Guillon, dentro de un clímax narrativo que resulta, desde luego, demasiado obvio para los lectores contemporáneos: Estela no es una mujer de “carne y hueso”, sino la encarnación de todos los ideales de libertad y justicia. La novela culmina confirmando la relación de la joven con lo sublime y trascendente: asciende al cielo luego de cumplir con su misión iluminadora (“civilizadora”) entre los rebeldes antiesclavistas.

Desde un punto de vista estrictamente histórico, la lucha por el control de Haití (dentro de la que *Estela* se encuentra inmersa al igual que *Le Serment des ancêtres*) no fue más que el choque entre dos élites: una, la clase comercial mulata situada en las principales ciudades; y otra, la clase negra, rural y militar. Como ya dijimos, no es difícil percibir las similitudes entre algunos de los elementos más importantes de la “leyenda mulata” y los rasgos fundamentales tanto de la interpretación pictórica de Guillon como de la

narración de Bergeaud. Valoramos en *Estela* el mismo esfuerzo por trascender o sublimar el antagonismo entre mulatos y negros proponiendo una síntesis de los discursos de las dos élites en disputa por el poder. Acaso por eso mismo podemos apreciar, a través de la caracterización del personaje de Estela, tanto un rechazo a la etapa más igualitaria de la Revolución Francesa (Estela viene de Francia, huyendo del terror de los *sans-culottes* para luego ser secuestrada por el dueño de la plantación donde la narrativa arranca) como una invocación a los valores “sublimes” y “trascendentes” de la civilización europea. Su descripción pretende, sin duda, ser una metáfora de esa misma civilización: una mujer rubia, poseedora del don de la clarividencia, con el que alerta a Rómulo y Remo, una y otra vez, de los peligros que los aguardan a lo largo del camino de la Revolución Haitiana, de manera más específica los peligros de la “barbarie” y de la desunión fratricida.

## ¿UN GESTO POSCOLONIAL?

Michel-Rolph Trouillot ha destacado que “la Revolución Haitiana ha entrado en la historia con la peculiar característica de ser impensable a pesar de haber ocurrido”, refiriéndose a aquellos historiadores quienes, durante la Ilustración europea, solo pudieron interpretar los acontecimientos en Saint-Domingue a través de “categorías prefabricadas”, propias de un orden del saber colonial y racista que excluía incluso la más remota posibilidad de pensar que una rebelión de esclavos en el Caribe pudiera vencer y constituirse en Estado.

Si bien es cierto que el autor de *Estela* permanece demasiado apegado a la Ilustración francesa, así como a su ideología republicana, inspirándose, en gran medida, en fuentes clásicas que eclipsan las pocas expresiones criollas que incluye en su relato, al mis-

mo tiempo y, a pesar de todo eso, podemos hallar en su texto trazas del evento haitiano: el suyo es un intento de narrar la revolución de Saint-Domingue desde una perspectiva haitiana. Su novela no es solo el primer texto de lo que se convertiría en una rica tradición literaria nacional, sino también un primer gesto poscolonial, incluso si lo valoramos como un gesto tímido, puesto que, por ejemplo, destaca las contradicciones de la República Francesa que defendía tanto la Declaración Universal de los Derechos del Hombre como un proyecto esclavista y colonial.

Émeric Bergeaud se distancia de las “categorías prefabricadas” negadoras de la capacidad de actuar autónomamente de los esclavos en Saint-Domingue, haciendo de Rómulo y Remo los creadores de la insurrección. Incluso si Estela que, como hemos visto, es descrita como una blanca de París, es la primera en pronunciar la palabra “independencia” y los dos hermanos parecen estar motivados, inicialmente, solo por su deseo de venganza. Resulta significativo que Bergeaud enfatice que la lucha de los dos protagonistas, contra el esclavista francés, ha comenzado mucho antes de la llegada de Estela a Saint-Domingue. Al localizar el origen de la revuelta entre los propios haitianos, en otras palabras, al imaginar a Rómulo y Remo actuando solos y sin la ayuda de fuerzas externas en el alzamiento, Bergeaud evita las tesis que relegan la Revolución Haitiana a ser un subproducto de otros eventos. En esto el novelista sigue, por decirlo de algún modo, las trazas del evento. Ni la Revolución Francesa, ni el poder colonial español, ni la lucha de Inglaterra por el control del Caribe son suficientes para explicar lo que pasó en Saint-Domingue entre 1791 y 1804. La esclavitud, la brutalidad colonial y el deseo de libertad están en el corazón de esta lucha, de acuerdo con Bergeaud.

Si acaso es cierto lo que Aimé Césaire postula, en su *Toussaint Louverture*, que estudiar Saint-Domingue es aprender en torno a

uno de los orígenes de la civilización occidental, entonces estudiar la primera novela haitiana que dio voz a los descendientes de los que ganaron, a sangre y fuego, la emancipación de los esclavos en esa isla del Caribe, quizá pueda ofrecer una comprensión más profunda de las muchas contradicciones que continuarían acosando los imaginarios tanto de las antiguas colonias en las Américas como de los imperios europeos que gobernaron sobre esos territorios.

En el caso de las nuevas naciones independientes, aparece, claramente, un conflicto entre el deseo de demostrar su valía emulando los modos de las metrópolis imperiales y la necesidad de afirmar su originalidad, su especificidad nacional. Se trata de un conflicto situado en el centro mismo de las producciones culturales de esas naciones poscoloniales. Por un lado, Émeric Bergeaud se esfuerza por alcanzar un modelo ilustrado de “civilización” y “progreso” concebido desde el otro lado del Atlántico para servir a Europa, y por lo tanto como el sujeto poscolonial que él es, se ve capturado en la trampa de asimilar y aceptar la misma epistemología que produjo su opresión. Por otro lado, Bergeaud sabe que tiene que distanciarse de Francia y acercarse a una identidad haitiana naciente asentada en la realidad histórica y social de la isla, a la vez que reconoce que la legitimidad de la escritura literaria e histórica permanece unida a una cierta aproximación estética y filosófica. Esta dialéctica será una característica constante de la literatura haitiana y *Estela* contiene las primeras semillas de esta compleja situación artística.

Con respecto a los antiguos imperios, cuando se trata de comprender plenamente las ideas actualmente vigentes sobre raza, nacionalidad e inmigración, resulta necesario remontarse a la historia colonial tal y como ha sido señalado por Laurent Dubois. Después de todo, fueron los exesclavos de Saint-Domingue los que obligaron a la Francia republicana a ampliar y universalizar su concepto

de los “Derechos del hombre” luego de que los negros rebeldes fueron convertidos en “ciudadanos de la República”. Capítulos de la novela como “Acusación, partida” y “El Pacificador” hacen visibles las divisiones que tuvieron lugar en el seno de la Asamblea Nacional francesa, cuando las facciones que representaban a los esclavistas de la Colonia y sus adversarios más radicales, los jacobinos, debatieron una solución a los eventos en Saint-Domingue y establecieron lo que significaba ser un ciudadano. *Estela* dramatiza esta lucha ideológica interna y saca a la luz el contexto histórico que daría origen a ideas contemporáneas sobre raza en la República francesa.

Vale la pena señalar que Bergeaud sitúa Haití en la encrucijada de las otras luchas por la independencia en las Américas. El narrador omnisciente de la novela recuerda al lector el papel histórico de Haití en la lucha de Estados Unidos contra el imperio británico y la deuda de Colombia hacia la primera república negra. Cuestiona, duramente, a la nación de Washington por haber olvidado al cuerpo militar de Les Chasseurs Volontaires de Saint-Domingue que luchó en la batalla de Savannah en 1779 contribuyendo a la independencia de su vecino del norte mucho antes que a la de los propios habitantes de Saint-Domingue, e insta a los colombianos a no olvidar nunca que Alexandre Pétion ofreció generosamente hombres y armas a Simón Bolívar en 1816, a pesar de que la nación haitiana no estaba en las mejores condiciones materiales para hacerlo. Todos estos detalles históricos se suman a la riqueza de archivo contenida en *Estela* y dan sentido a la esperanza del escritor de liberar a su patria del estado de aislamiento en que la encontraba de cara a sus vecinos.

*Luis Duno Gottberg y Juan Antonio Hernández*





## NOTA DEL TRADUCTOR

Abocarse a la primera traducción al español de la primera novela haitiana es una responsabilidad avasalladora. Las dificultades han sido muchas, comenzando por el deseo de cotejar el manuscrito original que, a pesar de una ardua búsqueda en bibliotecas a ambos lados del Atlántico, resultó infructuosa. Otra dificultad resultaba de la tensión entre ofrecer una prosa accesible al lector de hoy en día y preservar el estilo, casi arborescente, de la prosa francesa del siglo XIX. En este sentido, me he esforzado por mantener ciertos giros sintácticos del original, aunque con frecuencia tuve la obligación de introducir cambios que permitan fluir mejor la prosa y mantener el ritmo narrativo. Otro aspecto digno de mencionar es la aparición de numerosos localismos que he conservado por constituir un registro cabal de un discurso literario nacional que emerge entremezclado con las formas narrativas de la literatura metropolitana.

Quiero agradecer a Lillian Lozano, Gisela Heffes, Daniela Jaimes Borges, Gonzalo Ramírez Quintero y Mary Ann Gosser-Esquilin.

*L.D.G.*



## NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

La Biblioteca Ayacucho presenta la primera traducción al español de *Estela* de Émeric Bergeaud, realizada por Luis Duno Gottberg a partir de la primera edición publicada en París, por E. Dentu Libraire-Éditeur en 1859.

De dicha edición se mantienen la “Advertencia” de Émeric Bergeaud y el llamado “Al lector” de Alexis Beaubrun Ardouin (primer editor y preparador de la primera edición), pues dichos apartados ofrecen al lector información valiosa sobre el contexto histórico de la novela. También se conservan las notas al pie de página de ambos; las notas que corresponden al autor se identifican como (N. de É.B.), las notas del primer editor como (N. de A.B.A.) y las notas de Biblioteca Ayacucho como (N. de B.A.). Por último, se completaron las referencias bibliográficas en las notas de Bergeaud colocándolas entre corchetes para diferenciarlas de la información original.

Respecto al uso particular del francés del *vous* y el *tu*, los hemos traducido respectivamente por el *usted* y el *tú* a fin de dar cuenta de la intencionalidad “alegórica” que mantiene el narrador, a propósito de los personajes principales para representar lo mejor posible el español americano. Los topónimos se tradujeron al español, y por último, las palabras creole: *boucan*, *ajoupa* y *makoute*

se dejaron como lo propuso Émeric Bergeaud en su novela fundacional, para diferenciarse del francés colono en el que se registra la convivencia del francés con el creole. Respecto a las cursivas, se mantuvo el uso sui géneris del autor, correspondiendo así con su propia intencionalidad escrituraria.

B.A.

**Estela**



## ADVERTENCIA<sup>1</sup>

VARIOS AÑOS DE TRABAJO frecuentemente interrumpidos nos han conducido al fin de una obra cuya fuente principal ha sido la imaginación y donde hemos intentado poner en relieve alguno de los rasgos más bellos de nuestra historia nacional.

Al rodear estos hechos con los adornos de la ficción, no hemos querido añadir nada: aquello que es hermoso no necesita ser embellecido. Apelando a la novela, hemos querido cautivar simplemente los espíritus que no han sabido esforzarse en el estudio profundo de nuestros anales.

Una novela, sin tener la gravedad severa de la historia, puede ser un libro útil. Es lo que nos hemos dicho al abordar la empresa que ha ocupado por largo tiempo nuestro ocio: ¡que esta se corresponda con lo que anhelamos!

Sin embargo, para que este libro produzca algún bien, no solo debe contar con la novela en su forma. Es necesario que sea portadora de la verdad, y por este motivo hemos tenido cuidado de no desfigurar la historia.

---

1. Advertencia de Émeric Bergeaud perteneciente a la primera edición de 1859. (N. de B.A.).

La revolución de Saint-Domingue, parto laborioso de una nueva sociedad, les dio vida a cuatro hombres que personifican los excesos y la gloria: Rigaud, Toussaint, Dessalines, Pétion.

Tomamos prestados de la vida de estos hombres los detalles necesarios para completar aquella de dos hermanos que, propiamente hablando, no poseen individualidad.

*Rómulo*, *Remo* y el *Colono* son seres colectivos, la *Africana* es un ideal, *Estela* una abstracción.

Dicho esto, no nos queda más que declarar la piadosa devoción que nos ha inspirado la idea de escribir este libro donde rendimos homenaje a la patria.



## AL LECTOR

ÉMERIC BERGEAUD consagró el triste ocio de un largo exilio a la redacción de este libro: trabajando para sus compatriotas, buscó un consuelo ante los rigores y las molestias de su situación, lejos de su tierra natal. ¡De esa patria que su venerado padre había contribuido a fundar para toda una raza de hombres oprimidos durante siglos!

En 1857, sintiéndose afligido de un mal que ponía en peligro sus días, vino a París para reclamar el socorro de la ciencia que, ¡lamentablemente!, resultó impotente. Con la certeza de su curación, llevó consigo el manuscrito para que se imprimiera; mas al no obtener una mejoría inmediata, me lo confió.

Mientras tanto, de regreso al país donde vivía, vio llegar su última hora con la calma de una conciencia irreprochable, con esa resignación de un cristiano que se somete a la voluntad del Todo Poderoso, aunque esperando de su bondad mejores tiempos para Haití. Y, por qué no decirlo, fue después de haberme expresado sus presentimientos de que un nuevo orden de cosas no llegaría sino por la devoción piadosa del valiente general que, recientemente, llevó a cabo las aspiraciones de la nación.

Extrañándolo sinceramente, cumplo hoy la promesa que hice a mi amigo de publicar su libro, cuando lo juzgara oportuno.

Me atrevo a esperar que nuestro país acoja con simpatía esta obra en la que el patriotismo se descubre en cada página; que rinda justicia a los sentimientos de un ciudadano virtuoso que perdió su vida en tierra extranjera, y quien siempre mereció su estima.

Haití verá sin duda, en esta composición literaria, que el exilio tuvo, a pesar de todo, su encanto para esta noble alma. Ya que de aquí supo obtener satisfacción a sus deseos incesantes de felicidad y prosperidad para su patria; algo que no podía resultar sino de la unión sincera de todos sus hijos.

Que la respetable viuda y la familia de mi amigo encuentren en la acogida de su obra patriótica un tenue consuelo a la desdicha que han vivido.

*Alexis Beaubrun Ardouin*  
París, 10 de mayo de 1859

## SAINT-DOMINGUE

*¿Conocéis el país del cedro y la viña,  
donde siempre hay flores nuevas  
y el cielo siempre brilla;  
donde las alas ligeras de Céfiro,  
en medio de jardines de rosas,  
se doblan bajo el peso de los perfumes;  
donde el limonero y el olivo cargan bellos frutos;  
donde el canto del ruiñeñor jamás enmudece;  
donde los tintes de la tierra y los matices del cielo,  
aunque diferentes, rivalizan en su belleza?*

*La novia de Abydos, Lord Byron*

EN UNA TIERRA AFORTUNADA, en el seno de una naturaleza seductora y pródiga en los dones más preciosos, vivía, o más bien vegetaba, mísera y humillada, hacia finales del siglo pasado, una joven familia violentamente secuestrada de su humanidad.

Habitaba en una planicie, en una pobre cabaña protegida por un naranjo. El árbol, como si sintiera piedad de la frágil choza, extendía paternalmente sus vigorosas ramas sobre esta y parecía inclinarse a propósito para protegerla del viento.

Encima de una colina, no lejos de allí, se elevaban las blancas murallas de una gran mansión. De proporciones vastas, aspecto imponente y arquitectura sólida, el edificio tenía en su apariencia exterior algo de castillo feudal de la Edad Media, con su techo recubierto de tejas que se desplegaba rojo y siniestro sobre el cielo azul.

El contraste entre estas dos edificaciones era claro, y los respectivos lugares de las personas que las habitaban no daban lugar

a confusión. La opulencia estaba allí en presencia de la miseria, el orgullo frente a la degradación, el poder por encima de la debilidad que aplastaba a su gusto.

El amo de la suntuosa mansión, una especie de Sardanápalo rústico, disponía de la fortuna de un rey, a juzgar por la cantidad de oro que apostaba, disipaba y empleaba en satisfacer sus gustos innobles y depravados. Todos los goces costosos de la vida estaban a su disposición; no había placer que no gustara, aun cuando este hiciera gemir y gritar a la humanidad.

Por el contrario, los huéspedes de la *ajoupa*<sup>1</sup> eran unos verdaderos parias que no tenían nada propio. ¿Cómo es posible? Los desafortunados estaban casi reducidos a robar las plantas que sus brazos cultivaban para poder alimentarse. Apenas osaban tomar los frutos maduros del árbol que se encontraba frente a su puerta; porque en efecto, su jardín y sus frutos pertenecían a otro y ellos mismos eran *propiedad ajena*, despreciada, temblorosa.

¡Renunciamos a pintar los sufrimientos de esta joven familia encadenada en medio de tantos bienes, sin poder disfrutar de ninguno de ellos y sin tener más que lágrimas de miseria y vergüenza que ofrecer a la Divinidad protectora de este feliz clima!

La esclavitud doblegaba con mano férrea a estas pacientes criaturas, condenadas a pedir a la tierra los tesoros que ellos pagaban con su sudor y su sangre. Y no satisfecho con subyugar sus cuerpos mediante el trabajo y la tortura, el *monstruo insaciable* aún quería *matar* su alma con la humillación y la indigencia. Necesitaba como siervo un ser humano despojado de sus facultades celestes, y reducido a la insensibilidad moral del bruto.

---

1. *Ajoupa* hace referencia a un tipo de construcción haitiana que es parecido a una cabaña o choza, construida sobre pilares y cubierta con ramas, hojas o juncos. Las paredes son hechas de bahareque, material típico de las construcciones caribeñas. (N. de B.A.).

Una hechicera de fábula había transformado a los hombres en cerdos, a fin de mantenerlos con mayor seguridad bajo sus leyes fatales: era esta la metamorfosis indispensable que realmente se cumplía con la ayuda de las cadenas, el cepo y el fuele homicida.

Y en el curso de esta transformación inmundada, el esclavo, por una simple falta, podía ser encerrado entre dos planchas de hierro, o arrojado a un caldero de azúcar hirviendo; otras veces era colocado sobre la rejilla ardiente y otras veces, ¡hasta enterrado vivo!

Tales fechorías no podían quedar impunes. Atraieron, como castigo, numerosas centellas sobre las cabezas de sus autores. Un día la *Justicia*, nacida de lo más alto, vino a pronunciarse solemnemente entre los opresores y los oprimidos, los verdugos y las víctimas.

¡Y la venganza fue terrible...!

.....

¡Qué lugar risueño es Saint-Domingue, *la Reina de las Antillas*! ¡Qué de bellezas, qué de maravillas reunidas por la mano gloriosa del Creador en ese lugar! Amigos de la naturaleza, filósofos, poetas, vengan a regocijarse, vengan a instruirse. Se inspirarán en el seno de tanta maravilla. Vengan a saciarse de nuevas emociones, calienten su espíritu bajo rayos vivificantes, colmen su alma con todas las fuentes de la poesía y del amor.

Altas montañas ennoblecen el aspecto del país, lo rodean y lo protegen, como un ejército de Titanes dispuestos a protegerlo. A sus pies se extienden inmensas planicies donde su sombra se proyecta en un eterno océano de verdor.

De sus laderas altivas escapan torrentes que saltan, espuman y rugen en el fondo de los precipicios; se dirían tormentas subterráneas. Sobre alguna de sus altas cimas duermen estanques, aguas misteriosas, que asemejan gigantescos cuencos.

Sabanas poéticas, valles deliciosos, colinas pintorescas, bosques vírgenes, ríos de ondas frescas y puras se desvían caprichosamente mientras la sombra del bambú se suma a este salvaje esplendor.

Vengan a contemplar el cielo y el mar, que en ningún otro paraje es tan hermoso y habla tanto de Dios.

¡Qué morada más deliciosa!

Aquí la vegetación, asombrosa por su vigor y preciosidad, eternamente exuberante, es mil veces más prodigiosa después de un huracán, fenómeno grandioso y terrible de los trópicos, que rompe los árboles, arranca las rocas y trastorna la naturaleza entera. El otoño suspende guirnaldas en las ruinas, unge los bosques, siembra flores por doquier y aumenta la magnificencia de los campos de caña, prestándole crestas blancas que ondulan bajo la brisa. El invierno, hermano mayor de las estaciones, en otro hemisferio se cubre tembloroso, mísero y triste con su manto de nieve, mientras que aquí es el más joven, el más alegre, el más opulento de los hijos del año. Nada iguala la abundancia de tesoros que este propicia.

De igual manera, la golondrina no emigra jamás de esta patria feliz; el *músico*<sup>2</sup> continúa invariablemente sus conciertos y el tórtolo sus amores.

Vean el limonero tan verde, tan fresco, tan perfumado, que parece nacido de la voluptuosa sonrisa de la naturaleza.

---

2. Al este de Vallière se encuentra el Monte Organisé, [comunidad haitiana situada al noreste de la isla], que depende de la primera. Esta montaña se llamó *Organisé* debido al pájaro que la habita y que se ha denominado “músico” (u organista), a causa de su brillante gaznate y su facilidad para modular numerosas notas musicales con una exactitud que fascina al hombre, siempre atento de su entorno. Es una de las dichas de este elevado lugar (Moreau de S. Méry, tomo I, p. 155). (N. de A.B.A.).

Noten esos naranjales que ningún hombre ha plantado y que, manifestando todo aquello que los poetas han concebido como encantador, derraman continuamente la riqueza de sus flores y sus frutos dorados.

Admiren esos bosques de palmeras que se extienden hasta perderse de vista y ante los cuales se detiene el viajero, poseído de cierto respeto religioso. Esos árboles majestuosos, de troncos lisos y rectos, de follajes en forma de domo y coronados por ligeras flechas simétricas, representan las innumerables columnas de un templo de mil cúpulas, erigido por algún piadoso genio del desierto.

¿Podemos invitarlos a otros espectáculos? Vengan de noche al arroyo, cuando la luna resplandeciente toma posesión del cielo y agita, divina reina, sus diamantes sobre el mar; o bien escalen cualquier pico elevado cuando nace el día. Allí sentirán su imaginación exaltarse y su espíritu confundirse; allí no podrán sino arrodillarse y rezar en un mudo éxtasis<sup>3</sup>.

---

3. La Srta. Wright, recorriendo los campos de Haití, arribó a un lugar elevado donde la vista abraza un vasto horizonte. El sol se elevaba; la cima dentada de la montaña de *La Selle* se desplegaba sobre un cielo espléndido. Todo el lujo de una vegetación exuberante brillaba con los primeros rayos de la mañana. El panorama era tan gratificante que la sensible viajera descendió espontáneamente del caballo y se entregó, admirada, a una larga ensoñación. (N. de É.B.). En la edición original aparecía una cita aclaratoria de Alexis Beaubrun Ardouin: “Miss Francis Wright, escocesa de origen y dueña de una gran fortuna, vino a Haití en 1832, con una treintena de esclavos, para hacerlos disfrutar de las bondades de la libertad. Estos esclavos habían sido parte de una plantación de Luisiana. Al comprarlos, Miss Wright, quien había predicado contra la esclavitud, buscaba brindar pruebas a los colonos americanos de que un régimen suave y humano era mejor que su sistema violento y cruel, fundado en la pretendida maldad de los africanos. Ella fracasó en esta tentativa, cuyo fin era mejorar la suerte de los esclavos. Sus vecinos asumieron el compromiso de impedir, con todos los medios a su disposición, que realizara su generoso propósito. De tal modo habían sorbido la amargura y el odio que arremetían contra su propia

La escena supera al pintor. Dejemos el campo virgen al talento cuyo imperio no osamos usurpar y adelantémonos a decir que en este país encantador hay lugares más pintorescos que los de Suiza; paisajes románticos que Italia envidiaría y curiosidades superiores a las bellezas de España.

Y, cosa extraordinaria, ni un solo reptil peligroso, ni una sola bestia feroz, ni un solo enemigo que pudiera disputar al hombre los frutos abundantes de su fácil labor.

*...Neque illum*

*Flava Ceres alto nequicquam spectat Olimpo*<sup>4</sup>.

Así es esta maravillosa isla, cuyo nombre de esclava era Saint-Domingue.

---

gente. Alejándose de esa tierra de egoísmo, la filántropa llegó con sus esclavos a Haití, como lo hemos dicho, a fin de liberarlos. Los trajo en una nave fletada por ella y cargada de provisiones para estos desdichados que ella llamaba sus hijos. Miss Wright hizo una incursión en el interior del país y lo declaró el más bello que hubiera visto, sin exceptuar Suiza”.

4. *Los trabajos de Ceres salen de lo alto del cielo* (Virgilio. *Geórgicas* [Libro I]). (N. de É.B.).



## MARÍA LA AFRICANA

LA JOVEN FAMILIA, esclavizada en Saint-Domingue, estaba integrada por una madre y sus dos hijos, aún adolescentes.

Por una extraña razón, por un pintoresco juego de la naturaleza, el más joven tenía la tez pálida como la caoba, mientras que el mayor podía compararse al ébano más negro. Esta diferencia de colores no disminuía un aire de familia que permitía reconocerlos como hermanos a primera vista.

María, la joven madre, era negra como su hijo mayor. Ella había alcanzado esa edad en que la belleza se vuelve seria, sin perder ninguno de sus encantos. Un rostro melancólico y dulce, unos ojos que hacían pensar en los de la gacela de su país, una boca adornada de brillantes perlas, una piel delicada y fina, a la que la acción continua del sol de los campos había pulido como el mármol. Estos eran los rasgos de ese semblante. Los vestidos humildes de la joven dejaban adivinar las formas de su graciosa figura. Su espalda desnuda tenía la pureza de los modelos antiguos.

Cuando ella desembarcó en la colonia, unos veinte años antes del inicio de este relato, el Colono que tuvo por amo se *dignó* a mirarla. Fue necesario ceder a su capricho de sultán, y de tal capricho nació el segundo hijo que compartía ahora la ternura de la esclava.

El honor de haber sido la mujer del Colono por un día no trajo consigo ningún cambio en la suerte de la joven madre. Vivía constantemente atada al azadón, sin lograr reposo excepto cuando la enfermedad venía a veces a afligirla, a quebrantarla, a arrancar de alguna manera el instrumento de sus manos.

Su jornada de trabajo era abrumadora, y apenas le dejaba fuerzas para alcanzar su morada en la noche. Sin embargo, al regresar del campo, se la veía aún dedicada a preparar la modesta comida de sus hijos; llenando sus calabazas en el río; remendando sus pobres ropas; encargada de todo cuanto pudiera aumentar sus fatigas; como si ella no estuviera jamás fatigada, como si ella fuese de hierro.

¡Oh! Una madre, ¡qué fuente fecunda de devoción y amor, qué tesoro inagotable de virtudes heroicas y sublimes! Una madre es más que una mujer, es más que un ángel: es la misma Providencia que descende a la morada del hombre para recibirlo al entrar en la vida; para darle el calor de su aliento, el alimento de su leche; para ser el sostén de los primeros pasos de ese débil peregrino por el camino del mundo, la guía de su infancia, la consejera de su juventud, su amor, su idolatría en todas las edades; y a veces sacrificando la propia vida por este, como otro Redentor.

La Africana y sus hijos trabajaban juntos durante el día, y la noche los hallaba fielmente agrupados en torno al *boucan*<sup>1</sup>, en la choza humeante donde habitaban juntos los tres.

Esas cortas horas de descanso, consagradas ordinariamente a una charla libre y franca, eran lo único que satisfacía realmente la

---

1. En creole *boucan* hace referencia a la manera en cómo asaban la carne los indios *arawak*. Construían una estructura con postes de madera en donde se hacía la *barabicu* (considerada la raíz de la palabra *barbecue*, inglesa). Cfr. Annegret Bollée, *Dictionnaire étymologique des créoles français de l'océan Indien, Partie 2*, pp. 82-83; y cfr. Jean de Léry, *Histoire d'un voyage fait en la terre du Bresil, autrement dit Amérique*, pp. 153-154. (N. de B.A.).

existencia de esos desdichados, que más allá de esto se hallaban condenados a vivir temblorosos en silencio, bajo la mirada del Colono inmisericorde.

El observador oculto que hubiera asistido a la reunión cotidiana de la joven familia, en ese momento en que se encontraba libre de sus grilletes, la habría visto entregada a sí misma, cual bestia liberada de la yunta o del molino, y hubiera quedado impresionado del buen aspecto de la Africana, situada entre sus hijos, presidiendo esa comida de ilotas. Vería caer la odiosa máscara de la servidumbre y reaparecer la interesante criatura de Dios, tal como la creó la bondad paternal de aquel que no creó amos y esclavos, sino hombres.

La sala del festín, debemos decirlo, no era nada agradable. Faltaba la pieza más necesaria: la alegría no tenía lugar para sentarse. Tenía las dimensiones justas para contener a las tres personas junto al fuego. ¿Acaso hacía falta más para unos *viles esclavos*?

Sentados sobre la tierra desnuda, en torno a la llama del *boucan*, los convidados del infortunio, una vez saciada su hambre, se entretenían inocentemente, como solían hacer para distraerse de sus penas, antes de pedirle al sueño que los ayudara a olvidar.

El infortunio es, quizás, el padre de las fábulas. Se nutre de ilusiones y se complace luego en descarriar las almas, para hacer aún más dolorosa la realidad. Los cuentos se convirtieron en el consuelo de esa *ajoupa*; ¡sobre alados cuentos de hadas, tan ligeros como sus sueños, volaba la imaginación del esclavo en búsqueda de la felicidad que desconoce y de los bienes que jamás tendrá!

Una noche, la velada se prolongó más tarde que de costumbre. Era la madre quien hablaba. Contaba en esa ocasión una historia conmovedora y verdadera, que nosotros vamos a retomar para beneficio del lector:

—Yo nací bien lejos de aquí —les dijo ella a sus hijos—, en el seno de la felicidad y la abundancia. Mi padre era el rey de una poderosa tribu; mi madre la hija de un rey.

“Ambos me adoraban; yo era su única hija.

“Mi padre, ya anciano, pensó que había llegado la hora de casarme. Fijó sus ojos en un hombre digno de su confianza y, a la vez, de mi amor.

“Nuestra unión tuvo lugar, bajo los mejores auspicios.

“A una edad todavía próxima a la infancia, dejé el techo materno, cargada con los dones que mis queridos padres me inculcaron.

“El esposo que mi padre me había escogido era un oficial de confianza, guapo, joven, valiente; más no lo fue para mí. ¡Ay qué desdicha! Él no alcanzó a vivir mucho.

“Una lágrima surcó la mejilla de la Africana; ella la limpió con el dorso de la mano y continuó:

—En la época de mi matrimonio, el jefe de una tribu vecina le declaró la guerra a mi padre. Desde el primer momento hicimos muchos preparativos para la defensa; pero la vigilancia no tardó en dormirse ante una falsa sensación de seguridad.

“Al cabo de poco tiempo, el enemigo se presentó inesperadamente a nuestras puertas. Le opusimos poca resistencia, por lo que consiguió apoderarse sorpresivamente de nuestro pueblo, haciéndose amo de nuestras vidas.

“Mi padre fue asesinado en el combate; mi marido murió valientemente a su lado. Mi madre y yo fuimos llevadas como prisioneras al territorio de nuestros captores, quienes nos vendieron a los traficantes que nos embarcaron hacia Saint-Domingue.

“La nave, o más bien el calabozo flotante donde fuimos encerradas, cargadas de cadenas, tenía algo terrible que recordaré siempre. Era más bajo que mi cintura, el aire entraba en tan poca

cantidad que nos asfixiábamos. Los días lúgubres reinaban. Un he-  
dor insoportable se escapaba de las paredes de esa infecta jaula.

“Mi madre no tuvo la fuerza para luchar contra tales su-  
frimientos y sucumbió dos días después de nuestro embarque.

“Yo sobreviví de milagro. Mi aislamiento y las desdichas su-  
fridas, golpe sobre golpe, hicieron mi existencia aún más ardua  
que mis cadenas. Resolví emanciparme, mas uno no puede enga-  
ñar al destino...

“El amor a la vida regresó con los primeros dolores del parto:  
pues olvidaba decir que estaba encinta y en vísperas de ser madre  
cuando partí.

“Tu llegada a este mundo –continuó diciéndole a su primer  
hijo– consoló mi corazón, aunque fue difícil mantenerte con vida.  
Durante largas horas dejaste escapar sordas quejas, sin gritar ni  
moverte. Te creíamos moribundo: no tenías más que el aliento.  
Algunas gotas de agua entregadas por piedad fue lo único que to-  
maste durante dos días de agonía.

“¿Cómo saliste de ese estado, sin socorro y a pesar del mal  
aire de nuestro calabozo? Eso es lo que yo intentaré explicar inú-  
tilmente.

“Parecido al fruto que cae del árbol en el bosque, tú echaste  
raíz, gracias a una mano oculta que te abrió un surco en la vida, a  
espaldas de los hombres. A medida que crecías, mi dicha materna  
abrió lugar a una amarga pena. Lamenté haberte dado la vida para  
atarte a mis males. Solo en esta tierra, sin mí, ¿qué sería de ti?  
Estas reflexiones nacidas del horror frente a mi estado actual me  
arrastraron a la desesperación, cuando fui llamada nuevamente a  
ser madre por segunda vez.

“Entonces sentí un dulce presentimiento que tal vez se reali-  
zará. Y, mientras esperan, hijos, escúchenme; recuerden bien estas  
palabras:

—¡La planta solitaria es fácilmente arrancada o torcida por el viento! Para protegerlos de una soledad funesta, la misma mano que los salvó, dio vida a un compañero, a un amigo, a un hermano. ¡Hónrenlo con afecto! En su bondad previsiva, esta quiso que, en los malos tiempos, este hermano que se nutre de la sangre de su madre, no halle interés contrario al de ustedes. De tal modo que amándolo y apoyándose en él, podrán resistir a la suerte esquiva que parece negarles este mundo y que los ha desheredado desde la cuna.

Los dos hermanos escuchaban por primera vez esta íntima historia. La madre había reservado esta confidencia para el momento en que fuera fecunda, del mismo modo que el agricultor inteligente solo confía la semilla a la tierra cuando la estación es propicia.

Sin asignar un sentido preciso a las palabras que les hemos relatado, los hijos de la Africana se conmovieron hasta lo más profundo de sus almas simples y bondadosas.

De repente, la actitud del Colono hacia sus esclavos se tornó en la de un enemigo irritado. Nunca se lo había visto agitado por pasiones tan violentas. Sus mejillas ahuecadas y pálidas; su rostro horriblemente contraído. La muerte se leía en su mirada.

Era probable que el Colono supiese de la conversación nocturna en la *ajoupa*; ya sea que la hubiese escuchado él mismo o que le hubiera sido comunicada traicioneramente por alguien que la había oído en la puerta, y habiéndola interpretado con su espíritu perverso, el Colono se preparaba a emprender una horrible venganza.

Uno también se imagina fácilmente cuánto temor ocasionaría en la joven familia esclava este tipo de amenaza. De inmediato tuvieron la idea de huir, de convertirse en cimarrones. Después, sopesándolo mejor, decidieron permanecer y arriesgarse a las consecuencias. Notemos de paso esta enérgica resolución: la valentía de morir daría luego paso a la voluntad de ser libre.

Pero la Africana y sus hijos se equivocaban: la ira del Colono tenía causas menos fútiles. Una revolución acababa de ocurrir en Francia, en nombre de la Libertad y la Igualdad... Corría el año 1789.

He aquí un ejemplo de cómo se manifiesta la sangrienta animosidad del amo:

Los esclavos estaban trabajando. La lluvia amenazaba. Uno de los jóvenes se había retirado bajo un árbol, a cierta distancia de la faena. Sufría, sin duda. El Colono apareció y descubrió *la falta*. Sin preguntarle nada al esclavo, resolvió castigar tal osadía. No se molestó ni siquiera en preguntar, tan ansioso estaba de satisfacer una ardiente sed de muerte.

Cuando llamó al *capataz*, con voz breve y fuerte, la Africana tembló de espanto: su corazón de madre lo había adivinado todo. En un movimiento tan rápido como el pensamiento, se precipitó a los pies del Colono con un gesto elocuente que en otros tiempos habría vencido al león de Florencia, gritando: —Piedad, mi amo. Tenga piedad de él; ¡es a mí a quien debe golpear!

Si bien existen seres excepcionales a quienes el cielo ha dotado de toda superioridad moral, lamentablemente existen otros a quienes la naturaleza ha negado sus mejores instintos, creando algo inferior a las mismas bestias feroces. El Colono pertenecía a esta clase de monstruos y por ello se podía esperar que no se doblegara como el león. Dudó un minuto ante la oferta de la Africana y escogió su víctima: aceptó la oferta de la madre y designó al capataz para que llevara a cabo su obra.

Tan pronto como el látigo resuena, se inicia una escena de horror cuyos detalles hacen temblar. El ruido multiplicado de los golpes se mezcla con gritos agudos, desgarradores, que se debilitan poco a poco hasta apagarse en un gemido. El látigo golpea, golpea dos horas. La víctima salta, se retuerce, le rechinan los dientes. Su

boca arroja espuma, su nariz se hincha y los ojos se salen de sus órbitas. No queda más vida a pesar de que el cuerpo se estremece aún y el látigo no se detiene sino ante un cadáver inerte.

El crimen se ha consumado... Escuchen cómo grita esta sangre inocente que se remonta hasta el cielo.

Después de la partida del Colono, los dos hermanos cargaron sobre sus espaldas el cuerpo inerte de la joven; lo llevaron a su cabaña, lo depositaron sobre un camastro y le dieron rienda suelta al llanto que habían contenido en presencia del verdugo.

Estas cálidas lágrimas del corazón bañaron el rostro de la muerta y parecían rescatarla por un instante de la nada; en efecto, un brillo súbito alumbró sus apagados ojos, sus dientes apretados se separaron y de su alma desesperada se escapó un suspiro, en el pecho de sus adorados huérfanos.

A través de la puerta entreabierta de la choza, la mirada altiva de la Africana, tan precisa como la palabra, señaló a los dos hermanos la montaña a donde pronto debían marcharse para vengar su muerte.



## RÓMULO Y REMO

LA HISTORIA es un río de verdad que sigue su curso majestuoso a través de los tiempos. La Novela es un lago engañoso cuya extensión se disimula bajo tierra; calmo y puro en la superficie, esconde a veces en sus profundidades el secreto del destino de pueblos y ciudades, como el lago *Asphaltile*.

La Historia, eco sonoro de los huracanes humanos, reproduce fielmente sus ruidos y su furor. Para afrontar estas tempestades y conducir a buen puerto a nuestros héroes salvajes, haría falta más que una frágil canoa hecha de la corteza de un árbol; además, siendo nosotros mismos salvajes, no poseemos mapas, brújula ni conocimientos náuticos. A usted, piloto experimentado, el mar tormentoso, a nosotros el lago tranquilo. Abandonándonos al aliento de Dios, ¿puede que lleguemos al fin de nuestro camino, guiados por la estrella de la patria!

Los hijos de la Africana, que presentamos en este capítulo bajo los nombres de *Rómulo* y *Remo*—no tanto con la idea de establecer una analogía entre estos y los gemelos de la historia, sino por el hecho de ser hermanos—, no tenían ninguna marca física que fuera signo revelador de su grandeza futura.

Eran bajos de estatura y de apariencia ordinaria. Su naturaleza ruda, como la corteza de aquel árbol de nuestros bosques<sup>1</sup> cuyo corazón posee la incorruptibilidad del acero, tenía también un carácter excelso. La libertad recompensó más tarde con favores divinos este fondo de virtud.

Rómulo, el mayor, era de un carácter frío, reservado y taciturno. Tenía un control absoluto de sí mismo y raramente se dejaba adivinar.

Remo tenía un temperamento ardiente, expansivo, belicoso. La calma y la moderación no tenían lugar en su naturaleza, a diferencia de su hermano. Sin embargo, compartían la *imprevisión*, defecto característico de su raza.

En su infancia, estos jóvenes habían sido cuidadores de animales. Fue a este primer oficio al que debían su notable destreza y agilidad. Nadie como ellos sabía lidiar con el toro salvaje o domar el caballo impetuoso. Su habilidad en el arte de tender trampas, montar emboscadas y cambiar el curso de los ríos era sorprendente. Sobresalían en el arte de nadar; sobrepasaban en la carrera a los rebaños del prado; montaban un caballo a pelo, mejor que un árabe, *rápido como el viento*. ¿No era, por casualidad, que el intrépido joven Guillermo Tell se había formado en esa misma escuela?

Rómulo y Remo pasarían del cuidado de rebaños al cultivo de los campos y, por el hábito del trabajo exagerado, adquirieron un vigor poco común. Reunían las ventajas del atleta con las cualidades preciosas del soldado. Su sobriedad los volvía insensibles a las privaciones que enervaban a veces a los machos más valientes.

---

1. Hay en nuestros bosques un gran árbol que se conoce vulgarmente como *árbol de hierro*. Su corazón es tan duro que rompe las mejores herramientas. Se emplea como madera de construcción. Es incorruptible, ya sea que se exponga a la tierra o a la violencia del clima. (N. de A.B.A.).

Estos adolescentes, que el crimen había hecho huérfanos, tenían una virilidad precoz. Se convirtieron en hombres al día siguiente de ser privados del tutelar afecto a cuya sombra habían vivido, despreocupados y tímidos, sin deseos ni pasiones. Sus pensamientos, madurados al calor del odio, se exaltaron con todos los sentimientos que produce la independencia.

Remo le dijo un día a Rómulo:

—La vista del Colono me subleva. Apenas puedo sofocar mi cólera. Siempre que se acerca a nosotros, el muy criminal, me invade el deseo de saltarle al cuello. Nos considera inferiores a su asno y a su perro, y nos maltrata más que a todas las bestias que le sirven. ¿Qué lo lleva a comportarse así? ¿Será un vengador del infierno, resucitado para borrar con nuestras lágrimas algún nuevo pecado original? ¡Hizo morir a nuestra madre bajo el látigo! Si tú compartes mi opinión, hermano, lo atacaremos y...

—¡Silencio! —interrumpió Rómulo— debes saber moderar el indiscreto ardor. La impaciencia es, con frecuencia, mala consejera. El día solo nace en su debido momento<sup>2</sup>. Esperemos.

En otra oportunidad, regresando del campo, con machete en la mano y azadón al hombro, Remo encontró al Colono en el cruce de un camino. Tuvo la oportunidad de verlo desde muy cerca y, después de pensarlo, se apresuró a decirle a su hermano lo siguiente: —¿Sabes que es ridículo que hayamos creído por tanto tiempo que nuestro amo era un gigante? Solo el miedo tiene el poder de agrandar de tal modo los objetos. Siento vergüenza verdaderamente. Ese supuesto gigante es un *hombre* como nosotros.

La ilusión ya no existía: la respuesta al enigma de la Esfinge había sido hallada.

---

2. Hemos intentado traducir este proverbio creole: *Pressé pas fait jour s'ouvri*. [En creole moderno: *Twò prese pa fè jou louvri*]. (N. de A.B.A.).

.....

—Él es un hombre como nosotros, ¿por qué se otorga los derechos que nos niega? Tal fue la *idea* que levantó en armas a Ogé y a Chavannes contra la tiranía colonial en 1790.

Ogé y Chavannes, dos nombres queridos de la libertad, dos héroes inmortalizados por la derrota, como otros lo han sido por la victoria; dos apóstoles divinizados por el martirio.

¿Habrá un alma que no se conmueva con su recuerdo, una voz que no se levante para glorificarlos? El campo de la revolución comienza bajo el patíbulo. Nos inclinamos al pasar delante de sus tumbas gemelas colocadas al umbral de nuestra historia.

¡Honremos la memoria de dos espartanos modernos, tan valientes como desafortunados, al igual que los antiguos defensores de la célebre garganta del Monte Oeta!

## LA MONTAÑA

HABÍA TRANSCURRIDO UN AÑO después del suplicio de la Africana. El tiempo que calma los males y que a veces desvanece los más ardientes resentimientos no hizo más que exacerbar el dolor y excitar el odio de los dos hermanos.

La cólera contenida en sus corazones creció con la sucesión de los días y ahora iba a estallar: así crece con la sucesión de los siglos el fuego que se oculta en las entrañas de la tierra para tornarse en un volcán.

¡Extraño efecto del odio! Si otra persona hubiese querido dar muerte en ese momento al Colono, ellos se habrían opuesto; habrían defendido la vida del enemigo arriesgando la propia; aunque este otro tipo de devoción se debía a que solo ellos creían tener el derecho de castigarlo, de infligirle el dolor formidable del Talión.

El aniversario del duelo reclamaba mucho más que lágrimas. Esa noche hubo un complot en la *ajoupa*. Rómulo y Remo encarnaban, si así puede decirse, el carácter de las pasiones que les eran propias, mientras más se aproximaban a la añorada venganza que habían concebido y que se nutría de su dolor compartido.

El primero estaba silencioso y apesadumbrado. Tenía la mirada sombría y se hallaba con los brazos cruzados sobre el pecho, en una inmovilidad siniestra.

El segundo hervía de impaciencia y ardor; su fisonomía se hallaba en estado de agitación y sus labios temblorosos.

En un rincón de la cabaña alumbrado por el *boucan* había dos hachas y dos machetes recientemente afilados, dos *makoutes*<sup>1</sup>, dos antorchas, un vestido de mujer hecho de tela burda, desgarrado en varios lugares y manchado de sangre.

Los dos hermanos se hallaban absortos en este último objeto, cuando comenzó el siguiente diálogo:

—De quien nos amaba, no quedan sino estos restos ensangrentados —dijo Remo, con una voz alterada por la emoción. Es sobre esta prenda fúnebre que hemos jurado castigar al asesino de nuestra madre o morir. La sangre ya está negra y seca. Corramos a vengarla antes de que se borre... ¿No lo deseas así, hermano?

—Sí —respondió Rómulo—, pero es mejor esperar a que nos marchemos a la montaña y que desde allí, convertidos en cimarrones, volvamos y caigamos de improviso sobre nuestro enemigo.

—Queda acordado que montaremos un campamento sobre el cual ondeará este estandarte —agregó Remo, señalando el vestido ensangrentado.

—El crimen contribuyó a nuestra desolación.

—¡Que la prueba del crimen sea funesta para el crimen!

En ese instante, el canto mañanero del gallo se hizo escuchar.

—¡Partamos! —gritaron al unísono los hermanos. Resueltos, tomaron sus machetes, cargaron sus hachas sobre la espalda y se armaron de antorchas. El vestido de la Africana fue colocado en uno de los macutos que llevaban bajo el brazo.

¡Pobres! Antes de abandonar, tal vez para siempre, la pobre cabaña donde transcurrió su infancia y donde se hallaban sus recuerdos más dolorosos y tiernos, Rómulo y Remo se sintieron des-

---

1. Especie de mochila tejida en paja. (N. de A.B.A.).

fallecer. De pie en el umbral, se detuvieron, echaron una mirada hacia atrás y lloraron como si se separaran de un ser amado de quien nadie se ocuparía cuando ellos se ausentaran.

El culto del corazón nace con nosotros mismos. El hombre no aprende a amar, así como tampoco aprende a satisfacer los apetitos groseros de su especie. Esta primera necesidad depende de nuestra constitución, tanto como las otras. Parece incluso que en estado natural son aún más fuertes. El Salvaje no se aparta de los huesos de sus padres; la India vierte su leche sobre la tumba de su hijo. Este culto venido de Dios regresa a Él a través de nuestros afectos terrenales.

Atravesado el umbral de la puerta, los hermanos se detuvieron de nuevo, se precipitaron a abrazarse, dieron un último adiós a la cabaña desierta y desaparecieron. Algunos amigos sufridos y desdichados como ellos se les unieron para dirigirse a la montaña señalada por su madre.

Todas estas cosas ocurrieron mucho antes del alba. El sol se elevó radiante sobre el campo de los insurgentes.

Imaginen una montaña escarpada en la que la cima se redondea en forma de cono y termina en meseta. Un arroyo de agua rápida y profunda rodea con torrentes plateados su base colosal, creando un foso con corrientes que hay que atravesar al aproximarse por la vasta planicie que domina, para hallar así el único flanco accesible al hombre.

Un camino angosto, profundamente cavado por las aguas de lluvia, se tuerce tortuosamente alrededor de esta masa gigantesca, tan sólidamente asentada que parecía un fortín edificado por la naturaleza.

La primera tarea de los dos hermanos y sus amigos refugiados en las montañas fue derribar los árboles que cubrían la vista, construyendo con sus troncos una sólida empalizada cubierta de piedras y siguiendo la circunferencia de la meseta.

Sus hachas resonaron desde la aurora. Hacia el mediodía, el trabajo, rápidamente ejecutado, les permitía ya defenderse.

Privados de armas de fuego, los insurgentes solo podían combatir de cerca. Para compensar su número, suspendieron rocas enormes en los bordes del camino, sosteniéndolas con un entramado de ramas atadas con fuertes lianas. Era una máquina de guerra, burda pero poderosa; un andamiaje asesino que podía colapsar en caso de ataque, aplastando al enemigo y cerrando la ruta al campamento.

Asumidas tales previsiones, los intrépidos *bandidos*<sup>2</sup> no podían sino descansar bajo la protección de su baluarte. Velaban, aguardaban la llegada de su hora.

El sol se hallaba en la mitad de su curso; su disco se inclinaba en un cielo radiante y sin nubes. El paisaje que iluminaba parecía desafiar una pintura.

Reinaba ese pomposo desorden, ese opulento exceso, que es imposible conocer fuera de los trópicos. El aire es cálido, la brisa cargada de perfumes salvajes; ningún ruido, excepto el temblor de los árboles, el sonido de los insectos y el murmullo del río, sordo y continuo como el susurro monótono de una danza lejana.

Entregados al reposo en el silencio profundo de esta soledad, Rómulo y Remo experimentaban un abatimiento que poco a poco ganaba sus almas.

En ciertas circunstancias de la vida, cuando el hombre se ve obligado a atravesar regiones heladas, el movimiento es tan necesario como el valor para sobrevivir. El viajero que permanece en la cumbre de los Alpes siente que sus miembros se entumescen y su sangre se hiela: se detiene y adormece, para no despertarse jamás.

---

2. Nombre que le dio el Colono a los rebeldes. [En francés en el original, *brigands*]. (N. de É.B.).



Mientras que los dos hermanos se ocupaban de preparar los medios para la defensa y consagraban toda su actividad a completar sus obras, no se les ocurrió considerar las dificultades y los peligros de la tarea a la que se habían comprometido. Sin embargo, una vez descansados, se entregaron naturalmente a reflexionar sobre la temeridad de su acción. Ocurrió que el espíritu se apoderó fatalmente de su corazón y que, habiendo sido llevados hasta entonces por las resoluciones más audaces, ahora retrocedían ante el imperio de los más cobardes temores. Su imaginación alterada convocó en su contra a un ejército de fantasmas. En el desorden de sus pensamientos se vieron atacados, acosados, vencidos, cargados de cadenas, atados a la rueda, con su espalda rota y sus puños amputados, después de haber sufrido mil muertes. Vieron también al Colono implacable ejecutando el suplicio, nutriéndose de su dolor, bebiendo su sangre con la mirada, como lo había hecho con la sangre de su madre. Su aspecto los aterrorizaba.

Hundiéndose en un vergonzoso estupor, fueron llamados afortunadamente por una voz amada; la voz de su madre que, desde el fondo de la tumba, aún velaba por sus días. Ella, indignada ante su debilidad, les mostró su cuerpo desgarrado, sangrante.

Un noble grito del corazón respondió a ese llamado con la venganza.

## REPRESALIAS

PODÍAN SER LAS DIEZ. La noche era serena y bella; la luna acababa de desaparecer del firmamento, donde numerosas constelaciones brillaban en el cielo. Dos hombres se dirigían a paso acelerado hacia la vivienda del Colono, situada a dos leguas del lugar desde el cual partieron. Otros hombres los seguían a cierta distancia. Marchaban sin detenerse, sin dudar, en la penumbra. Iban como movidos por una potencia invisible, y el ruido de sus pasos apenas perturbaba el silencio de esta noche calma.

Ya habíamos reconocido a Rómulo y Remo saliendo de la montaña.

Llegados a una bifurcación del camino, hicieron una breve pausa para intercambiar estas palabras en voz baja:

—Toma por ese lado y cuando llegues, enciendes el fuego y gritas.

—¡Está bien! Quédate atento a la señal.

Después de esta conversación breve, continuaron separadamente su curso misterioso y rápido, a la cabeza de sus compañeros, divididos en dos tropas.

Demos una mirada a la residencia del propietario europeo.

Era una casa espaciosa, menos elegante que sólida, la cual mostraba orgullosa sus gruesas murallas de piedra tallada, sus ma-

cizas puertas de caoba y sus coloridas losas de mármol. Los pisos y paneles del interior estaban hechos de cedro pulido sobre los que se hallaban maravillosamente adosadas espléndidas laminillas. En el exterior, a todo lo largo del edificio, sobresalía un balcón ubicado frente a varios cuartos espléndidos, adornados con cortinas de seda, suaves tapices, suntuosas mantas y muebles de un lujo asiático.

El piso donde se encontraban estos espléndidos cuartos estaba a unos diez o doce pies del suelo. Los peldaños de una larga escalera —también de caoba maciza—, los unían al primer piso, que se hallaba a su vez dividido en varias piezas amplias. Una de ellas, el comedor, era testigo habitual de las orgías del Colono.

De este modo, como hemos dicho, el imponente edificio exhibía su estructura principal y dos aleros sobre una colina. Hacia allá conducía un camino de grandes árboles, rodeado por un jardín de flores.

En uno de los laterales se hallaba el dormitorio del Colono; vasto, aireado, regio, con un vergel delicioso bajo sus ventanas, poblado de pájaros cuyo concierto matutino alegraba el despertar del amo.

Quien se situase en el camino de esta especie de palacio señorial a la silenciosa hora de la medianoche, habría visto aparecer al mismo tiempo, desde dos rutas distintas, a los dos hijos de la Africana seguidos de una pequeña tropa, que se posicionaba para la batalla a ambos lados del edificio donde se presentaron con rara agilidad.

El Colono dormía en su casa solitaria.

Tan pronto como los dos hermanos alcanzaron el balcón sacaron lumbre de sus *makoutes*, encendieron un fuego y prendieron sus antorchas. Uno de ellos se detuvo y esperó; el otro acercó la llama al techo. Al contacto, el elemento destructor vuela, se extiende, penetra todo aquello que se le presenta, alimentando su furia. La

llama atravesó el techo y corrió como lava en medio de las tejas. Su avance fue rápido, pavoroso: el grito siniestro que lo anunciaba fue respondido por otro grito, más siniestro, al otro lado del edificio.

Tales gritos, el rugir del incendio, el estrépito de las tejas rotas al caer, el retumbar de tales ruidos, despertaron finalmente al Colono que, a medio vestir, entreabrió la puerta y asomó tímidamente la cabeza. Repentinamente silbó y brilló un machete cortante cuyo golpe, mal dirigido, apenas rozó su rostro. Solo tuvo tiempo para empujar el postigo completamente mellado. —Aquí, hermano —gritó Remo, quien se había abalanzado sobre la puerta con la violencia de un proyectil. Rómulo corrió; hizo volar en pedazos la cerradura y las bisagras de hierro; y helos allí dentro de la casa como dementes, corriendo, gritando, blasfemando y rompiendo muebles a su paso.

Perdieron todo su tiempo en imprecaciones, agitándose en vano. Su búsqueda no era más que un gran desorden que beneficiaba al Colono, que pudo descender a su cava y ocultarse del furor de los hermanos.

Mientras tanto, la estructura se resquebrajaba, las vigas se desprendían con un rugido y los hermanos advertían la necesidad de abandonar el edificio. Entonces los dos hermanos se calmaron, lamentando haber dejado escapar una ocasión tan favorable para la venganza.

Matar con sus propias manos a su enemigo y sentirlo morir hubiera sido para ellos casi un placer. Verlo enterrado en las ruinas humeantes de su palacio no era más que una satisfacción incompleta. Sin embargo, tuvieron que acogerse a esta esperanza, porque era lo único que les quedaba.

Fueron entonces a vigilar las dos fachadas principales de la casa, guardada por sus soldados a ambos flancos, para evitar que el Colono huyera.

El manto de fuego que envolvía el vasto techo del edificio se detuvo en aquella parte que había sido expuesta a la primera furia del incendio. En el interior, se observaban algunos pedazos de muros ennegrecidos, mientras que en la parte opuesta, el fuego, todavía en su etapa inicial, explotaba con una intensidad espantosa.

De repente, una voz sollozante surgió en medio de las llamas; una queja lúgubre atravesó las regiones del aire, llegando a los dos hermanos, quienes la tomaron como un grito de angustia del Colono que espiraba. Su respuesta fue una risa cruel.

Mientras se regocijaban, se escuchó un segundo grito más doloroso. Prestaron mayor atención y distinguieron, en medio de las llamas, una forma humana: no era un hombre, sino una mujer despeinada, perturbada, que se debatía ante el horror y la desesperación de una muerte segura. El círculo de fuego se cerraba rápidamente sobre ella y las llamas se extendieron sobre su cabeza. Apenas quedaba tiempo para salvarla. Rómulo y Remo, llevados por sus buenos instintos, se lanzaron al unísono hacia el piso superior para disputarle heroicamente la víctima a la muerte que avanzaba. Luchaban por unos instantes sin éxito: las llamas presentaban un obstáculo invencible a su paso. Un último grito los empujó más allá del fuego, permitiéndoles levantar en sus brazos a una joven, casi sin vida. Tales fueron las dificultades del regreso, que casi abandonaron la preciosa carga para salvarse a sí mismos. Pero el peligro era más pequeño que su valor. Triunfaron gracias a un supremo esfuerzo y colocaron a la joven desmayada sobre la hierba, a alguna distancia de la casa a medio consumir por el fuego.

Al fin todo había desaparecido; el incendio, habiéndolo reducido a escombros, no lanzó más que algunos destellos de chispas en medio de torbellinos de humo espeso que el viento dispersaba a lo lejos.

Piedras calcinadas, bisagras torcidas, incandescentes; innumerables fragmentos de tejas yacían amontonados en el suelo. Un brillo fugitivo tiñó los árboles de la avenida con un color de sangre. Ya casi amanece.

El Colono ya no existía, al menos para aquellos que querían creerlo. Sus huesos se encontraban, sin duda, entre los escombros humeantes. Imposibilitado de escapar, seguramente había perecido bajo las ruinas.

Los dos hermanos se entregaban libremente a sus conjeturas y, sin mayor certeza, retomaron el camino a la montaña, cargados con una desconocida que habían arrancado a la muerte. Mientras andaban, encendían los cañaverales para iluminar su marcha.

En el país, la joven salvada de las llamas —es importante saberlo desde el inicio—, pasaba equivocadamente por hija del Colono. Después de su llegada a Saint-Domingue, su pretendido padre la había tenido recluida en aquella parte de la casa, en apariencia deshabitada. A los huéspedes del Colono nunca se les permitió hablarle. Siempre lo vieron solo. ¿Por qué? Es esta incógnita lo que nos explicará ella misma.

## LA DESCONOCIDA

¿HAN VISTO ALGUNA VEZ EN SUEÑOS una mensajera de Dios, un ángel de blancas alas, de mirada casta, cuerpo inmaculado, vaporoso como una sombra, etéreo como la fluida transparencia del espacio, suave emanación de la bondad que la envía y que es, al mismo tiempo, su intérprete e imagen? Digan, ¿es una forma humana lo que les recuerda esta visión celeste? ¿Osan compararla, sin temor a profanarla, con una belleza terrenal? Pues bien, la joven arrancada de las llamas era ese ángel de su sueño. Todo en ella tenía una gracia, una perfección divina. Ni el pincel del pintor ni el cincel del escultor han dado jamás vida a algo que se acerque a esta poesía encarnada.

Rómulo y Remo, a quienes un generoso impulso los llevó a socorrer a la joven –tal como lo vimos hace un momento–, tuvieron la idea criminal de sacrificarla en nombre del espíritu colérico de su madre, cuando la llevaban hacia su campamento. Se decían a sí mismos que el azar les había entregado a la hija, a quien no buscaban, en lugar del Colono; por eso debía ser inmolada. Además, dos víctimas no eran demasiadas para saciar su odio. El Colono quizás había expirado sin sufrimiento, mientras que su madre había muerto de convulsiones en una larga agonía. El crimen no había sido vengado. Era necesario que la hija pagara la deuda del padre. Esta

lógica de las pasiones era concluyente. La muerte se convertía en un deber: quedaba resuelto.

*Ira furor brevis est*<sup>1</sup>. El hombre se deja llevar por la ferocidad cuando toma consejo de sus resentimientos. Su razón es acallada y oscurecida, y el instinto brutal que la reemplaza extravía su alma para entregarla luego a los remordimientos.

El alba aclaraba en el horizonte cuando los dos hermanos llegaron a la montaña. Amarraron a la muchacha, la ataron de un pie a la empalizada y se retiraron a descansar de los excesos de una noche de emociones y fatiga.

Al levantarse, el sol había alcanzado ya el punto más alto del firmamento. Sus perpendiculares rayos punzantes inflamaban la atmósfera. La tierra palpitaba bajo un ardor fecundo.

El calor del mediodía enciende la sangre de los vengadores de la Africana que avanzaban furiosos, enardecidos, con el machete alzado hacia la víctima reservada para el sacrificio expiatorio.

La muchacha estaba sonriente y calmada. Una soberana majestad brillaba sobre su frente, realzando el resplandor de sus rasgos armoniosos y puros. Su cabellera rubia semejaba un marco de oro bajo los rayos del sol.

Tanta belleza golpeaba a los dos hermanos, les obnubilaba, les fascinaba. Se miraban el uno al otro, buscando enardecerse, pero en todos sus movimientos se notaba la duda y el desconcierto. Al acercarse más, su molestia aumentaba. Querían golpear y el arma se escapaba de sus manos. Enteramente subyugados, vencidos, se precipitaban de rodillas ante la joven, pidiéndole perdón por la conjura criminal contra su vida e implorando el favor de servirla... ¡Ellos, que habían jurado no ser más esclavos!

---

1. *La cólera es una breve locura* (Horacio [Epístola II a Lolio]). (N. de É.B.).



La Desconocida, conmovida por su arrepentimiento, les dijo, levantándolos: —¿Por qué estas demostraciones de respeto? ¿No soy su cautiva? ¿Qué he hecho para merecer su servicio?—Mas, sabiendo sin duda que tal era su derecho, les preguntó simplemente qué exigían a cambio de devolverle la vida.

—No le pedimos nada —le respondieron con entusiasmo—. Nada que no sea un poco de atención y piedad. Después de nuestro nacimiento, no hemos conocido más que la dureza y el desprecio. Un solo ser nos ha amado —nuestra madre—, pero el Colono la asesinó. Esta amiga perdida no podrá ser reemplazada jamás: madre solo hay una y seremos eternamente huérfanos. Tenga compasión de nuestra miseria. Le damos todo nuestro corazón.

—Me dan su corazón sin conocerme —respondió la muchacha—. Más que confianza, es una imprudencia de la que podrían arrepentirse más adelante.

—¡Oh no! —respondieron aún más conmovidos—. No. Hay algo en usted que nos seduce y atrae; algo bueno, verdadero y grandioso que no puede engañar.

—Pero, la piedad y el interés de una pobre extranjera, ¿de qué les podría servir?

—Para hacernos la vida, si no feliz, por lo menos llevadera. Después de la muerte de nuestra madre, solo el odio mantenía nuestra venganza. Castigado el Colono, este odio queda sin objeto y nuestra existencia, sin finalidad; haga por lo menos que esta última no sea una carga.

—¿Cómo? ¿De qué manera?

—Permitiéndonos que la consagremos. Cuando teníamos una madre, nos manteníamos a su lado, trabajábamos con ella, sufríamos con ella. No vivíamos sino para ella, tal como ahora nos disponemos a vivir para vuestra merced, si nos otorga su benevolencia.

—Evidentemente, dan demasiado valor a un sentimiento estéril.

—¡Oh, no sabe lo que es la benevolencia para los desdichados a quienes todo les es hostil en este mundo! Ni el trabajo, ni la privación, ni todas las torturas físicas son nada, en comparación con el dolor de sufrir solos, sin un ser que nos guarde y se compadezca de nosotros. Envidiamos a los animales que llevábamos a pastar en nuestra infancia: el amo se interesaba en el buey y acariciaba a su caballo. Nosotros, en cambio, sufríamos un maltrato eterno y brutal. Extraviados por el recuerdo del asesinato de nuestra madre y el resentimiento de injurias atroces, tuvimos un breve impulso criminal; mas usted nos ha perdonado. Tenga ahora compasión de nuestra soledad. No nos abandone.

—Hombres sensibles y buenos —les dijo la joven al tenderles la mano—, yo me rindo ante sus súplicas y aun haré más... Si permanecen siendo aquello que ustedes son. Viviré cerca de ustedes y no los abandonaré jamás, bajo la condición de que nunca falten a la devoción que me han ofrecido. Yo también tengo muchos motivos para quejarme de los hombres. Las atroces persecuciones de los fuertes me hacen compartir la desdicha de los débiles. Cuenten con un sentimiento susceptible de reemplazar en el futuro todo el amor de su madre.

Desde ese día, los dos hermanos no tuvieron más que una ambición: merecer la amistad de la joven que consentía vivir entre ellos, compartiendo su soledad y miseria.

Le construyeron un techo de ramas dentro del campamento, adornado con plantas trepadoras y bejucos floridos. Esta rústica construcción se transformó en un templo, y la virgen que lo habitaba, en una santa idolatrada.

Un escrúpulo religioso les impedía entrar en ese santuario, a cuya puerta los conducía fielmente por la mañana su corazón, impulsado por un culto desconocido.

El astro de su soledad se levantaba cada día más hermoso, más radiante, más adorado. El horizonte de su alma se agrandaba y se purificaba a la luz de esta *estela* que brillaba complaciente para ellos.

A medida que su fervor y entusiasmo aumentaban, sentían también aumentar la confianza en sí mismos y el horror ante su condición anterior: cierta adoración purifica y rehabilita, como el culto al Dios verdadero.

La muchacha, acompañada por sus fieles compañeros, tenía la costumbre de errar por las noches a la orilla del río, plantada de bambúes que, al doblarse, se mezclaban con graciosas y gigantescas palmeras, produciendo extrañas notas ante el quejido de la brisa.

Estos paseos eran una oportunidad para que los hermanos aprendieran gran cantidad de hechos interesantes, contados por la sabia Desconocida, conocedora de la historia de todos los pueblos y de todas las edades.

Espartaco y otros nombres famosos de la Antigüedad eran frecuentemente citados. Ellos se familiarizaban oportunamente con las acciones heroicas de grandes hombres, las cuales se presentaban indirectamente como modelo.

Una vez, abandonando esos gloriosos temas, la joven los entretuvo con historias de su propia vida. ¡Con qué profunda atención escucharon ellos un relato que, a pesar de producirles gran curiosidad, no se habían atrevido a manifestarla! Sus miradas se hallaban suspendidas sobre los labios de la Desconocida y brillaron de admiración y alegría, cuando esta comenzó a decirles: —Mis amigos, un interés poderoso me impide dejarles saber en este momento quién soy; sepan solamente que el Colono no es mi padre y que me llamo *Estela*<sup>2</sup>.

---

2. Estrella (latín). (N. de É.B.).

## EL COLONO

LA JOVEN continuó con su relato de este modo: —Yo me encontraba en París en 17..., miserable, harapienta, ajena a todo el mundo. No tenía para alimentarme más que el pan de la caridad pública. Y aún así, ese mismo pan faltaba para saciar mi hambre. Lo recibía pagándolo al precio del desdén y el insulto. Los poderosos me lo daban; unos volteando el rostro y otros dejándolo caer en el sumidero. No había más que el hombre del pueblo, el obrero necesitado que, por buen corazón, se apiadaba de mí. Esto ocurría cuando yo me topaba con él y cuando este podía ayudarme, pues también tenía hambre.

“Andando día y noche en la gran ciudad, golpeando puertas para obtener algo que sostuviera mi vida frágil, fui distinguida por una buena gente que, llevada por la compasión, me ofreció asilo y me empleó. Sin embargo, fui incapaz de someterme a sus exigencias y regresé a la calle después de algunos días.

“Tengo una aversión incurable a la sumisión y a la oscuridad. Mi salud se altera con la más ligera constricción: perecería infaliblemente en un calabozo. A mi naturaleza le son necesarios los campos sin límites —así fuera el desierto mismo—, el amplio aire y el pleno sol. Por ello me ven renacer aquí.

“Era todo lo contrario en casa de esos personajes caritativos que me habían recogido: yo languidecía y me marchitaba a falta de aire.

“Tan pronto como regresé a mis preciados hábitos de independencia y actividad, recobré la salud y me encontré de repente adornada de una nueva belleza.

“Entonces no tuve más necesidad de mendigar: los burgueses me buscaron, los artesanos me festejaron, la multitud me rodeó apasionada.

“Antes de esa época, un día, en medio del invierno, me hallaba sentada sobre una barda, temblando de frío y devorando un trozo de pan que había recibido de un obrero. Un hombre de mal talante me abordó y me dijo con voz ruda que intentaba suavizar:

—Mi pequeña, ¿qué haces allí?

—Nada —le contesté—. ¿No ve que como mi pan?

—¿Y de dónde has sacado tu pan?

—Es un regalo del obrero que acaba de pasar.

—¿Cómo se llama ese obrero?

—Yo no lo conozco.

—¿Tienes a tus padres en París?

—No los tengo, señor.

—¿Y quién te cuida entonces en esta ciudad maldita donde tantos desdichados mueren de hambre y penuria?

—Nadie, señor, vivo de la piedad pública.

—¿Es generosa la piedad pública? —dijo irónicamente mi interlocutor.

—No siempre —le respondí—, aunque a veces el pobre compare con el pobre.

—Es verdad —continuó él—; mas dado que te hallas aquí sin familia y, en consecuencia, expuesta a morir de miseria en cualquier

momento, ven conmigo a Saint-Domingue. Allí la tierra produce sin cultivarse. Uno recoge el oro de los caminos. En dos días amasaré una fortuna y te desposaré.

La propuesta me escandalizó; guardé silencio.

—¿Qué, no aceptas?—continuó el siniestro personaje, después de haber esperado en vano mi respuesta.

—¿La posibilidad de riqueza te resulta indiferente... en tu estado? Pero... es imposible; puede ser que creas que te engaño. Ven conmigo y lo verás.

“Habiendo pronunciado esas palabras, él avanzó para tomar mi brazo y yo retrocedí.

—¿Quién es usted, señor?—grité con un insuperable sentimiento de miedo y disgusto.

—¡Ah! ¿Tú me interrogas?—respondió él, mofándose de mí—. ¡La precaución es excelente! Me sería muy fácil contarte cuentos, si quisiera abusar de la credulidad de tu edad; mas ¿qué ganaría yo con engañarte? Mi intención, por el contrario, es hablarte francamente: ¿me seguirás?

—Sí—le respondí mecánicamente.

—Júramelo.

—¡Lo juro!

—Ahora escucha: provengo de una familia oscura y sin fortuna. No he tenido más que una modesta herencia que he disipado. Vivo acompañado de una miseria que me persigue. Me embarco hacia Saint-Domingue, porque en Francia no tengo más que una penosa existencia, y la vergüenza es mi único horizonte. En la colonia seré pronto rico, poderoso, bien estimado. No hay que dudar, ¡partamos!

—Habiendo proferido esta última palabra, rompió la distancia que nos separaba y me tomó por el vestido. Yo hice un movimiento brusco que lo dejó con un trozo de la prenda en su mano y me lancé

a correr. El aventurero no se molestó en perseguirme. Tomó su camino por detrás de una de las bardas.

“Diez años después, ese hombre por quien sentía una aversión incurable, disfrutaba –tal como lo había predicho– de una gran fortuna y de una inmensa estima: ese hombre era el Colono, su amo.

Una exclamación de los dos hermanos interrumpió a la joven. Luego, retomando el relato de sus primeros éxitos en París, agregó:

—Yo había crecido notablemente en la imaginación del pueblo. Me llamaban hada, me atribuían poderes sobrenaturales. Poseía –según ellos– el secreto de hacerlos felices. Ese era mi deseo, yo simpatizaba vivamente con sus sufrimientos, mas su dicha dependía de sí mismos. En las canteras, en las esquinas, en las plazas públicas, me alababan, honraban y adoraban como a una divinidad. Ese culto honesto y pacífico complacía mi corazón. Incluso estaba orgullosa. Lamentablemente, el pueblo no se detuvo allí. Su pasión supersticiosa se exaltó más y más, desbordándose, como una fiebre delirante, como un verdadero frenesí.

“Se peleaban, se mataban, se degollaban en mi nombre. La sangre corría, los cadáveres se amontonaban, las cabezas cortadas aparecían en la punta de las estacas. Ante esta visión, el temor me sobrecogió, mis ideas se confundieron de tal manera que, creyéndome perseguida por esos mismos hombres que se mataban por mí, decidí huir, loca de miedo, sin saber adónde iba. Llegué al puerto, me lancé a la primera nave que partía y abandoné Francia.

“El grito de *¡Tierra!* me sacó de cierto letargo que duró todo el viaje. Estábamos en Saint-Domingue.

“Un nuevo temor se apoderó de mí cuando desembarqué. Percibí en la orilla, en medio de un grupo de personas reunidas, a aquel detestado y viejo conocido de París.

“El Colono –ya que lo he nombrado– se presentó atrevidamente y me reclamó como a su hija, introduciéndome a la fuerza en su coche.

“Mi primera noche bajo el techo de este insolente arribista fue horrible. El nerviosismo y el malestar arrebataron el sueño de mis ojos. Me parecía oír sus pasos a cada instante en mi habitación, o ver un espectro desagradable delante de mi cama.

“Al día siguiente, el Colono vino con familiaridad y declaró que, a fin de mantener su promesa anterior, estaba listo para desposarme.

—¡Yo! ¿Su mujer? –le respondí con indignación–. ¿Qué se figura usted, señor?

—Sí, así lo pienso, y con mucha seriedad –agregó él con un tono sarcástico marcado por el cinismo.

—Yo diré a sus amigos cuán odiosa ha sido su conducta hacia mí.

—No se lo dirás a nadie.

—¿Por qué?

—Porque nadie te verá, nadie te hablará.

—¿Piensa entonces encerrarme?

—Hasta que consientas pertenecerme.

—¿Qué villanía!

—Cuesta tan poco amarme.

—Solo es digno de mi desprecio.

—No importa; sé mía para siempre y te libraré del resto.

—¡Jamás, jamás!

—Pues bien, ¡serás prisionera!

“Estas palabras del Colono hicieron que el terror recorriera todo mi cuerpo. La prisión, por el motivo que ya saben, es el último tormento que puedo soportar. Prefiero mil veces la muerte; la cual pedí a la cólera del monstruo.



—Es usted un infame —le dije con el coraje de la desesperación—. Tome mi vida, puesto que el azar me ha hecho caer en sus manos: así se comportaría una bestia salvaje o un forajido del camino, de los cuales usted se diferencia bien poco.

“El Colono no se mostró mínimamente irritado y su amenaza se ejecutó al pie de la letra. Fui estrictamente enclaustrada. Durante el día, dejaban entrar un poco de aire en mi habitación para evitar que sufriera una violenta asfixia; pero en la noche, mi despiadado carcelero cerraba él mismo las puertas de mi calabozo.

“Él esperaba pacientemente que mi sufrimiento me obligara a cambiar de opinión. Mientras tanto, yo no tenía otra relación que no fuera con él. La visión de una serpiente me hubiera producido menos horror.

“Comprendan que no tenía la estatura para prolongar la lucha contra mi enemigo. Solo me sostenía la voluntad. No habría tardado en perecer si ustedes no hubiesen venido, sin saberlo, a socorrerme.

“Y esta felicidad tal vez la deba al interés que ustedes han despertado en mí.

“Desde mi prisión, los escuchaba gemir. Asistía, invisible, a sus torturas y me apiadaba sinceramente de ustedes. Tenían en mí a una amiga que no conocían y de la que apenas sospechaban su existencia. A cambio, encontré en ustedes a unos libertadores con los cuales no contaba. La tiranía brutal y despiadada de la fuerza tiene el privilegio de reunir en su contra a corazones desconocidos, corazones que no se han entendido jamás: alianza misteriosa y santa, fenómeno providencial, de donde nace casi siempre la salvación del débil y el triunfo de la justicia.

## EL SUEÑO

ESTELA había despertado la imaginación de los dos hermanos, tanto por las conmovedoras circunstancias de su relato, como por el velo de misterio que la envolvía para ocultar la divinidad que deseaba revelarse, pero que aún no se veía.

Rómulo y Remo, en esta situación favorable a las ensoñaciones, se durmieron y tuvieron el mismo sueño. Su madre se les había aparecido, severa y triste. Sus rasgos mostraban sufrimiento y sus heridas aún sangraban. Era de una delgadez excesiva. Toda la gracia y la belleza que poseía antes de su muerte, había desaparecido. De pie, frente al lecho de los dos hermanos, los observó durante largo tiempo y, con una voz sorda, pronunció estas palabras, que parecían salir del sepulcro:

—Hijos desnaturalizados, ¿es así como se acuerdan de mí? ¿Es así que se ocupan de mi venganza? Creen haberlo hecho todo al incendiar la morada del Colono y dormirse como el trabajador que termina su jornada. Mas, ¿están seguros de que su enemigo ya no existe? ¿Han removido las cenizas de su casa, para buscar las pruebas de su muerte? Mi venganza bien vale esta prueba. ¡Yo di mi sangre por ustedes!

El reproche era cruel y merecido. Rómulo y Remo no pudieron responder sino con sus lágrimas.

La Africana, después de una pausa solemne, continuó:

—Es en mi nombre que han tomado posesión de esta montaña. Fui yo quien les sugirió la idea de establecer un campamento. ¿De qué sirven las empalizadas si no están dispuestos a defenderse? Esta simple reflexión los habría prevenido de olvidar su deber, mas no han hecho nada: ¿acaso no me aman más? Su indiferencia es una traición. Vengo para convencerme, para repudiarlos a los dos.

El llanto de los dos hermanos se hizo más intenso.

...*Lacrymae pondera vocis habent*<sup>1</sup>.

La Africana escuchó enternecida, cambió de tono y continuó bondadosamente:

—Hijos míos, hay ocasiones en las que el hombre debe desconfiar de sí mismo como lo hace de un enemigo. Aquello que ve, con frecuencia no existe, y aquello que no ve, existe. Es necesario entonces que permanezca atento contra esta trampa y que no desestime ningún medio para alcanzar la verdad cuando pueda, aun cuando arriesgue su vida para proteger intereses más preciosos que la vida misma. Vayan, vayan a interrogar las ruinas de la morada incendiada del Colono; busquen en los escombros donde se deben encontrar sus restos. Si no los hallan, regresen, afilen sus machetes y sus hachas, consoliden sus empalizadas y apuesten centinelas. De lo contrario, ¡pobre de ustedes!

Después de haber dicho esas palabras, el fantasma se desvaneció. Acostados sobre la misma cama de hojas, agitados por el mismo sueño, Rómulo y Remo lanzaron un mismo grito que los liberaría de esa dolorosa pesadilla. Se despertaron con los ojos húmedos y el espíritu trastornado.

---

1. *Las lágrimas no son menos elocuentes que las palabras* (Ovidio [Epístola III, Briseida a Aquiles]). (N. de É.B.).

—¿La has visto? —preguntó el hermano menor—. Ella estaba allí hace poco.

—Ella habló largamente. ¿La escuchaste? —preguntó igualmente Rómulo.

—¡Qué triste y cambiada está!

—¡Qué dolorosas son sus palabras!

—Mas, entonces, ¿no es un sueño? —gritaron los dos, mirándose con terror.

—Dime, hermano —añadió Remo con tono apesadumbrado—. ¿Te acusó a ti también de haber olvidado, de haber traicionado tu deber?

—Más que eso —respondió Remo—. Colérica amenazó con repudiarme.

—¿Entonces también te ordenaron escarbar entre las ruinas de la morada del Colono buscando la prueba de su muerte?

—Y si esta prueba faltase, debemos regresar y emprender nuevos preparativos para la defensa.

—Ya no hay duda —respondió el segundo hijo de la Africana con convicción—, nuestra madre nos ha visitado durante el sueño. Sus reproches son la expresión de una ternura austera; sus órdenes derivan de una sabia voluntad que tiene por objeto nuestro propio bien. Aprovechemos los avisos salutíferos de la tumba y hagamos todo lo que se nos ha prescrito.

—Es lo que también pienso —respondió Rómulo.

Sin más tardanza, se levantaron y partieron solos, apoyados en la fe de ese sueño.

La noche se hallaba avanzada. Algunas nubes rayaban de blanco un cielo azul sombrío. Las estrellas comenzaban a palidecer hacia el Oriente. Las montañas lejanas, aún en tinieblas, aparecían como gigantes inmóviles, vestidos de largos mantos negros.

Rómulo y Remo se pusieron precipitadamente en marcha hacia la casa del Colono, sin calcular la distancia ni el tiempo que los separaba del amanecer. Estaban apenas a un tercio del camino, cuando el primer resplandor de la mañana aclaró el horizonte. Les fue necesario penetrar en el bosque. Se preguntaban qué sería más prudente, si avanzar o retroceder. Mas la voluntad de la Africana era tan imperativa y había sido tan claramente expresada, que eludirle les parecía un crimen.

Marcharon durante varias horas hasta que las ruinas de la casa incendiada se revelaron ante sus ojos, detrás del manto transparente del bosque.

Treparon a un árbol para observar lo que ocurría. Nada de extraordinario por este lado; pero sobre el gran camino, a poca distancia, avanzaba el Colono con un ejército.

Descender del árbol y retomar a toda prisa el camino de la montaña fue asunto de algunos segundos para los hermanos. Corrieron en un solo aliento hasta su campamento.

Estela, impaciente por su regreso, se adelantó hacia ellos como una hermana inquieta. El espacio de varias leguas, atravesadas con la rapidez de un caballo, los dejó sin fuerzas para hablar.

Después de un reposo indispensable, contaron, sin omitir un solo detalle, el sueño que tuvieron; su partida, decidida tan rápidamente que no pudieron alertar a Estela; su ascenso al árbol vecino a la casa del Colono y el importante descubrimiento que habían hecho, gracias a ese sueño: —Oh, nuestra madre, nuestra madre —gritaban bajo una poderosa exaltación—. Nuestra madre tan buena, tan devota en vida como generosa y atenta después de muerta; ¡que sea bendecida! El eco salvaje de la montaña parece repetir con agrado este grito espontáneo de reconocimiento humano.

Rómulo y Remo afilaron sus herramientas sobre una piedra y realizaron algunas mejoras en sus obras. Le propusieron a Estela

conducirla a una gruta, cavada por la naturaleza a un lado de la montaña. Era un escondite perfectamente seguro ya que no era visible desde abajo, porque un grupo de árboles densos ocultaba la entrada, y la montaña, escarpada como una muralla, no permitía descender sino por medio de lianas que colgaban sobre el abismo.

Estela rehusó a esconderse.

—Me proponen —dijo ella— una acción vergonzosa. El Colono, ¿no es tanto mi enemigo como el suyo? Me atañe tanto como a ustedes combatirlo. *Deseo estar cerca de ustedes y con ustedes.* Por más mujer que yo sea, puedo serles aun útil.

—Usted nos volverá tímidos al exponerse bajo nuestra mirada —objetaron los dos hermanos.

—Pretendo lo contrario; darles seguridad con mi firmeza.

—No tiene armas —objetaron aún con la esperanza de vencer su seria persistencia.

—¿Con qué combatiré?

—No necesito más que una lanza, que me fabricarán con una madera sólida y dura. Mi resolución es inquebrantable; no la combatan más. Compartiré sus peligros y, sea cual sea, sufriré su suerte.

El hombre que hubiera dicho estas palabras habría sido un hombre noble, la mujer que las pronunció fue sublime. Sus compañeros, entusiastas, lamentaban no tener más que ofrecerle, habiéndole dado sus corazones.

## EL ATAQUE

¡¡¡A LAS ARMAS, a las armas!!!

El grito de guerra fue Estela quien lo pronunció. Detenida a la entrada del campamento, con su lanza en mano, el pecho descubierto y los cabellos al viento, representaba y personificaba a la Palas antigua.

Su misión era vigilar al enemigo y señalar sus movimientos a los dos hermanos y a sus compañeros, colocados detrás de montones de piedras que habían suspendido sobre el camino para hacerlas caer en el momento oportuno.

Rómulo y Remo, con su pequeño ejército, no podían enfrentarse –lo sabemos–, sino en un combate con armas blancas, en el que dependían particularmente de la energía de sus cuerpos. Sus brazos eran vigorosos, sus machetes y sus hachas cortaban bien; pero lo que los hacía verdaderamente *fuertes* era el apoyo moral de Estela, su *aliada divina*.

El amor engendra *la fe que salva*. Ellos se encomendaron con el mismo ardor que lo hace el marinero en la tempestad, a esta otra virgen, no menos solícita que *la estrella de los mares*<sup>1</sup>.

---

1. *Maris Stella*. (N. de É.B.).

Mientras tanto, el ejército del Colono formaba su línea de batalla paralelamente al curso del río.

—¿Quién vive? —le gritó desde arriba la joven, cuya cabeza era lo único visible. —¡Fuego! —ordenó el Colono como única respuesta; y los fusiles dispararon en dirección al campamento que se cubrió de una espesa humareda, producto de la violenta detonación. Las balas silbaban enterrándose a los pies de la empalizada.

Ninguna respuesta llegó de la montaña.

Enardecida por ese silencio, la tropa del Colono atravesó el río y emprendió resuelta la senda que se abría ante ella.

Entonces, un caracol marino sonó varias veces en señal de alarma.

El Colono no se percató de las piedras enormes que se hallaban suspendidas sobre la vía y, aunque el ascenso era empinado y el camino estrecho, marchó rápidamente hacia el campamento.

Los soldados ascendían de dos en dos. Habían casi alcanzado ya la empalizada cuando el caracol marino se dejó escuchar nuevamente. Con esta nueva señal de Estela, la serpiente humana, desenroscada a todo lo largo, cayó aplastada y partida en dos por una avalancha súbita, mortal y devastadora.

Los dos hermanos atacaron al frente con una ferocidad imposible de describir. Los últimos de la fila rodaron hasta el río y no se detuvieron sino hasta llegar a la otra orilla.

Estela se unió a sus intrépidos compañeros, combatiendo tan valerosamente como ellos.

Ella desvía un disparo que hubiera abatido a Remo, y eleva su hacha contra el enemigo cuando Rómulo va a ser atacado por la espalda. La joven evita el golpe del soldado del Colono y le clava su lanza en la garganta. Luego, rodeada de bayonetas enemigas, es socorrida por los dos hermanos que llegan valientemente hasta ella, sorteando mil obstáculos.



La lucha es furiosa. De una parte, los soldados del Colono atacan desesperadamente, reconociendo la imposibilidad de huir; de otra, los hijos de la Africana, animados a matar por la sed de venganza, no dan cuartel. Sería difícil imaginar un cuadro más pavoroso que este combate a muerte, acompañado de imprecaciones y de blasfemias, y librado sin testigos en medio de precipicios... Los bellos versos de Lucrecia no serían suficientes para comunicar la poesía de este campo de batalla: todo allí era horrible, excepto el coraje que había logrado una primera victoria, obtenida con armas desiguales y sobreponiéndose a la inexperiencia y al número de tropas.

De los defensores del Colono, que en su mayoría mordieron el polvo, no quedaban más que aquellos que el miedo había dejado del otro lado de la corriente y que, aprovechando la acción, regresaron sobre sus pasos, para luego volver a retomar la ofensiva.

Rómulo y Remo, armados con los fusiles y cartuchos arrebatados a los muertos, resistieron vigorosamente a sus nuevos adversarios. Cada soldado que se alzaba por encima de los montones de piedra formados por el derrumbe era inmediatamente derribado por una bala. Cuando llegó el momento en que los dos hermanos no tenían más municiones, reunieron sus últimos cartuchos y esperaron, sin disparar, a que los pocos enemigos restantes traspasaran un obstáculo del camino, para acabarlos de un golpe.

Y con el objetivo de atraerlos, los rebeldes aparentaron regresar al campamento. De esta manera, los soldados del Colono creyeron que huían y se lanzaron, sin orden ni concierto, en su persecución: —¡Aprehendamos a los bandidos! —gritó el Colono que se había detenido prudentemente sobre las piedras.

Al sonido de esta voz conocida y execrada, los dos hermanos y sus compañeros, llenos de ira, se volvieron bruscamente y, realizando una terrible descarga, se lanzaron sobre sus enemigos hasta exterminar al último.

El triunfo era completo; pero el asesino de la Africana escapaba una vez más de la venganza de los hijos de la esclava, como si una extraña fatalidad pareciera disputarles esta víctima.

Vieron al Colono abandonando el lugar del combate y huyendo más allá del río en un momento decisivo de la batalla. Uno de ellos se lanzó detrás de él, pero el fugitivo tenía un caballo; ¡qué importa! Quien lo perseguía estaba acostumbrado a vencer en la carrera al ágil cuadrúpedo. Ambos corrían rápidamente en la inmensa planicie que se extendía al otro lado del río. El potro, encargado por instinto de la suerte de su amo, redoblaba su brío; el hombre, empujado por su ira, volaba como el relámpago. La distancia entre este y el animal no superaba la distancia de un disparo: una bala más y el Colono estaría muerto. Los cartuchos se habían acabado, ¿de qué sirve ahora un fusil? Rómulo tenía dientes y uñas. Arrojó el arma inútil.

Al librarse de ese peso, estaba seguro de poder alcanzar al jinete y arrojarlo al suelo, pero ya no contaba con sus fuerzas. Tras un día de carreras extenuantes y batalla continua, no podía mantener la larga persecución. Sus miembros habían perdido su fuerza de acero. Pronto le fallaron las rodillas, se debilitó su espalda, sus sienes palpitaron con violencia, su pecho se apretó y el ritmo de los pulmones se detuvo. Cayó inconsciente, bañado de un sudor helado, el sudor de la muerte.

Mientras tanto, Remo, no teniendo más enemigos que combatir, volvió tras el rastro de su hermano. Estela lo seguía. Temían que Rómulo estuviera solo con el Colono. Llegados al lugar donde este se había desvanecido, la joven y su compañero confirmaron su doloroso presentimiento, al ver ese cuerpo sudoroso y pálido que tomaban por un cadáver.

Remo permanecía inmóvil. Estela se acercó e inclinó su bella cabellera virginal sobre el guerrero tendido en la planicie. Ella

examinaba sus vestidos y comprobó que no había sangre; colocó la mano sobre su pecho y sintió el corazón que latía. Entonces lanzó un grito de felicidad que resonó en el alma de Remo, inmóvil de estupor hasta ese momento.

De un salto se hallaba al lado de su hermano; lo besó varias veces, vertió sobre su rostro el agua de una calabaza que le servía de vasija y le hizo beber algunas gotas.

Rómulo recuperaba el sentido; pero se encontraba aún demasiado débil para subir la montaña. Remo lo dejó al cuidado de la joven y regresó al campo de batalla, de donde transportó una gran cantidad de armas y municiones para su campamento.

.....

Es así como los nativos de Haití procuraron los instrumentos de guerra con los que conquistaron la Independencia y fundaron la Patria. Se podría decir que la esclavitud fue decapitada con sus propias armas. Esta circunstancia brindó a la lucha un carácter sagrado que la aproximaba a aquella entre David y Goliat.

David se presentó para combatir a Goliat, el terror de los israelitas. Se burlaron de su debilidad, lo acusaron de *vano*. Ante su insistencia, lo llevaron a Saúl. El Rey entonces le reprochó al muchacho su temeridad... ¿Quién puede medirse con este enemigo, tan conocido por su fuerza y su experiencia en la guerra? David no era más que un joven pastor. Sin embargo, prometió vencer al gigante. Lo dejaron. Tomó un bastón, cinco rocas del río y su honda. Goliat lo vio venir y lo insultó. Él respondió y, al mismo tiempo, lo golpeó en la frente con una roca lanzada con su honda. El gigante cayó de frente en la tierra. Y como David no tenía espada, se sirvió de aquella del Filisteo para cortarle la cabeza.

Detrás de David estaba Dios, todo poderoso e invisible, que lo asistía.

¡¡¡Desdichados sean los impíos!!!

## EL DÍA DESPUÉS DE LA VICTORIA

EL CAMPAMENTO se despertó a temprana hora o, mejor dicho, no durmió. La guerra es enemiga del reposo: su ardor inquieto se renueva sin cesar. Hace de la actividad un poder invencible, cuando sabe unirlos al valor y al ingenio.

Rómulo y Remo discurrieron la mayor parte de la noche repasando el combate, recordando sus peligros, embriagándose de su triunfo y, llegado el amanecer, estaban todavía despiertos, preparándose para otra campaña. Tenían la intención de sorprender al Colono, a fin de impedirle que reuniera nuevas fuerzas.

Esta vez, Estela debía ser avisada e incluso consultada. La joven se había convertido en su sostén y en su guía. Se dirigieron a su *ajoupa*. La encontraron allí, apoyada en su lanza, velando por ellos. La luna la bañaba con sus rayos voluptuosos y coronaba su frente con una aureola. Era una centinela divina.

Los dos hermanos la abordaron con un respeto religioso y le propusieron su proyecto, el cual ella aprobó.

—Yo quería acompañarles —dijo ella— pero no conviene dejar sus municiones y armas sin vigilancia. Vayan, sean prudentes, no se aventuren demasiado. Si encuentran a un enemigo numeroso, eviten el combate y regresen discretamente sobre sus pasos: sepan que solo son fuertes aquí.

Partieron bien nutridos por la sabiduría de esta recomendación. El hacha y el machete, ya inservibles, fueron reemplazados por el fusil y el eslabón que les brindaba una ventaja incomparable.

Las tierras del Colono fueron invadidas en toda su extensión. Las casas habían quedado vacías y las plantaciones desiertas. ¿Qué había sucedido con el taller? ¿Qué habrá sido del Colono? Se hacían esas preguntas, mientras tomaban el camino hacia su antigua choza.

La hierba salvaje había crecido en el sendero, borrando el trazo de sus pasos en el suelo. La obra del tiempo era desoladora y rápida; ellos lo notaron con indiferencia. No soñaban más que con ver nuevamente el pobre nido abandonado que les hablaría de su infancia y de su madre.

¡Cuántos lazos atan al hombre a su cuna!

No, la patria no es el lugar donde uno mejor se encuentra: es a veces el lugar donde más se sufre y, por esta razón, tal vez, el que más amamos. Es el techo pobre o rico que nos vio nacer; es el espacio bajo ese techo; es el aire que respiramos; es el rayo de sol amigo que se desliza furtivamente en la mañana para despertarnos, y la noche que nos dice adiós... Uno no sabría separar al hombre de ese rincón de tierra bendita: allí deja su corazón cuando la fatalidad lo arranca.

Sin embargo, la *ajoupa* ya no existía. Los dos hermanos tuvieron dificultad para reconocer su ubicación. El Colono había destruido el altar de sus recuerdos. Este sacrilegio los exasperó, e hicieron arder lo que encontraron, destrozando todo lo que había perdonado el primer incendio.

Estela se enteró, sin parecer alterada, de la ausencia del Colono. Sabía para sus adentros sobre la verdadera causa de esta desaparición, que los dos hermanos atribuían, por orgullo, al temor.

El orgullo era el demonio contra el que la amistad esclarecida de la joven debía proteger a sus inocentes compañeros. El orgullo reina sobre los poderes del abismo. Todos los gigantes de la historia le deben su caída. Su influencia perdió a la mujer e hizo caer al ángel. Buitre en la fábula y serpiente en el Génesis, hurga con un pico ávido el seno del imprudente que robó el fuego del cielo, y se erige insidioso y perverso entre el Creador y la criatura.

Estela soñaba para sus protegidos un destino que estos no imaginaban. El objetivo se hallaba distante. Ella se encargaría de conducirlos por un camino duro, penoso, pero seguro.

La hidra colonial habría de agitar contra ellos sus cien cabezas que renacen, las cuales deberían cortar una tras otra.

Debían marchar por mucho tiempo, tener los pies desgarrados y manchar con su sangre las zarzas del camino.

Debían deambular en las tinieblas, creerse enemigos el uno del otro, luchar entre sí y reconocerse luego, para lamentar su error y llorar por sus heridas.

Pero al final, ¡inmenso premio!, ellos serían libres e independientes; ciudadanos de un país que correspondía a su valor y a su mérito. Ellos desmentirían las injustas objeciones, humillarían a sus calumniadores, y devolverían los derechos humanos a una raza proscrita, fundando una *patria gloriosa* sobre las ruinas de la *culpable colonia*.

A este edificio del porvenir no tenían que aportar sino una piedra, su corazón; era necesario que ese elemento fuera puro: es por ello que la austera virgen respondió con fuerza contra su orgullo naciente.

—¿Están bien convencidos de que el Colono se ha alejado por cobardía? —dijo ella.

—Osamos garantizárselo —respondieron ellos con un tono de ridícula presunción.

—Sin embargo —agregó la joven, visiblemente contrariada—, nada lo comprueba: él se ha tomado el tiempo de reunir a su gente y de partir con ella. Si hubiera tenido miedo, habría huido solo para escapar más rápido. Además, ¿por qué habría él de huir? ¿Qué han hecho hasta ahora que inspire temor de sus armas? Una victoria única puede ser atribuida tanto al azar como al genio. ¡Ay de mí! ¡Cuánto no hará falta para establecer de una manera incontestable su calidad de hombres! Abdiquen entonces ese miserable orgullo. Ignoran la desesperante energía de los prejuicios humanos. Hay prejuicios que son como ciertas plantas dañinas que resisten la acción del hierro y de la llama. Es igualmente difícil arrancar a unos del espíritu que infectan como a otros del terreno que envenenan. Mientras más absurdos, más persistentes. A veces consumen el esfuerzo de muchos siglos. Ese es el caso de que ustedes son objeto, que impedirá por mucho tiempo que no sean considerados sino como animales rebeldes. Se llegará a la ceguera y a la estupidez de confiarle a los perros la tarea de someterse. ¿Escuchan? ¡Perros, verdaderos perros transformados en soldados contra ustedes! ¿Cómo osan envanecerse, después de esto; después de un éxito que no cuenta para nada? Dejen al Colono su bajeza y su ignominia. Fortálzcanse de sus debilidades; no se muestren complacientes con ustedes mismos, si quieren que el cielo los proteja; el cielo, donde cada estrella es un ojo abierto sobre el mundo y en su momento, ¡una espada de fuego! Por desgracia, ciertos hombres no salen de un exceso sino para caer fatalmente en el contrario. Mientras más humildes, más orgullosos se vuelven. ¡Si así ocurriese con ustedes, tiemblen, pues su causa estará perdida!

Rómulo y Remo lamentaron haber incurrido en esta falta tan severa y lo manifestaron con testimonios de vivo arrepentimiento.

A pesar de ello, Estela materializó de algún modo la lección para hacerla palpable a sus espíritus.



En la muralla del campamento había un cactus cargado de frutos maduros entre los cuales, el de apariencia más bella, se hallaba picado. Ella lo tomó, lo abrió y mostrando a los dos hermanos un verde aún vivo en el seno de este fruto dañado, les dijo: —He aquí el orgullo y sus funestos efectos. Este se introduce en el corazón después de algún éxito y, si no es prontamente apagado, lo corrompe por completo. ¡Recuerden este ejemplo!

## UN NUEVO ENEMIGO

EN EL ARCHIPIÉLAGO de las Antillas, a treinta y ocho leguas del viejo Saint-Domingue, hay una isla importante que pertenece a los ingleses.

A pesar de la proximidad de estas dos tierras, la colonia francesa de antaño no tiene en común con Jamaica sino la poesía del mar, cuyas olas azules acarician sus costas.

Hijas ambas del Océano, quizás nacidas el mismo día, existe tan poco parecido entre ellas que la naturaleza no parece haber dotado a la segunda sino después de haber entregado sus dones a la primera.

Saint-Domingue no tiene rival entre sus hermanas del Nuevo Mundo; así se entiende que Inglaterra haya deseado en otra época el deseo de anexar a sus posesiones a esta isla digna de la codicia, aun cuando se la compare con las Indias Orientales.

Desde la primera tentativa de los dos hermanos, el Colono separó sus intereses de los de Francia que, debido a una revolución aún en ciernes, había proclamado principios favorables a la emancipación de los individuos y los pueblos. El Colono se dirigió entonces a Gran Bretaña para pedirle el socorro y la protección que no podía brindarle, por hallarse en paz con su rival.

Pero en 1793, la ejecución de Luis XVI armó a todas las potencias monárquicas de Europa contra la Francia republicana. Inglaterra fue la más ardiente en vengar este atentado contra la inviolabilidad del trono. Esta impartió casi enseguida la orden de adueñarse de Saint-Domingue. El gobernador de Jamaica se entendió con el Colono para la ocupación de la isla francesa y envió sus tropas.

Fue delante de estas tropas que se hallaba el Colono, ansioso de emprender su venganza.

Mientras tanto, Estela descendió desde las alturas de la moral donde había fulminado el vicio; se puso a la par de los acontecimientos, los cuales no ignoraba, gracias a su percepción divina. Advirtió a Rómulo y Remo que debían mantenerse en guardia.

Siguiendo sus consejos, los hijos de la Africana redoblaron la vigilancia y realizaron largos reconocimientos a diario.

Prometieron ser fieles a la recomendación de no ofrecer ni aceptar un combate fuera del campamento.

Pero el orgullo, el cual no habían vencido, les tendió una trampa.

A la vuelta del camino encontraron al enemigo que, de repente, se abalanzó sobre ellos.

El caso había sido previsto: debían evitar el choque y regresar a la montaña. Un impulso de orgullo los desvió del compromiso asumido con Estela y consigo mismos.

A la cabeza de su pequeña tropa, recibieron al enemigo firmemente y le infringieron sus golpes. Aun sabiendo que hacían mal, no pudieron eludir la provocación, pues se hallaban dominados por el recuerdo de su primera victoria.

Retirarse en presencia del Colono que habían vencido, retirarse sin combatir era para ellos algo más fácil de prometer que de cumplir. Prefirieron correr el riesgo de una derrota.

El encuentro duró varias horas y fue sangriento. De cada lado se desplegó un gran coraje. Los dos hermanos fueron particularmente pródigos con sus vidas. La temeridad es propia de la juventud y de la inexperiencia. En raras oportunidades esta conduce al triunfo, pero en la mayoría de los casos son la sangre fría y la táctica las que conducen a él.

Después de haber intentado desplazar infructuosamente al enemigo que cuidaba sus líneas hábilmente —cambiándolas de lugar, reorganizándolas y haciéndolas tomar mil formas—; después de haber usado la energía de sus soldados y perdido esa confianza en sí mismos que los había hecho equivocarse, Rómulo y Remo consideraron volver a su campamento.

Diez mil hombres de la antigua Grecia se inmortalizaron con una sabia retirada; pero, para una tropa indisciplinada, la retirada es sinónimo de derrota.

Los dos hermanos, ignorantes del arte de la guerra, eran poco capaces de reanudar las hazañas de Jenofonte. Se replegaron en desorden y fueron perseguidos furiosamente.

Este jaque los confundió: fue el último golpe a su orgullo.

El estado en el cual se presentaron a Estela inspiraba piedad. Cubiertos de sangre y de fango, abatidos, desmoralizados, estaban irreconocibles. La joven quería reprocharles y no pudo más que sentir lástima.

Vendió sus heridas, elevó su moral y les mostró al enemigo que avanzaba.

El ejército inglés, ascendiendo entonces por la montaña, se había dividido en dos cuerpos e intentaba conquistar la posición al rodearla. Detenido por dificultades imprevistas, debió abandonar este plan y resolverse a operar en una sola columna.

El camino al campamento, estrecho, tortuoso, atestado de enormes piedras después del derrumbe, presentaba obstáculos casi insuperables para el avance de un ejército.

Los ingleses subían lenta y penosamente, y debían detenerse con frecuencia mientras los dos hermanos dirigían contra ellos un fuego asesino. Muchos soldados quedaron en el camino.

Después de esfuerzos y perseverancia, la columna conseguía subir hasta la meseta donde libraba un feroz asalto, a pesar de que las balas continuaban lloviendo sobre ella. Rómulo y Remo resistieron vigorosamente, y cada cabeza que se asomaba a través de la empalizada se convertía en cadáver del enemigo. Se arrancaron estacas, se abrieron brechas y, a través de estas, los mosquetes vomitaron muerte entre los rangos ingleses. La ventaja estaba del lado de los dos hermanos.

Hubo, sin embargo, un momento de peligro extremo para el campamento.

Los ingleses comenzaron, en un momento, a introducirse por la brecha, mientras que por el lado contrario escalaban la empalizada. Esta doble tentativa forzó a los dos hermanos a dividirse y, en consecuencia, a debilitarse. Estela, hasta entonces simple espectadora del combate, desde el centro de la fortificación donde se mantenía como un general en observación o como un capitán de navío sobre su timón, se abalanza sobre la brecha y consigue frenar el torrente invasor.

La joven resistió sola a numerosos enemigos que dispararon sin cesar. Una bala rozó su seno. Ella se tambaleó. Se creería que que iba a caer. Los soldados se enardecieron. Iban a forzar el paso cuando su terrible adversaria se reincorporó, blandiendo su lanza y sembrando el desorden y la confusión entre ellos.

Los dos hermanos y todos sus soldados apenas eran suficientes para contener al enemigo en el otro lugar de asalto. Si Estela hubiese muerto, el Colono se habría hecho dueño del campamento. Afortunadamente, ella no podía morir: su vida provenía de la justicia y de la verdad, dos principios eternos.

En el último combate, Rómulo y Remo se mostraron dignos de su compañera celeste. Borraron la vergüenza y la desgracia que habían atraído recientemente.

El honor de la jornada era suyo.

El enemigo se debilitó, se descorazonó, descendió la montaña favorecido por las sombras de la noche, conducido por el Colono, que escapó una vez más a la venganza de los dos hermanos.

## EL PACIFICADOR

EL CAMPAMENTO se hallaba completamente iluminado por la presencia de Estela, quien irradiaba la gloria de un astro que se eleva o de una potencia que se crea. Su existencia pesaba considerablemente sobre el destino de la colonia.

Un hombre se presentó al pie de la montaña y pidió hablar con los dos hermanos. Estaba solo y sin armas. Nada en él revelaba a un enemigo. Estela aconsejó oírlo y se le invitó a subir.

La joven, por razones que calló, se retiró a su cabaña; no quería estar presente en esta entrevista.

Antes de reproducir las palabras del extranjero, diremos algo sobre su persona.

Era un hombre de unos cincuenta años, de buena estatura y talante. Su fisonomía reflejaba un alma elevada, en la que la filantropía se aliaba a las más altas virtudes republicanas. Llevaba un pañuelo de colores brillantes: los colores que la nueva Francia había adoptado y que debía eternizar con sus victorias innumerables y sin antecedentes en el mundo. La fuerte voz del extranjero, correspondiente a su gran estatura, le daba una viril elocuencia y le confería un gigantesco poder a su persona.

Un incidente nos dibuja el carácter de este hombre.

Después de un combate en Cabo Francés, hoy Cabo Haitiano, su hijo fue hecho prisionero. Le propusieron intercambiarlo por el jefe enemigo, quien había caído en su poder. Él respondió estoicamente: *¡No! Yo adoro a mi hijo... Sé todo lo que mi posición y la suya tienen de doloroso... Fue hecho prisionero cuando llevaba palabras de paz a los rebeldes... El prisionero que tengo en mi poder fue hecho prisionero por tomar las armas en contra de los delegados de Francia... No hay ninguna paridad... Mi hijo puede morir... Yo hago el sacrificio por la República.*

Escuchemos ahora el discurso que dio el extranjero a Rómulo y Remo, reunidos delante de la *ajoupa* de Estela, testigo invisible de este encuentro.

—Amigos —les dijo con sentimiento de calidez y preocupación— han adquirido el derecho de ser libres e iguales ante sus opresores. Vengo a ofrecerles en nombre de Francia, de la que soy representante en Saint-Domingue, esta libertad que merecen por sus sufrimientos, su energía y su valor. La hora del desagravio ha llegado para ustedes. Sus males han terminado. Desciendan de esta montaña, vengan a utilizar en beneficio común la audacia guerrera que ya han demostrado. Serán las espadas de la patria.

Había en el lenguaje de este hombre un acento sincero que persuadió a los dos hermanos. Sin embargo, no se atrevían a asumir la responsabilidad de esa propuesta. El punto más delicado era abandonar su campamento. Conocían el peligro de alejarse de la montaña. Los reversos vividos en la planicie estaban presentes en su memoria.

Ignorando la opinión de Estela, la cual debía ser ley en esta materia, pidieron tiempo para reflexionar y prometieron llevar ellos mismos la respuesta, de ser esta favorable. El extranjero se retiró, augurando un buen desenlace.



Estela, que lo había escuchado y observado todo sin ser vista, reconoció con alegría en el comisionado francés a uno de esos corazones generosos y entusiastas que estuvieron cerca de ella en París.

Este pertenecía, por sus convicciones políticas, a un partido honesto: la célebre fracción de la Gironda, poderosa por la influencia de sus luces, pero culpable de haber querido moderar la revolución; crimen virtuoso, si tal puede decirse, que pagó con su sangre.

La joven necesitaba de un hombre como este para confiarle los intereses de sus pupilos. Había llegado el momento en que los dos hermanos debían pensar y actuar por sí mismos. No podían mantenerse más al margen. Ella les dijo sin dudar:

—Anden, sigan la guía que la Providencia les envía, su destino no es vivir eternamente sobre esta montaña; volverán luego si es necesario; mientras tanto, es primordial que aprendan a usar sus fuerzas, que aprendan a ser libres. El hombre que se ha presentado aquí no es un desconocido para mí: estoy al tanto de sus sentimientos, los principios que profesa. Él difiere profundamente del Colono. La libertad que les ofrece es un regalo que desea hacerles sin la participación de Francia. Recíbanlo con afabilidad. Quién sabe si esta no les será disputada; si el funcionario de la metrópoli no tendrá que excusarla, como un verdadero crimen; o si, en fin, no se verán forzados a combatir para poder disfrutarla después de haberla poseído. La arena está abierta. Avancen ya contra el Colono y sus cómplices. Ya no se trata de atentar contra la vida de su enemigo: su muerte será inútil e incluso contraria a su éxito; piensen, para convencerlos, que una voluntad superior la ha sustraído constantemente a sus embates. Lo que hoy importa es que encuentren un terreno de igualdad que les permita luchar haciendo uso de todas sus habilidades naturales, no ya como leones atrapados

por cazadores, sino como hombres atacados por otros hombres. Sus facultades se desarrollarán inevitablemente en esta lucha y les proporcionarán un arma más para la victoria. Anden, se los repito, y mientras estén allá, sobre un nuevo teatro, anticipando un rol más activo y glorioso, yo permaneceré aquí y los tendré siempre presentes en mi pensamiento.

—¿Cómo? —respondieron los dos hermanos sorprendidos y afligidos—. ¿Quiere que partamos sin usted? ¿Es eso posible? No lo consentiremos jamás.

—Sin embargo, es necesario que así sea —añadió la joven, con firmeza—. Esta montaña es un lugar sagrado que tomo bajo mi protección y que guardaré hasta que la memoria de su madre sea completamente vengada. Les he dicho una vez que aquí residía su fuerza, es decir, su salvación. Al aconsejarles abandonar este refugio inexpugnable, no abjuro de mi primera idea; por el contrario, la mantengo con el hecho mismo de permanecer aquí para garantizarles un refugio en caso de que les sea aún útil.

—Conocemos su sabiduría y su bondad inefable —respondieron los hijos de la Africana, cada vez más contrariados—; no obstante, permítanos recordarle que ha prometido no abandonarnos jamás.

—Me complace este recuerdo de mis promesas: este les prevendrá, no lo dudo, de olvidar las suyas. Abandonarlos sería descartarlos, no ocuparme de ustedes, mientras que me constituyo más bien en guardiana de su campamento, para cuidar de sus más preciados intereses.

—Preferiríamos permanecer a tu lado que ir en búsqueda de una fortuna ajena a nuestra ambición y nuestras esperanzas.

—Lo sé. Su inteligencia no abarca aún la misión que les ha sido encomendada; lo hará solamente cuando estén felices y orgullosos de haberla cumplido. Lléveme a esa gruta donde antes

me han ofrecido conducirme; en lugar de ser el asilo del temor será un templo secreto de meditación. Todos los cultos tienen sus misterios; si me aman, así como lo creo, vendrán frecuentemente a decírmelo y reflexionaremos juntos sobre el porvenir y su suerte.

Rómulo y Remo, habituados a respetar la voluntad de Estela, se sometieron sin objetar a esta decisión que, de su parte, no podía ser el resultado de una convicción ligera; y, aunque sufriendo con la idea de tan dolorosa separación, no se mostraron ni más tristes ni menos solícitos que de costumbre.

## LA GRUTA

RÓMULO Y REMO se dispusieron prontamente a establecer una comunicación entre el campamento y la inexpugnable gruta que habitaba Estela.

Por el mismo lugar donde debían pasar, crecían fuertes lianas ancladas al suelo con profundas raíces, medio salidas de la tierra e incrustadas en la roca como clavos de hierro.

Los dos hermanos ataron lianas flexibles y crearon una escalera semejante a las que se apoyan contra los mástiles de las naves. Otras lianas, al alcance de la mano, fueron dejadas expresamente para facilitar el uso de esta escalera aérea.

Estela fue conducida sin tropiezos a su nueva morada.

El refugio era encantador. Espacioso, aireado, como tallado por la mano del hombre; esta excavación subterránea reunía, para Estela, enemiga de la estrechez y la oscuridad, todas las condiciones de una habitación sana y agradable. Una fuente de agua viva esparcía frescor y ruido. A ciertas horas del día, por una creada apertura, se diría hecha intencionalmente, el sol suspendía su llama en medio de la bóveda. La luna dejaba también penetrar a veces su dulce y melancólica luz. Plantas trepadoras, adosadas a las paredes de la gruta, la decoraban con coronas, guirnaldas y verdes cortinas, mientras desplegaban hasta el suelo sus largos y nobles vástagos,

los cuales se doblaban bajo el murmullo del agua. Flores de vivos colores sumergían sus corolas perfumadas en las ondas puras del arroyo, que rodeaban creando una orilla vibrante y risueña. Después de haber corrido por un lecho de arena plateada, el arroyo suspendía su curso para entregar su tributo misterioso al río, a través de una fisura en la roca.

En el entramado de árboles que se cruzaban a la entrada de la gruta se distinguía una palmera altiva y orgullosa de su soberanía natural. Con la llegada de la victoria, esta se convertiría luego en símbolo. Del mismo modo que el roble ha sido llamado *real*, por haber servido de asilo a un monarca vencido, la palmera, abrigo glorioso de un pueblo vencedor, ha sido nombrada *el árbol de la libertad*<sup>1</sup>, consagración inmortal del derecho más sagrado del hombre, por una de las creaciones más nobles de la naturaleza.

Rómulo y Remo *desarmaron* el campamento y depositaron en la gruta de Estela todo aquello que tenían para la guerra. La joven deseaba hacerse responsable y tomar bajo su cuidado este arsenal subterráneo.

Las *ajoupas* fueron demolidas. A los hermanos les costó una infinita pena moral y física destruir la de Estela, la más amplia y mejor construida. Parecía que los postes hubieran echado raíces en la tierra. Todos estos trabajos les recordaron dolorosamente a los hijos de la Africana que la separación se acercaba.

La joven fue a pasearse por última vez con ellos por la orilla del río. Allí les volvió a ordenar que partieran sin demora. Su sumisión respetuosa ocultaba tanta aflicción, que Estela, para consolarlos, levantó el velo del tiempo y les mostró un rincón del inmenso porvenir.

---

1. Al rey de Inglaterra, Charles II, después de la batalla de Worcester. (N. de A.B.A.).

—Supongamos —les dijo ella— que se convierten en grandes militares y son llamados a ocupar puestos eminentes. La guerra termina, los ingleses son expulsados del país; puede que el Colono reconozca su autoridad y obedezca; en ese caso, ¿qué harán?

—Nos contentaríamos con oprimirlo oportunamente, puesto que nos prohíbe matarlo.

—Les aconsejaré más bien tratarlo consideradamente.

—¿Entonces ya no es el asesino de nuestra madre? ¿Se ha olvidado el crimen?

—Él es su enemigo y su amigo; su enemigo por el mal que les ha hecho, su amigo por el bien que les hará: deben acercarse a él.

—¿Será posible ese acercamiento? ¿El Colono nos aceptará algún día como iguales?

—No, él no dejará de despreciarlos y soñará incesantemente con el medio de regresarlos a la servidumbre.

—Entonces será siempre nuestro enemigo.

—Y su amigo a la vez. No quiero decir que él, por hacerles bien, los llevará de la mano y los elevará; por el contrario, trabajando obstinadamente para arruinarlos y dañarlos, los conducirá a un destino superior. Los caminos de la Providencia son impenetrables: para unos allana los obstáculos, para otros prodiga espinas. Ella ofrece a veces al hombre que protege un brazo generoso y presto a socorrer; a veces también salva a la víctima usando al mismo asesino. Nada es completamente malo en este mundo. Todo aquello que se aparta del bien regresa por una vía indirecta; de este modo, casi siempre, el agua de los ríos describe largos circuitos antes de entrar en el reservorio común.

—Con ello nos deja entender que habremos de luchar largo tiempo contra el Colono y sus cómplices.

—Todo me conduce a creerlo.

—¿No podríamos acortar estas luchas, si nos parecen demasiado largas o demasiado penosas?

—No, la Providencia no alcanzaría su fin. Es necesario que la perfidia de su enemigo se agote; es necesario que, siendo incapaz de combatirlos lealmente, de frente, los ataque por detrás y trate de minarlos subterráneamente; son necesarios sus ardides, concebidos para dividirlos y en consecuencia, perderlos; es necesario que el crimen se desborde y que su exceso lo engulla como lava vengadora. Probablemente tengan mucho que sufrir aún; pero no se alarmen. Al término de tantas adversidades, la dicha y el reposo serán tan dulces, tan consoladores, como sus fatigas y penas fueron largas y crueles.

De noche, sentada sobre un montículo al pie de la palmera de la gruta, Estela discurría sobre el mismo asunto, rodeada por sus atentos acompañantes.

Nada era más poético que ese grupo medio escondido por el follaje y accidentalmente iluminado por algunos rayos extraviados del astro melancólico de la noche. La palmera temblorosa, al viento de la montaña, parecía tomar parte en el encuentro misterioso que tenía lugar bajo su fresca sombra. Figuraba como otro personaje más en ese retablo de primitiva belleza.

Estela no se ahorró opiniones ni consejos para estos hombres que amaba y que se alejarían de ella. Después de haberles señalado todos los peligros a evitar, todas las dificultades a vencer, la joven se levantó y dijo, extendiéndoles la mano: —Solo tengo una cosa más que exigirles, y es que deben asistirse mutuamente, apóyense el uno al otro y vivan juntos como si no fuesen más que un mismo ser.

.....

En la naturaleza, todo aquello que es fecundo es doble. La combinación de dos elementos de color diferente que componen la

sociedad haitiana solo puede ser favorable a su prosperidad. Esta ya produjo la *libertad* y la *independencia*; esta producirá también la *civilización*, al incorporar la semilla de vida contenida en esta exhortación divina:

*“Ámense los unos a los otros”.*



## LIBERTAD GENERAL

FUE UN BUEN DÍA para Haití (entonces Saint-Domingue), el día en que cayeron los hierros de los cautivos y cuando se declaró que el hombre no sería más propiedad de otro hombre en este país, tan largamente afligido por la esclavitud.

Al abolir la horrible tiranía bajo la cual había gemido, durante siglos, toda una familia humana, se separaba el presente de otro tiempo mancillado por monstruosas atrocidades. El cielo, en toda su clemencia y bondad, ¡tal vez hubiera podido perdonarlos, a partir de estos actos de justicia y con la condición de que fueran respetados! Mas los amos no querían perder a sus esclavos, ni los verdugos a sus víctimas... Este acontecimiento fue bien pronto atacado con violencia... Definitivamente, no se podía ser libre en Saint-Domingue sino por la fuerza de voluntad y el poder del brazo... Se alcanzó la libertad cambiando el mal por el mal, el crimen por el crimen... Dios abandonó a los malvados que lo negaban y ofendían, entregándolos al furor de sus enemigos. ¡Qué más habría de hacer con ellos... si ni siquiera sabían arrepentirse!

.....

Desde el amanecer, en las ciudades donde fue proclamada la emancipación de los oprimidos de Saint-Domingue, en las casas

fueron desplegadas preciosas telas: banderas de tres colores y banderolas brillantes ondeaban en el aire. Había flores en las ventanas, flores en las calles, flores por doquier. Una viva alegría acompañaba los preparativos del festejo.

Llegada la hora, los tambores y la música marcial daban solemnidad a la publicación del acta de libertad general a los esclavos, la cual fue leída en voz alta en cada esquina.

Una población inmensa formó el cortejo para las primeras autoridades del lugar, en su marcha hacia el altar de la patria. Allí, numerosos gritos de entusiasmo resonaron al pronunciarse las palabras que abolieron para siempre la esclavitud en Saint-Domingue. La muchedumbre las repetía extasiada. Todos tenían fe: Francia ofrecía sus garantías, el universo era testigo, el Cielo lo refrendaba.

Un vaso repleto de una bebida espirituosa fue colocado al pie del árbol de la libertad. La *Marsellesa*, ese eco vibrante de todos los corazones, esa música delirante de todas las pasiones, ese acento profético de todas las victorias; la *Marsellesa*, que había nacido, algún tiempo atrás, de una inspiración patriótica del genio, fue cantada por ese pueblo ebrio de felicidad. Entonces sonaron aquellas famosas estrofas:

Amor sagrado de la patria,  
Conduce, sostén nuestro brazo vengador;  
Libertad, libertad querida,  
combate con tus defensores.  
Bajo nuestras banderas, ¡que la victoria  
se apreste a tu viril acento!  
¡Que los enemigos desfallecientes  
vean tu triunfo y nuestra gloria!

A las armas ciudadanos,  
Formen sus batallones,  
Marchemos, marchemos,  
¡Que la sangre impura colme nuestros surcos!

Llegados a esta estrofa, se encendió la bebida espirituosa y el pueblo entero se aglutinó en torno a la llama sagrada que parecía haber abrazado a todos los corazones. El templo del Señor resonó de cánticos de acción de gracias.

La ceremonia religiosa completó la ceremonia política y la santificó. Esta le puso el sello de la divinidad al acta que restituía a la humanidad sus derechos imprescriptibles, sus privilegios inmortales. Los dos hermanos asistieron con lágrimas en los ojos y con el agradecimiento en su corazón. Una nueva era se abría para ellos.

Elevados a la dignidad de hombres, Rómulo y Remo no tardaron en recibir nuevos títulos que correspondían a la estima y confianza de aquel que los apadrinaba en la carrera de la libertad.

Ellos demostraron la falsedad de una idea generalizada, según la cual los individuos de su especie se hallaban signados por la ceguera moral; que el sol de la inteligencia no se elevaría jamás para ellos y que no eran buenos sino para cumplir el oficio de máquinas servilmente obedientes a la voluntad del amo.

Disponer de brazos, nada más que brazos para limpiar la tierra, cultivarla de la misma manera que el molino muele la caña y trilla el algodón, es decir, sin pensar ni sentir; tal fue el propósito de los importadores de hombres en Saint-Domingue. Desconocían con ello la idea de Dios, que no creó *humanidades superfluas*.

Los africanos probarían, en un momento dado, que el color de la piel no era un reflejo de la oscuridad de su mente. Haití surgió del seno de una tormenta. La luz brilló en el génesis de la nación, a pesar de los artesanos del caos.

.....

Rómulo y Remo adquirieron una posición favorable; se tornaron necesarios. El país, desgarrado interiormente por distintas facciones, sufría en el exterior las peligrosas consecuencias de la hostilidad de otras potencias europeas contra Francia. Imposible esperar protección ni socorro de la madre patria. El funcionario de la metrópoli, abandonado a sus propias fuerzas, no sabía con quién contar: todo parecía descartarlo a su alrededor; solo confiaba en los dos hermanos, quienes se habían convertido en su más firme apoyo, en su más enérgico sostén. La devoción y valentía de estos hombres regenerados no era común.

Parecían haberse reservado en caso de momentos difíciles, todas las virtudes que caracterizan a los ciudadanos y que distinguen a los héroes. El fervor y la abnegación con los que sirvieron a la patria fue su derecho a la libertad.

Qué admirable coincidencia con los hechos que ocurrían a 1.800 leguas de distancia, bajo el imperio mágico de las nuevas ideas. Mientras Francia, amenazada por todas partes, reclutaba a sus antiguos siervos y formaba batallones que desplegaba convulsivamente en sus fronteras, Saint-Domingue enlistaba a sus esclavos de ayer y les confiaba el cuidado de su defensa. En uno y otro país, estos nuevos ciudadanos justificaron plenamente el logro de su libertad, ennoblecidos por sus victorias.

Tal como lo había previsto Estela, los dos hermanos fueron llamados a cumplir altas funciones militares. La salvación de la colonia dependía ahora de su fidelidad, de su valentía. Esta podía descansar enteramente en ellos. Dos poderosos sentimientos eran garantía de esta inviolable fidelidad: la gratitud y el odio. El primero unía su corazón a Francia, su liberador, e inspiraba la noble resolución de morir antes que traicionar; el segundo los impulsaba

a perseguir al asesino de su madre, y no se apagaría sino con su sangre.

## NUEVOS COMBATES

UN REFUERZO de tropas inglesas había llegado a la colonia. Estas nuevas fuerzas devolvieron al Colono su audacia y sus esperanzas. El enemigo atacó y tomó varias poblaciones. Hubo fieros combates entre él y los dos hermanos, quienes, encontrándose sobre un nuevo terreno, no tenían las mismas ventajas. Estela les había dicho que no podían permanecer eternamente en la montaña, que era necesario aprender a vencer en el campo del enemigo. La guerra es una horrible ciencia de destrucción, en la que uno no se ejercita fructíferamente sino después de duras pruebas. El pueblo de la antigüedad que poseyó el más alto grado en este arte no estuvo exento de derrotas. Roma se ruborizó en más de una oportunidad ante Cartago, su rival... Un conquistador moderno que eclipsó a Alejandro, borró a César y a Aníbal, redujo a mezquinas proporciones los hechos más sorprendentes de la historia antigua; *el hombre del siglo*, después de haber ganado cien batallas frente a las primeras naciones del globo, pensó haber asentado para siempre su superioridad en las armas. Pero esas naciones fortalecidas por las adversidades, aleccionadas por los sacrificios de tantos combates sostenidos inútilmente en el seno de sus propios territorios, marcharon un día contra Francia y vencieron al invencible. La desdicha de haber sido frecuentemente vencidas les enseñó, a su vez, a ser vencedoras.

Para adquirir una ventaja similar, Rómulo y Remo no necesitaban más que armarse de una obstinada voluntad; no necesitaban más que perseverar en su labor guerrera. Esto era algo que comprendieron bien cuando intentaron retomar las ciudades ocupadas por el enemigo.

Una de ellas<sup>1</sup>, edificada en el lado meridional de la isla, al extremo de un cabo montañoso que avanza en dirección a Jamaica, ofrecía un punto de comunicación rápido y fácil entre los dos territorios. Con buen tiempo, solo eran necesarias cuarenta y ocho horas de navegación para atravesar el estrecho canal que las separaba, dando así apoyo al enemigo. Este lugar adquiriría por ello cierta importancia, y representaba un peligro para otros pueblos vecinos sobre el mismo litoral.

Los dos hermanos atacaron con el ardor y la intrepidez que habían demostrado. Una lucha furiosa se desató al pie de sus muros; mas el poblado, bien defendido por sus fortificaciones y una guarnición numerosa, resistió los esfuerzos de los atacantes, que fueron obligados a partir.

Sobre el litoral opuesto, otro lugar<sup>2</sup> estaba también ocupado por los ingleses. Desde allí, a lo lejos, veían sus conquistas favorecidas por la traición.

Rómulo y Remo concibieron una nueva empresa contra estos, que fracasó del mismo modo y por las mismas razones que fracasó el intento anterior.

Poco después, el enemigo se convirtió de nuevo en amo, luego de tomar una importante fortificación. Se habían visto favorecidos por la noche, por la lluvia de una tormenta, y por espías en el interior de lo que ahora fungía como capital del país.

---

1. La ciudad de Tiburón. (N. de A.B.A.).

2. La ciudad de Léogâne (*idem*).

El incidente conmovió profundamente a los dos hermanos, que creyeron ser víctimas de una mala fortuna. Pensaron que no sabían defenderse bien, pero estas dudas injuriosas, que pesaron sobre ellos durante algunos instantes, fueron desmentidas por el desarrollo de los acontecimientos.

La invasión extranjera progresaba; sin embargo, los ingleses no tenían suficientes fuerzas para someter violentamente al resto de la colonia. Su único recurso era ganarse a quienes apoyaban a Francia, si tal cosa era posible, mediante falsas promesas. Era necesario comenzar por calumniar al hombre a quien los dos hermanos se habían apegado, intentando arruinar su prestigio. De esta manera, una vez quebrantada la convicción de los defensores de la colonia, podría ofrecérseles dinero, grados y prebendas garantizadas por el magnánimo Albión, a cambio de derechos ficticios y efímeros.

Les escribieron a los hijos de la Africana: —¿Qué ganan combatiendo, vertiendo su sangre por una madre patria ingrata que niega su emancipación y, por lo tanto, los servicios que le rinden como ciudadanos y como hombres? Su representante los engaña. Él ha sido llamado a rendir cuentas de su conducta en Francia, a justificarse por el crimen de haber liberado a los hijos de esta isla. Francia ha hecho votos de restablecer la esclavitud bajo condiciones más duras y más degradantes que nunca. ¡Qué triste recompensa para su lealtad! Únanse entonces a nosotros, que venimos sin interés y de buena fe a asegurarles la libertad en nombre de nuestra generosa patria.

Rómulo y Remo rechazaron con indignación las pérfidas ofertas de los ingleses y sus funcionarios. A estos les respondieron con la noble conciencia del deber: —Que Francia reniegue de nuestros servicios, si lo desea; nosotros verteremos gustosamente nuestra sangre por ella. Sus promesas no son desinteresadas. Preferimos



ser los hijos perseguidos de una madre ingrata que alistarnos bajo la bandera de la traición. El Colono es su aliado: eso es más que suficiente. Guarden su oro y sus favores, nosotros no podemos ser más que sus enemigos. Prosiguieron a enviarles un poco de pólvora y plomo acompañados de las siguientes palabras, que se hallaban impregnadas de una ironía amarga: —Sin duda les faltan municiones: solo la falta de insumos necesarios para la guerra les ha podido aconsejar acciones tan humillantes. He aquí de lo que se defienden. No se deshonren más y ¡sepan que nosotros nunca aceptaremos un trato tan ruin!

Toda sospecha se derrumbaba delante de estas pruebas de honorable lealtad, dando lugar a la admiración.

## LA COALICIÓN

LA REVOLUCIÓN en Francia, aumentando en sus excesos y furor, había hecho huir a los enemigos de la soberanía popular, aquella aristocracia que no reconocía sino el poder del *derecho divino*. Aparte de algunos imprudentes, demasiado lentos para ganar la frontera, toda la nobleza de la época había emigrado y creía, según la expresión común, *haber llevado la patria en la suela de sus zapatos*.

Esta nobleza se unió al extranjero para purgar a Francia del monstruo que había devorado, primero a Luis XVI, y luego, a su mujer, a su hijo y a su hermana. Monstruo que, posteriormente, exigiría una *cuota* de víctimas para su alimento cotidiano, tal como un nuevo Minotauro.

Cierto número de estos realistas se trasladaron a Saint-Domingue y se unieron, unos con los ingleses, otros, con los habitantes de la parte oriental de la isla, entonces colonia española.

Estos se hallaban bajo la influencia de las ideas monárquicas de la metrópoli y compartía sus simpatías por la familia de los Borbones, de donde España escogía a sus reyes.

La colonia española tenía esclavos. Esto era una razón de más para ser hostil hacia los franceses, donde la libertad acababa de proclamarse. Aquella colonia se alió con los ingleses.

De este modo, la revolución que en Europa había colocado a Francia al margen de las naciones, traía a América, a Saint-Domingue, su hija, todos los males de la guerra.

Esta madre, atacada de cerca, se hallaba también amenazada desde lejos, desde una parte de sí misma que resultaba imposible de defender. Para perjudicarla, se impulsaba sin pensarlo la futura independencia de Saint-Domingue, la cual era capaz de resistir la dominación extranjera por sus propios medios, con sus propias fuerzas; podría entonces ser capaz de oponerse al restablecimiento de la esclavitud y salvarse del yugo de la metrópoli.

Tal vez esta grave consecuencia, si hubiese sido prevista, hubiera detenido a los enemigos de Francia que actuaban en su contra movidos por pura animosidad. Nadie pensaba en hacerles el bien a los antiguos esclavos. ¡Al contrario! Les preparaban nuevas cadenas; pero, ante todo, querían vengarse de la revolución. Esta idea cegaba a aquellos que se abandonaban precipitadamente por la cólera. Esta fue de inmediato para ellos, sin duda, una causa de remordimiento. Trabajaron sin saberlo en beneficio de la libertad. Cumplidos los acontecimientos, luego de una meditación tardía, recibieron una de las grandes lecciones providenciales dictadas a los hombres para castigar sus odios y para humillar su orgullo.

Los dos hermanos se destacaron en varios combates, mas estaba escrito que sus esfuerzos debían ser infructuosos al inicio de esta guerra. Se hallaban en desventaja, sin que su ardor disminuyera de ningún modo. A pesar de la ocupación inglesa y española, una vasta extensión del país estaba bajo su poder. Sabían sacar partido de los importantes recursos del territorio que poseían. Con tales recursos, podían ser pacientes. Por lo demás, para sentirse aliviados de sus primeros reveses, no tenían más que recordar la lección pura y consoladora de Estela: —Los caminos de la Providencia son impenetrables: para unos allana los obstáculos, para

otros prodiga espinas. Esta moraleja, cuyo sentido no era oscuro, significaba, como la moral evangélica en su brevedad sublime, *crean y esperen*.

## ACUSACIÓN, PARTIDA

OCURRIÓ, TAL COMO LOS INGLESES lo habían anunciado, que una facción colonial se las ingenió en París para indisponer al gobierno de la metrópoli contra su funcionario en Saint-Domingue. El protector de los dos hermanos fue acusado y enviado de vuelta a Francia. Su falta real, capital, fue la de proclamar la libertad. El gobierno se vio obligado a consagrar esta libertad por medio de una decisión solemne, a fin de conservar la colonia que estaba a punto de escaparse de sus manos. La facción implacable no osó esgrimir tal acusación y forjó otras, que sostuvo ardientemente en contra del virtuoso filántropo que había jurado destruir.

He aquí entonces lo que esperaban los amigos del Colono:

Una vez que los dos hermanos se vieran privados del hombre que los había habituado a su rectitud y su franqueza, esperaban el envío de funcionarios intrigantes y de mala fe a la colonia. Estos atizarían el fuego de sus pasiones y sembrarían la división entre ellos. De esta división nacería el desorden, la anarquía y la guerra civil, y después de que los dos hermanos se hallaran exhaustos, mutilados, Francia vendría a imponerles nuevas cadenas, diciéndoles, con toda la apariencia del derecho: —Los he dejado en libertad creyendo que serían felices, pero no han aprovechado este beneficio sino para destruirse mutuamente y trastornar la colonia.

Vuelvan a la servidumbre, puesto que se muestran indignos de un estado mejor. Y de este modo, el régimen destruido sería bárbaramente reconstituido.

Este sueño de los partidarios de la esclavitud no era tan absurdo como podría creerlo un espíritu honesto: para que se realizara no faltaba sino la sanción de la Providencia.

—¡Qué!, dirá el lector ajeno a los acontecimientos que tuvieron lugar en el país, en una época ya pasada. —¡Qué! Francia, esta potencia tan noble, tan caballerosa, ¿hubiera dado su apoyo a semejante atentado? ¿Es tal cosa creíble? Callamos, para no desviarnos de nuestro camino. El tiempo es hermoso, el cielo propicio. Nuestro frágil esquife navega dichosamente con la brisa que lo impulsa. Callamos, mas la historia responderá.

Mientras tanto Rómulo y Remo continuaban ofreciendo su leal servicio a la madre patria.

Dos decretos llegaron, casi al mismo tiempo, a los hijos de la Africana: uno relativo al comisario francés, revocándolo de sus cargos en la colonia; el otro, relativo a la libertad general, la cual Francia decidió mantener por un tiempo. La satisfacción que les procuró el segundo decreto no compensaba la pena causada por el primero. El reconocimiento los movía más profundamente que el interés. Sus derechos eran garantizados a partir de ahora por un decreto del gobierno francés, pero el funcionario destituido había sido el primero en reconocerlos: ellos ya eran libres por la acción de este hombre.

El comisario civil, por su parte, debió sentir una viva pena al dejar a los dos hermanos que amaba, independientemente de aquella que le producía su destitución inmerecida. Él no lo expresó con despedidas por escrito que hubieran sido en la posteridad un testimonio más a su favor; sin duda, en ese momento en que tenía necesidad de ser fuerte y de parecerlo, evitó la ocasión de

enternecerse. No exageraremos nuestras simpatías: hay derecho a presumir de todo aquello que honre a este noble carácter.

.....

El funcionario depuesto se apresuró a obedecer la orden que lo solicitaba en Francia. Los dos hermanos lo acompañaron hasta el lugar de embarque. Partió dejando los asuntos de la colonia en un estado lastimoso, inseparable de la guerra que se desarrollaba. Esta situación no había sido creada por él. Lo que sí podía reprochársele –porque la libertad era un crimen– era haber transformado a los habitantes de la isla de esclavos en intrépidos soldados, en ciudadanos devotos.

Él partió... para no regresar jamás.

El legislador de Esparta, habiendo dotado a sus conciudadanos de las leyes que juzgaba necesarias para su libertad y su felicidad, obtuvo de ellos la promesa de no cambiarlas durante su ausencia; él se alejó de su patria y murió a fin de perpetuar el objeto de esa sagrada promesa.

Más felices que los compatriotas de Licurgo, los haitianos supieron conservar como un precioso tesoro la libertad que recibieron de un hombre dotado de antiguas virtudes, que también murió lejos de ellos, como para imponer el sello de la eternidad a su obra.

¡Bendita sea la memoria de este filántropo!

Después de la partida del comisario francés, los dos hermanos quedaron solos a cargo de la salud de la colonia. Sus esfuerzos aumentaron como respuesta a las circunstancias que los dejaban íngrimos, aislándolos de cualquier ayuda. Tenían, para responder tan inmensa tarea, una fuerza proporcional a la exigencia de las necesidades más imperiosas, de los más grandes deberes: el patriotismo.

Dirigieron un nuevo ataque contra ese poblado vecino a la capital actual del país, que ya había resistido a sus armas. Fue tomado por asalto. Su impetuosidad triunfó sobre todos los esfuerzos de la guarnición, la cual huyó, después de un combate que duró algunas horas.

Los ingleses no tardaron en regresar con tropas de infantería apoyadas por un escuadrón. Rómulo y Remo se prepararon para resistir. Después de una difícil confrontación, miles de balas vomitadas por los cañones del escuadrón no lograron decidir nada a favor del enemigo. Las naves fueron pronto forzadas a retirarse, porque la mayoría sufrió daños. Al liberarse de estas fuerzas, los dos hermanos no tenían más que oponerse a la invasión por tierra, que fue igualmente repelida. Conservaron así su conquista por medio de una doble victoria.

Al poco tiempo marcharon contra otro poblado del litoral sur que habían intentado vanamente reconquistar en otra oportunidad. Los ingleses, advertidos de este intento de agresión, se habían preparado para oponer una gran resistencia, que fue vencida por los hermanos, quienes precipitaron su marcha y actuaron con la rapidez del relámpago. Se les creía lejos, cuando ya estaban en las puertas de la ciudad. En el breve lapso de una noche, desplegaron acciones formidables contra la estructura principal que la defendía. La acción continuó al amanecer, fue larga y sangrienta. A esto le siguió la rendición de la plaza.

Los ingleses perdieron muchos hombres; algunos fallecieron y otros habían sido hechos prisioneros. Sus desastres fueron rematados por la explosión de una corbeta anclada en el puerto, en la que se habían refugiado las familias más notables de la ciudad. Alcanzada por un proyectil ardiente, la nave estalló con un ruido espantoso.



Al entrar en la plaza, los dos hermanos enarbolaron los queridos colores de Francia, en medio de vivas aclamaciones de alegría. El jefe de la armada vencida se suicidó de desesperación.

Rómulo y Remo se impusieron también en el norte de la isla, al lograr importantes ventajas sobre los ingleses y los españoles.

La fortuna los favorecía. Esta les sonreía por vez primera a los hijos del país que, en esa época, no pretendían sino la gloria de defenderlo. Esta les tenía también reservada la dicha de ser, algún día, sus dueños legítimos y sus amos soberanos.

## DÉBORA

EN ESOS DÍAS de prosperidad, Rómulo y Remo no olvidaron a la virgen de cuyo misterioso culto eran devotos. Sus corazones le rendían secretamente homenaje con sus victorias y le agradecían piadosamente, pues era a ella a quien las debían. Sin ella, en efecto, ¿hubieran tenido la constancia para oponerse a sus primeros reveses, mientras esperaban la inefable hora del triunfo? ¿Hubieran sido suficientemente virtuosos, como ciudadanos y como soldados, para permanecer sordos a las ofertas más seductoras y rechazar con desdén el oro corruptor del extranjero? Tengan en cuenta que solo tomaron las armas con virtud de una estrecha venganza, y que el sentimiento que los guiaba se detenía en ese fin. Ellos jamás hubieran pretendido ir más allá si no hubieran encontrado en el camino a Estela, tan poderosa por su elocuencia y su encanto, quien les mostró la meta más lejana y más grande que podían alcanzar. Fue entonces a ella a quien entregaron su libertad y sus triunfos. Si bien esta libertad fue atacada durante largo tiempo, esta constituía ahora un derecho que ya no estaba permitido violar sin incurrir en un crimen. Esto colocaba a Dios y a la justicia del lado de los hermanos.

Se dirigieron a la montaña para ofrecer a Estela los primeros frutos de sus éxitos y para inspirarse aun más con sus consejos.

Encontraron a la joven sentada a la sombra de una palmera frente a la gruta y, al verlos, los recibió con alegría. Estela simbolizaba la sabiduría, por lo que todos sus discursos exhalaban un perfume celeste: era Débora, la profetisa de las Escrituras que se encontraba en la montaña de Ephraim.

Los ingleses, desilusionados por la conducta recta y firme de los dos hermanos, comprendieron, al fin, después de haber ensayado inútilmente las formas más irresistibles de corrupción, que solo les quedaba abandonar un país donde no se podían mantener por la fuerza, tal como lo atestiguaban sus derrotas recientes. Querían, además, en beneficio de su interés comercial, retirarse sin dejar ningún odio motivado por actos de destrucción. Por ello, entregaron a los dos hermanos ciertas grandes ciudades, casi sin condiciones, y en el mismo estado en que las habían tomado. La evacuación general estaba a punto de realizarse. El enemigo no deseaba tratar sino con los hermanos, a pesar de que había un funcionario de la metrópoli en Saint-Domingue. Los hijos de la Africana, expertos solamente en el arte de combatir, se arriesgaban a firmar un acuerdo en condiciones desfavorables para el país, a causa de su inexperiencia. Esta era su excusa, pero el daño no sería por ello menor. Compartieron con Estela su preocupación por este asunto. Ella quedó admirada, pero los disuadió de tan honorable escrúpulo, diciéndoles, orgullosa de sus alumnos, que uno siempre sabe lo suficiente para dictar la paz y recibir la espada de un vencido.

—Pero el tratado que se realizará —respondieron ellos— beneficiará necesariamente al Colono.

—¡Qué importa!

—Él retomará así su lugar en la colonia.

—¿Y entonces?

—Es precisamente lo que nos contraría; nos repugna posar nuestro pie en la misma tierra que ese traidor.

—Creo haberles prevenido antes que un acercamiento entre ustedes y él es necesario. Si pudiera ser de otro modo, ¿les impondría yo la dura condición de soportar de cerca al asesino de su madre, ese ser execrable de quien les separa un abismo? Han visto confirmada una parte de mis predicciones; sean siempre fieles a mis avisos, el resto se confirmará de igual modo.

La reunión continuó con otros temas y duró largo tiempo. Estela, siempre atenta al cuidado de los dos hermanos, no se cansaba de repetirles lo que ya les había dicho cien veces, en beneficio de su porvenir:

—Ámense los unos a los otros, apóyense mutuamente, condúzcanse inteligentemente y en concierto, marchen juntos y al mismo paso hacia la conquista de los bienes que les han sido prometidos. Que uno no quiera adelantarse al otro para tener la mejor parte. Todo aquello que se les dará individualmente, se convertirá en su propiedad colectiva. Ninguno de los dos tiene más derechos que el otro. Han nacido de las mismas entrañas, han sufrido los mismos males y, por ello, tendrán las mismas compensaciones. La tierra que habitan no les pertenece. Ojalá que un día esta tierra se estremezca, rechace tener esclavos y que, en sus convulsiones, se separe de Francia. Tal vez la Providencia se lo conceda bajo una condición: que esta sea para ustedes una propiedad de familia, inalienable e indivisible, la herencia de sus hijos y el refugio de los hombres perseguidos de su raza. Mas si, por desgracia, el egoísmo o cualquier otro sentimiento bajo imperara en el corazón de uno de ustedes y los convirtiese en enemigo de su hermano, buscando arrojarlo de este común dominio, este recibirá un castigo ejemplar: *¡Dios lo golpeará; Dios, más fuerte que el más fuerte!*

Así habló la virgen de la montaña, que tenía razón en insistir tanto en los deberes recíprocos de los dos hermanos, pues el mo-

mento fatal se aproximaba. Se preparaban para alzar la espada uno contra el otro, a disputarse un vano poder.

Las sabias exhortaciones de la joven fueron hechas no solo para detener el brazo armado de los hermanos, sino para que recordasen, en el momento de mayor peligro, que debían sacrificar su resentimiento en beneficio del bien común y que, de este modo, tornasen sus armas en contra del verdadero enemigo.

Antes de marcharse, Rómulo y Remo fueron conducidos a la gruta por Estela. Allí habían dejado sus municiones y sus armas, que encontraron en perfecto estado de conservación.

La joven los acompañó, pasando por el campamento, hasta la orilla del río. Se sentía dichosa de hacerle los *hombres* en estos lugares que se habían convertido en su imperio.

Los dos hermanos jamás la habían visto tan bella. El aire vivificante del campo había borrado por completo de su frente aquella ligera sombra de languidez, huella del sufrimiento vivido durante su cautiverio en la casa del Colono. Su tez había tomado ahora un brillante colorido, dándole una frescura incomparable y una pureza celeste.

## FIN DE LA GUERRA EXTRANJERA

LA PAZ fue lograda en Saint-Domingue, una paz honorable que cinco años de guerra continua habían logrado para el bien de la colonia.

Las hostilidades cesaron luego de que España abandonara a manos de Francia la parte oriental de la isla, según los términos de un tratado firmado en Europa<sup>1</sup>.

Sin embargo, la libertad tuvo ocasión de vengarse, con las armas en la mano, de aquellos que habían *traficado*<sup>2</sup> con la noble sangre de Ogé y Chavanne, sus gloriosos mártires. Numerosos combates terminaron proclamando su gloria y los *haitianos* pisarían como vencedores esta tierra de esclavitud, que fue hostil a su desafortunado coraje.

La partida de las tropas inglesas acabó de dar a la colonia calma y seguridad. No faltaba más que cicatrizar las heridas de la guerra. Ello podía lograrse fácilmente por medio de una administración sabia y aprovechando los recursos que ofrecía el país,

---

1. El Tratado de Bâle. (N. de A.B.A.).

2. Don García, gobernador de la colonia española, al entregar a sus verdugos a Ogé y Chavanne, junto a otros fugitivos, obtuvo la cruz de San Luis como recompensa (*idem*).

dotado de tantas tierras fértiles. Los dos hermanos se entregaron a hacerlo florecer.

Se dice que los ingleses, al retirarse, le propusieron a Rómulo que declarara la isla independiente y que instaurara la realeza en beneficio propio. Rechazó tal sugerencia, impulsado por una motivación que le hacía honor a su actitud desinteresada en ese momento.

El Colono, como se había previsto, escogió el momento en que todo se había calmado para acercarse a los dos hermanos. Dóciles, según la recomendación de Estela, lo acogieron; mas cada uno de modo diferente, según sus caracteres particulares.

Remo no pudo esconder a su enemigo el horror que le inspiraba. Con su naturaleza franca e indomable, al hijo menor de la Africana le resultaba muy difícil disfrazarse para hacer que sus sentimientos permanecieran en secreto, puesto que estos emergían a pesar de él. Una reconciliación le era imposible. El Colono lo comprendió y se apegó pérfidamente a Rómulo, a quien hallaba más accesible.

Amo de sí mismo, habiendo recibido igualmente el don del silencio y la impasibilidad, el hermano mayor necesitaba de pocos esfuerzos para disimular sus resentimientos. Había adquirido un aire de calma benevolente. El Colono creyó olvidado el pasado y acarició la idea de reinar en el futuro sobre las ruinas del poder de los dos hermanos, destruidos entre sí.

Todo se haría para producir este resultado abominable. ¿Qué no podía hacer aquel que, por un cobarde egoísmo, había traicionado a Francia, su patria, llamando al extranjero a Saint-Domingue?

No obstante, Rómulo no supo escapar a la perniciosa influencia de este contacto. Míseros halagos y pérfidas carantoñas sirvieron para contrarrestar el aborrecimiento que debía mantener

para conservarse inocente y puro. La debilidad lo dejó a merced del enemigo. Se dejó arrastrar por un torrente de seducción que lo desvió de sus deberes y lo separó de su hermano.

Cuando Estela, conociendo intuitivamente los acontecimientos futuros, anunció la división que la intriga del Colono crearía entre los dos hermanos, quienes guardaron silencio por respeto hacia ella. Dudaban que tal cosa fuera posible. Al interrogar sus corazones, ambos respondían que jamás se verían separados.

Sin embargo, ya no se entendían. Los desacuerdos, a punto de estallar entre ambos, abrían paso a un distanciamiento que era el triste anuncio de un siniestro presagio. La influencia del Colono era real, profunda y aun más peligrosa, ya que el hermano mayor se negaba a aceptarla a pesar de sufrirla.

El horizonte se ensombrecía. Remo creyó necesario hacer un esfuerzo para conjurar la tormenta. Quería estar por lo menos en paz con su conciencia. Tomó entonces la iniciativa de ofrecer una explicación afectuosa y franca, diciéndole a Rómulo:

—Hermano, usted se aleja de mí, abandona esta amistad en cuyo seno hemos vivido para reencontrarnos. ¿Qué he hecho? ¿Por qué este cambio? Explíqueme.

—¿Qué debo explicar? —respondió Rómulo—. El cambio del que me habla no existe sino en su imaginación.

—Hermano, se ha entregado sin defensa a nuestro enemigo, que le ha tendido su mano teñida con la sangre de nuestra madre y la ha aceptado: está mal. Al ordenarnos moderación hacia él, Estela no quiso decir que debíamos dispensarle una confianza de la cual es indigno y que no puede depositarse sino en un amigo fiel y seguro. El nuevo vínculo que ha formado es dañino y debe temer sus funestas consecuencias. Piense en los infortunios que nos han sido profetizados.

—Me incrimina por gusto; nada me reprocha mi corazón.



—Hermano —prosiguió Remo, sin tener mucho en cuenta la negativa—, no puede convertirse en amigo del Colono sin dejar de ser el mío y traicionarlo. Está obligado a sacrificar ante él sus ideas, sus convicciones, su voluntad y sus acciones venideras, a menos que una circunstancia imprevista lo esclarezca. Se despojará de sus saludables pasiones para incorporar las suyas. Se arrepentirá.

—Sus sueños son los de un espíritu triste; desconfíe, se lo aconsejo.

—Hermano, sucumbe a la tentación del mal: abre su corazón a la mentira; presta oído complaciente a las palabras acusadoras de nuestro enemigo. Se abre a sus sugerencias perversas, repudiando sus afectos más sagrados, ya que su influencia le resulta irresistible.

—No es cierto.

—Protegerá sus visiones egoístas, secundará sus proyectos ambiciosos, compartirá sus esperanzas culpables; le dará crédito, apuntalará su poder; será, en una palabra, el instrumento de su fortuna criminal, porque ya depende moralmente de él.

—Eso no es cierto, le he dicho.

—Es más fácil negar que aceptar la verdad que le presento. Si es sincero en esta negación, si lleva el yugo de esta influencia enemiga sin saberlo, solo haría falta la más mínima voluntad para liberarse. Y entonces nos salvaremos de los males que anticipo. Pues bien, hermano, recuerde la fábula que nuestra madre gustaba contar y cuya moraleja es contundente. O, más bien, escuche: La *higuera maldita* se hizo estéril por la cólera celeste y fue destinada a arrastrarse, convirtiéndose en la imagen de aquello que era malo sobre la tierra. Un día, en un bosque, esta se dirigió a los árboles vecinos y les pidió, por piedad, un apoyo para sus débiles ramas. Todos la rechazaron inmisericordes, conociendo su malicia, su perversidad innata, excepto el olmo cándido y bueno, que movido

por sus ruegos, se inclinó hacia ella con paternal complacencia a fin de que pudiera subirse. Apenas la ingrata planta obtuvo el apoyo que deseaba, se elevó rápidamente, extendiendo sus ramas, alcanzando la copa del árbol y, abrazándola con rabia, se incrustó en su corazón y devoró su sustancia. El olmo languideció, se secó, murió y la higuera maldita heredó la vida de este cadáver, haciéndose el árbol más grande del bosque<sup>3</sup>.

Rómulo hizo poco caso a esta advertencia fraternal. Persistió en su ceguera, ofreciéndole al Colono todas las oportunidades para que restableciera su dominación infernal.

Y he aquí lo que ocurrió.

---

3. La fábula de la *higuera maldita* es una invención creole. Si bien no se halla completamente acorde con la historia natural, en nuestra opinión, no deja de ser ingeniosa. En el capítulo donde esta termina, no podemos más que ampliar el pasaje con la carta de Rigaud de 20 de abril de 1799: “¿Por qué permitir que los enemigos más pérfidos tengan hoy la facultad de enfrentar hermanos contra hermanos? ¿Hasta cuándo la sospecha enfrentará a los unos contra otros, destruyendo la unión y el acuerdo tan necesarios para nuestra felicidad, etc.?”. (N. de A.B.A.).

## EL MAQUIAVELISMO COLONIAL

EL COLONO, al igual que la higuera maldita, abusando de una confianza adquirida con demasiada facilidad, dominó a Rómulo y lo convirtió en cómplice de su política tenebrosa. Lo persuadió de que Remo era su enemigo y de que era necesario deshacerse de él, puesto que era un hombre resuelto y emprendedor movido por los celos que la autoridad de su hermano le despertaban. ¿Por qué celaba esta autoridad? Nadie más que el Colono tendría la desvergüenza de decirlo. El hermano calumniado administraba una porción de la colonia y se había hecho de una posición casi independiente, a pesar de lo cual no había disputado jamás la autoridad del otro, ni dudado en obedecerle. Su conducta negaba toda suposición de envidia o celos. Por lo demás, gozaba de una estima universal. Bien visto por la metrópoli, ¿qué habría de envidiar Remo? El poder que ejercían uno y otro no eran incompatibles con la buena armonía que siempre había reinado entre ellos. Ambos poderes en acción se tocaban sin golpearse. Estaba claro que, de hecho, no existía ningún motivo para los supuestos celos que el Colono deseaba probar. Era entonces necesario hallarlo en otro sitio; y su espíritu, contaminado por las más odiosas aprensiones, los halló en sus mismos prejuicios.

—Usted se diferencia de su hermano por el color de la piel —dijo el Colono—; su epidermis es de un tono más oscuro que la suya: he ahí por qué le cree moralmente inferior a él y se siente compungido porque lo domina. Es audaz e intrépido. Tiene mucho que temerle. Así que apresúrese a deshacerse de él, porque su seguridad se lo exige.

Si bien era sorprendente que Rómulo fuese tan crédulo como para dejarse engañar por semejante mentira, la desvergüenza del Colono era realmente peor, osando convertir el color de la epidermis en un arma, cuando el tinte de su propia piel era tan poco parecido al de aquel a quien adoctrinaba a título de amigo.

Es un asunto miserable. El más miserable que se haya presentado ante los hombres es, sin duda, el que se ha denominado vulgarmente *el color*. Este encierra una proposición cuyo simple enunciado es absurdo y que, en consecuencia, resulta inútil e incluso ridículo discutir. Las razones de ser de la esclavitud y de los prejuicios que forman su odioso cortejo, son conocidas.

Son todas de una insaciable codicia. Para torturar sin remordimiento a los desdichados africanos, los amos, ocultando el crimen bajo sofismas, pretendieron que aquellos eran inferiores a otros individuos de la especie humana por el solo hecho de ser *negros*. Muchos que no eran amos —sin duda a su gran pesar— también lo dijeron y lo *escribieron*. Pero esta inferioridad está tan poco comprobada, que estamos convencidos de que quienes la establecieron no creen realmente que exista. ¿Existe un color privilegiado en la naturaleza? ¿Qué animal podemos juzgar por la calidad de su pelambre?

Los prejuicios de la epidermis son estupideces malévolas. El odio de una raza es una mentira notable: se odian en el otro —cuando se sabe odiar— el mérito, las virtudes, los bienes que no se tienen. No se odia el color.

Maldigamos de una vez estas invenciones diabólicas impulsadas por el maquiavelismo de los colonos, los cuales fueron mortales para sus propios autores.

.....

Sin embargo, Rómulo adoptó la aprehensión comunicada por su *falso amigo*, tornándose desconfiado y hostil.

Remo tomó, por su parte, un aire de supremo desdén y encaró al Colono, quien se ocultaba detrás de su hermano.

De este modo, no tardaría en ocurrir un choque violento y mortal entre los hijos de la Africana. Unos hijos que habían estado tan estrechamente unidos hasta hacía poco, y que ahora estaban divididos por las maquinaciones de un cobarde enemigo, que empujaba al hermano mayor contra el más joven, en función de una política cuyos fines ya hemos explicado.

No estaba dado a ningún poder humano prevenir la terrible catástrofe que se avecinaba; ni siquiera Estela, sublime encarnación del pensamiento divino, ángel tutelar de los dos hermanos, que al último momento se acercarían a ella. Mas no lo harían juntos, como en el pasado, en los bellos días de confianza y amistad, sino separados y ocultándose el uno del otro, según la costumbre de los enemigos, para pedirle asistencia y procurar que se pronunciara a favor de uno de ellos.

¿De qué hubiera servido la intervención benévola de la joven en esta venenosa lucha, en medio de la exaltación creciente de las partes? Si sus consejos tan sabios, tan generosamente impartidos en otra época, no pudieron prevenir tan extremada furia, ¿qué lograría hoy esta simple mediación? ¿Se vería obligada a tomar partido, a adoptar una bandera, a apoyar una causa? Mas ¿cuál de ellas?

La de Rómulo no era ciertamente la mejor: el Colono se hallaba demasiado interesado en ella para que fuera moralmente aceptable. Sin embargo, este hijo de la Africana, a quien la victoria habría de costar tan caro, ¿no merecía algo de piedad?

La causa de Remo era justa: se oponía al restablecimiento de una dominación impía; desafiaba e intentaba intimidar al pérfido adversario que suministraba al hermano armas envenenadas en su contra. Su causa era en legítima defensa, aunque se hallara perdida desde el comienzo. Estela lo sabía y por ello no quería abrazar la lucha del hermano menor para garantizar su triunfo. ¿Qué sería entonces de la saludable lección prometida a aquellos que no estaban llamados a conocer el bien y a apreciarlo, sino después de haber hecho el mal y haber sufrido?

Detenida por todas estas consideraciones, la joven no se pronunció, a pesar de todo lo que hicieron los hermanos, a quienes ella amaba por igual.

Entre tanto, la contrariaba dolorosamente la neutralidad que debía guardar, aunque tanto deseara interponerse entre estos dos hombres, listos para enfrentarse. La sangre que habría de derramarse, esa sangre de la guerra civil que el sol de la patria jamás bebe con gusto, esa sangre la espantaba. Ella hubiera huido de Saint-Domingue en ese momento, tal como había huido de París, si hubiese podido decidirse a abandonar el resguardo en que voluntariamente se encontraba y si no hubiera tenido por asilo esta gruta, donde no podía ser testigo de la lucha entre los hermanos.

## AMOR Y RIVALIDAD

RÓMULO Y REMO, tras su última visita a Estela, estaban menos dispuestos que nunca a la reconciliación. La virgen de la montaña, rechazando formalmente pronunciarse en favor de uno de ellos, daba a los hermanos una nueva razón para luchar. El camino de las armas les parecía el más rápido y el mejor para decidir la preferencia de la joven. Un deplorable cambio había tenido lugar en su corazón. Ya no amaban más a Estela como se ama a Dios, con desinterés y abnegación. La amaban para sí mismos, por las ventajas que se desprendían de su preciosa alianza. La deseaban ardientemente, excluyéndose el uno al otro. El amor divino es tierno, generoso, augusto como su objeto; el amor humano es áspero, estrecho, egoísta: ese sentimiento depravado los convirtió en rivales.

En sus sueños de ambición, calcularon las probabilidades de la guerra, cada uno según sus esperanzas. Se dijeron que Estela, a pesar de sus escrúpulos, se vería forzada a coronar al vencedor, a unirse a él, a dotarlo de su poder. Como si ese poder, atributo divino, pudiera separarse de la justicia y verse obligado, por la victoria, a prostituirse en nombre de un crimen.

Ya no se acordaban de nada. Ni de su infancia desdichada, ni de sus primeros trabajos, ni de los combates en la montaña, ni de su empresa contra los ingleses, ni de los reveses del comienzo, ni

de los peligros superados en conjunto, ni tampoco de los éxitos logrados gracias a su esfuerzo común; todo se había borrado de su memoria. Olvidaron incluso, en ese momento, que eran hermanos.

Sordos a las lecciones maternas de la Africana, a las esclerizadas advertencias de una hija del cielo, comprometieron localmente la gloria alcanzada, su fortuna militar e incluso su existencia consagrada al cumplimiento de un deber sagrado y que, por consiguiente, no les pertenecía.

Los atormentaba la necesidad de medirse el uno frente al otro. Para desenfundar la espada de la vaina solo faltaba la ocasión y esta no se hizo esperar.

Varios funcionarios franceses se sucedieron en la colonia, después de la partida de aquel que murió siendo fiel a la libertad. Todos, uno tras otro, habían actuado y hablado en favor del Colono, predicando la discordia e incitando a Rómulo contra su hermano.

El último de estos funcionarios, aquel que tuvo la triste gloria de haber encendido la guerra civil en Saint-Domingue, llegó al país hacia el final de la guerra extranjera, casi en el instante en que los dos hermanos cerraban el trato con el ejército inglés para la evacuación de la isla que tan bien habían defendido y conservado para Francia.

Encontró a estos hombres demasiado grandes como para superarlos. El brillo de sus victorias se reflejaba en sus nombres. Sus servicios eran indisputables: los hechos prescindían de explicación. No intentó por ello aminorar el poder del cual se hallaban investidos; un poder militar que resultaba mucho más real que aquel que se atribuía a su condición moral y a su misión. Dispuso de otros medios para llegar a los fines que se propuso.

Se observa con frecuencia que los jefes favorecidos por la suerte de las armas se apoyan en su éxito para quebrantar la au-



toridad legal que se encuentra sobre ellos y que perciben como obstáculo. Así podía ocurrir con los hijos de la Africana. El funcionario tenía dicho temor, mas no lo mostró. Su certeza era su única fuerza.

Sostuvo una entrevista con los dos hermanos, en la cual se esforzó por incitar los celos de Rómulo hacia Remo, tras haber considerado de manera particular a cada uno de ellos y favorecer al primero.

Estos dos hombres se habían hecho poderosos y, al mismo tiempo, peligrosos, pues podían inclinarse hacia la independencia. Las fuerzas de las cuales disponían se hallaban sin contrapeso. No había más que un medio de contrariar sus ambiciosos proyectos, suponiendo que los tuviesen: dividirlos, oponerlos el uno contra el otro, llevarlos al combate y, lógicamente, a su destrucción. El funcionario no titubeó para emplear este odioso medio. Compartía la misma idea con el Colono que, por su parte, empujaba con todas sus fuerzas a la guerra civil, a fin de reinstaurar la esclavitud.

El enviado de la metrópoli creyó naturalmente ganada la partida cuando, después de la entrevista que hemos mencionado, Rómulo le confesó en una carta, por iniciativa propia, sus celos hacia Remo. Esta primera ventaja obtenida aseguraba otros éxitos. Solo se trataba de ser prudente. Mas el funcionario no supo serlo suficientemente como para asegurar el éxito de su política. Lanzado en medio de las tinieblas de una vía tortuosa, encontró dificultades imprevistas; embrollado, terminó por chocar contra Rómulo, quien lo obligó a abandonar Saint-Domingue.

Evidentemente, no había contado con ese desenlace. Reconoció muy tarde sus errores. Las cosas se habían complicado con tal rapidez que se encontró de repente ante una insurrección. Le escribió a Rómulo para pedirle ayuda, cuando la insurrección era obra de él mismo. El funcionario fue sacado violentamente del error en

que había incurrido. La verdad le parecía entonces amenazante y terrible. Era necesario partir.

Al embarcarse, dirigió una misiva a Remo, librándolo por entero de la autoridad de Rómulo, a quien acusaba de traición a Francia. Los límites de su mando habían sido fijados por una ley que demarcaba los departamentos de la colonia. Estos habían sido determinados de modo arbitrario y en términos más restringidos de lo que fueron luego definidos por el funcionario. El mandato del hijo menor de la Africana, que hasta entonces había estado disminuido, debía ahora expandirse para tomar posesión de todo el territorio, algo que Rómulo no dejaría de sufrir como una usurpación.

La decisión del funcionario era la de una autoridad legítima, y concordaba con las disposiciones formales de una ley. Remo tenía razón en apearse a ella con fuerza: constituía un derecho irrevocable. Pero no podemos pensar que Rómulo se había rebelado contra esta desaparecida autoridad para luego someterse a una decisión emanada de ella; sobre todo, cuando esta decisión suponía un atentado contra su poder.

Esta cuestión de límites exasperó a los dos rivales; era la ocasión que esperaban para terminar con su disputa.

Rómulo se apresuró a enviar a un ejército para ocupar las ciudades bajo el mandato de su hermano.

Remo, por su parte, envió tropas para tomar dichas ciudades. La primera<sup>1</sup> que alcanzaron fue el teatro de un combate sangriento, en el que resultó victorioso. Marcharon de nuevo contra un pueblo<sup>2</sup> más lejano que fue abandonado sin resistencia. Remo levantó una guarnición y la fortificó. Allí se detuvieron sus operaciones militares, y allí también ocurrió su derrota.

---

1. La ciudad de Petit-Goave. (N. de A.B.A.).

2. La población Grand-Goave (*idem*).

Remo contaba con numerosos partidarios en las poblaciones sometidas por Rómulo, incluso entre los mismos oficiales de su ejército que se encontraban listos para secundarlo y declararse a favor de su causa, si este hubiera continuado con sus éxitos. Todos estos corazones estaban entregados a él y sabían de la alianza monstruosa que su hermano había establecido con el Colono, cuya perniciosa doctrina enseñaba la violencia y preconizaba la esclavitud. Esperaban que Remo sacara provecho de sus primeras victorias para luego avanzar todos juntos. La victoria era, pues, fácil con la ayuda de tantos simpatizantes. Sin embargo, él la desdenó, condenándose voluntariamente a la derrota y abandonando a su propia suerte a los simpatizantes que, al no poder disimular sus inclinaciones, estallaron violentamente y fueron sofocados en sangre.

## EL GENIO DE LA PATRIA

¿POR QUÉ REMO, con su ardiente coraje, su audacia invencible, se detuvo en medio de sus victorias, como si solo hubiera querido hacer respetar su mandato conquistando las ciudades disputadas y protegiendo sus límites? ¿Le repugnaba completar un triunfo que ya había costado tanta sangre? ¿Se había silenciado súbitamente la ambición, dando la palabra al amor fraternal? ¿Por qué fue tan tibio después de haber sido tan ardiente? ¿Por qué no aumentó su ejército, reducido a un pequeño número de valientes? ¿Qué confianza tan grande tenía en sí mismo, en su valor, que creyó inútil procurarse nuevos soldados? Colocado a la cabeza de poblaciones abnegadas, ¿por qué no las sublevó, si estaban tan interesadas como él en oponerse a la invasión de su territorio? ¿Por qué no imitó a su hermano, quien no se contentó con exponerlo al odio público, sino que también incitó levantamientos en masa y realizó preparativos para una guerra a ultranza? Aun pudiendo haber sido el vencedor, el hijo más joven de la Africana dejaba pensar con su conducta que prefería ser vencido; parecía menos temeroso de las horcas caudinas de la derrota que de los favores incómodos de la victoria bajo estas banderas. ¿Por qué todo esto?

Esto es lo que la historia no cuenta, aunque sí asignó causas probables a los eventos en que Remo resultó ser víctima de su

propio error. Pero este error permaneció inexplicado y, agregaremos, inexplicable para aquellos que desconocían la consideración secreta y poderosa que prevaleció en el espíritu del hermano de Rómulo. La historia no puede contar más de lo que sabe. Constreñida al horizonte de las cosas naturales, comprende difícilmente la verdad que resplandece más allá. Lo maravilloso no es su dominio. Abandona el campo del misterio a la novela, dichosa de relatar en esta oportunidad una acción de importancia, ligada al motivo oculto que sigue a continuación:

Ocurrió el mismo día en que Remo entró en el pueblo que se entregó sin combate. Había decidido avanzar; incluso había impartido a su tropa la orden de estar lista para el día siguiente. Durante la noche recorrió personalmente el campamento y atendió las necesidades de los soldados. Luego lo vieron alejarse, cruzar las líneas de sus centinelas más adelantados y tomar un camino que atravesaba terrenos baldíos, perdiéndose en las profundidades de un bosque. El general meditaba sobre su plan de campaña; el hombre necesitaba estar solo con sus pensamientos: nadie lo siguió.

Continuó lentamente su paseo solitario. La noche había caído completamente. Era una noche oscura, sin estrellas, bajo la que discurría un cielo cargado de nubes. Habiendo alcanzado el límite del bosque, Remo regresó sobre sus pasos, cuando escuchó que lo llamaban. Era una voz que provenía del interior de la foresta. Él se adentró y se encontró frente a un hombre desmesuradamente grande, de porte majestuoso, frente severa, cuya noble cabeza se perdía entre el follaje de los árboles que lo rodeaban.

Con gesto imperioso, el hombre le ordenó que lo siguiera. Abandonaron el camino trazado y se internaron en el espesor de la selva, hasta llegar a un claro formado por una vieja caoba derribada, que al caer había roto muchos árboles, los cuales renacían

ahora a través de sus jóvenes retoños. El misterioso huésped del bosque se sentó sobre el tronco del árbol muerto. Tal era su estatura, que aun en esa posición resultaba dominante frente a Remo, quien se había sentado a algunos pasos de él.

La calma era profunda, el silencio solemne. Se escuchaban caer, a intervalos iguales, las gotas de agua acumuladas en las hojas por la humedad de la noche, como si estuvieran marcando el paso de las horas en la clepsidra de la naturaleza.

Transcurrieron algunos minutos antes de que Remo tuviera que responder alguna pregunta. Parecía como si el gigante se hubiera retirado para dejar que este pudiera considerar sus rasgos y su persona. Este examen colmó el corazón del hijo de la Africana con una santa admiración. Reconoció, en el ser extraordinario que tenía adelante, una sabiduría y una inteligencia venerables; una mezcla sublime de autoridad, gracia y fortaleza. La viril figura del gigante, parecido a la de una estatua de alabastro iluminada en el interior, se destacaba en la oscuridad y se hacía notar por la pureza de sus líneas y la belleza de su contorno. Apenas se podía soportar el fuego vivo y penetrante de la mirada que animaba este noble rostro, enmarcado por largos cabellos flotantes. Su voz sonora tenía el brillo suave del órgano. Imponía no el miedo, sino un respeto religioso que, de repente, cautivó a Remo cuando estas palabras vibraron en sus oídos:

—Joven, ¿sabes por qué te he llamado?

—No —respondió humildemente el hermano de Rómulo—. He venido precisamente para saberlo.

—Eres el jefe de este ejército acantonado cerca de aquí. Las hostilidades comenzaron entre tu hermano y tú. Han apagado la voz de la naturaleza, se han hecho enemigos. Su pelea no me incumbe. Me inquietan poco los entuertos que la han producido y de qué lado vienen. Para juzgar sus acciones, tienen su conciencia:

no soy su juez en absoluto. No les pregunto el fin que se proponen al hacerse la guerra; ¿para qué querría saberlo? Ese fin no puede ser sino culpable a los ojos del Creador que les dio por madre a la misma mujer, con el fin de que fueran *amigos y hermanos*. Sin embargo, lo que a mí me interesa es que tu ejército suspenda su agresiva marcha. No has llegado aún a tus límites y tu mandato se extiende más allá del pueblo que ahora ocupas; ¡no importa! No irás más lejos: ¡esa es mi voluntad!

—¿Su voluntad?—respondió Remo con su arrogancia habitual y listo a rebelarse contra una tiranía.

—¡Sí, mi voluntad!—repitió el gigante con una voz sonora—. ¿De qué ha de sorprenderte que imponga mi voluntad? ¿No reconoces en mí una superioridad física que basta para hacerme obedecer? Te dije desde el comienzo que ibas a recibir una orden. Una orden no es un ruego: supone un derecho de quien la imparte y el poder de exigir su ejecución. ¿Acaso te resistirás?

Remo no pudo desafiar la mirada de cólera que acompañó sus palabras. Bajó la cabeza y no respondió nada.

Su poderoso interlocutor continuó más calmadamente:

—Joven, no te deseo mal alguno. Eres necesario para el cumplimiento de mis designios. Somete dócilmente tu voluntad a la mía. No avanzarás más, no reforzarás tu ejército, no harás ningún llamado a la población viril bajo tus órdenes para poner armas en sus manos y en beneficio de tu causa, tal como pudo haber sido tu intención. Tu inacción se tornará, lo sé, en beneficio de tu hermano, quien pronto reunirá a todas sus fuerzas y emprenderá una formidable ofensiva contra ti. Habrás renunciado así a ganar la guerra. Mas esta guerra es impía... No lamentes un beneficio que te traerá desdicha... Joven, créeme, hay laureles más tristes que el ciprés y carrozas del triunfo más lúgubres que los carros fúnebres. ¡Guárdate de ambicionar una gloria que exija inmolar los senti-

mientos más tiernos de la naturaleza; una gloria que se adquiriera al precio de la sangre de tu hermano!

Estas palabras, dichas con tal fuerza, inspiraron al alma del guerrero una exaltación piadosa que adivinó el gigante, que lo encomió de inmediato:

—Remo, ya has hecho todo por tu reputación. Te mostraste intrépido en el combate, contribuiste a expulsar valerosamente al extranjero de este país. Nadie osaría disputar las eminentes cualidades militares que te distinguen. Has adquirido con justicia el título de valiente. Es sin duda grande y hermoso el valor que sabe desafiar la muerte en el campo de batalla. Los hombres lo deifican. La abnegación es, sin embargo, otro coraje más grande y bello. Muchos pueden ser enérgicos y resueltos en presencia de un peligro que amenaza su vida, pero muy pocos tienen la fuerza de afrontar un infortunio que ha de herir su amor propio. Tú, por ejemplo, que eres conocido por tus virtudes guerreras, si yo te dejara en libertad para actuar, luego de decirte simplemente: consiente a ser vencido, acepta de antemano las condiciones humillantes de la derrota, depón tu fiereza, tu justo derecho, ofrécete como víctima para compensar la sangre inútilmente derramada y aplacar el cielo irritado contra ti y tu hermano, ¿serás capaz de tanta abnegación? ¿Lo harás?

Remo, que poseía todas las índoles del valor, respondió sin dudar:

—Lo haré.

—¡Pues bien! No ordeno nada más, te abandono a tu suerte; sé fiel a tu palabra. Un sacrificio voluntario será más que meritorio. Cúmplelo por entero; ello contará en el futuro...

El gigante desapareció, al mismo tiempo que una borrasca furiosa se desencadenó en el bosque. Sus últimas palabras fueron medio cubiertas por el ruido de un trueno que resonó estrepitosa-



mente. Torrentes de lluvia, que habían sido almacenados por largo tiempo en las nubes del firmamento oscurecido, se escaparon de golpe, acompañados de un viento impetuoso, bajo el cual se doblaron y gimieron los asolados árboles. Esta tormenta, estallando como la cólera del cielo contra el compromiso de Remo, era un augurio siniestro. El héroe no se impresionó. Salió del bosque sin perder la resolución de sacrificarse.

¿Quién le comunicaba tal resolución? ¡Era el genio de la patria!

## LA GUERRA CIVIL

LOS PRIMEROS DISPAROS de fusil realizados por los dos hermanos en Saint-Domingue, uno contra el otro, fueron de un tenebroso estruendo. La Africana se retorció en su tumba; Estela se retiró al fondo de su gruta.

El país era una vasta arena abierta a Rómulo y Remo, que descendían sobre ella llenos de cólera y pasión, sin que nadie osara colocarse entre ellos para oponerse al fratricidio.

Solo el Colono asistía como testigo de este duelo a muerte. No retiraba sus ojos de los combatientes, como el ave de rapiña que planea sobre el campo de batalla, sin perder de vista a los guerreros destinados a ser su alimento.

Remo se detuvo después de los primeros embates –ya lo sabemos–, sacrificando las ventajas militares que había conquistado a una consideración secreta, más fuerte que sus pasiones, más decisiva que su justo derecho, permaneciendo a la defensiva.

Rómulo aprovechó la inacción de su adversario para reclutar sus fuerzas y atacar a su vez. Los batallones que lanzó contra Remo fueron repelidos varias veces, a pesar de su inmensa superioridad numérica. Volvían al lugar del que habían venido, para regresar en breve tal cantidad de nuevos refuerzos, que no había proporción alguna entre estos y el puñado de hombres intrépidos que los afrontaba.

Entretanto, el ruido de la victoria lograda por Remo circulaba y electrizaba las almas que simpatizaban con su causa. Todo el mundo creyó que continuaría su campaña. Esta esperanza animó a sus amigos a pronunciarse. Estallaron insurrecciones en diferentes lugares bajo el mando de Rómulo, que se vio en la necesidad de distraer algunas fuerzas de su ejército para sofocarlas.

Era el momento oportuno. ¿No tomaría Remo la ofensiva? No tenía delante de sí más que algunas tropas desmoralizadas. De un lado, los amigos comprometidos con su causa que le extendían sus brazos; del otro, sus soldados que le pedían marchar. Debía rendirse a este doble compromiso: el honor y sus intereses se lo ordenaban. ¿No deseaba el triunfo de su poder? ¿Podía dejar perecer a gente que se había armado en su favor cuando disponía de medios para salvarlos? No, él avanzaría. No tenía miedo, solo estaba indeciso; las circunstancias lo llevarían a decidirse. Tal era la opinión común y, por lo tanto, se mantuvo... sordo a la voz de quienes lo llamaban. Se mantuvo inerte, indiferente a los eventos y a su suerte.

Rómulo aplastó en persona las conspiraciones en su contra, ya que Remo le había dejado plena libertad de acción al no dar un paso adelante y no apoyar a sus partidarios en armas.

Después de haberle arrancado la vida a todos aquellos que sabía o sospechaba que le eran hostiles, imponiendo por doquier la consternación y el pavor, Rómulo cargó de manera más feroz contra su hermano, a quien encontró con la misma actitud y en el mismo lugar.

Esta inmovilidad constante de Remo, a quien la ocasión de vencer se le había ofrecido de modo tan claro, a pesar de que se negaba a aceptarla, permitía pensar que dudaba de la legitimidad de su causa. En apariencia, esto le daba la razón a Rómulo, cuyas tropas habían participado hasta entonces en la lucha con una visible repugnancia.

Estas se desmoronaron frente a la tropa de Remo. Este pequeño ejército, de impresionante valor, superó sus propios límites. Aguantó largo tiempo contra fuerzas diez veces más grandes; pero el número se impuso finalmente. Cedió para combatir nuevamente; cedió y combatió de nuevo, hasta que desapareció aniquilado...

A partir de ese momento, la resistencia no fue sino una retirada heroica. Se podía seguir a Remo por el rastro que iba dejando su sangre a su paso. Era ahora necesario conquistar paulatinamente las ciudades donde se replegaba y que solo abandonaba en cenizas.

El incendio era un arma de la época. En esta guerra, la desesperanza se sirvió lamentablemente de él, ennobleciéndolo aun menos que el Eróstrato ruso que lo empleó años más tarde en Europa contra una invasión extranjera.

La lucha entre los dos hermanos se prolongó sin tregua. Concluyó en desventaja para Remo, cuando los enviados franceses llegaron a Saint-Domingue con la finalidad de parar las hostilidades.

Era probable que Francia hubiera intervenido tan tarde en los conflictos de la época porque su política consistía en dar tiempo suficiente a los sucesos para que se resolvieran, a fin de sancionar solamente su desenlace. La guerra intestina, de la cual se ocupaban ahora, había durado más de un año sin que nadie hubiera venido desde la madre patria a intentar ponerle término. Los mensajeros de paz que llegaron cuando el drama sangriento estaba en su desenlace final parecían venir más bien para felicitar al vencedor.

Rómulo recibió de los mismos enviados el título de jefe del ejército en la colonia. Este título, conferido por la metrópoli, así como los poderes que había adquirido *de facto* gracias a su triunfo, lo hacían omnipotente.

Recorrió, como triunfador, el departamento que había estado sometido a la autoridad de su hermano. Los habitantes del campo

se colocaron en los caminos principales para saludarlo a su paso; los de los pueblos se agolparon en su presencia. Por doquier se escucharon juramentos de obediencia y fidelidad. Se desplegaron pomposos homenajes dedicados a la fortuna de la guerra.

El Colono no se demoró en exaltar la gloria de su amigo vencedor. Improvisó fiestas suntuosas en las que participó gustosamente el dichoso Rómulo, y en las que celebraba su propia victoria.

## LA GUERRA CIVIL. ÚLTIMO EPISODIO

REMO SALIÓ del campo de batalla sangrante y magullado. Desapareció completamente.

Rómulo, mientras tanto, se embriagaba con un triunfo que satisfacía todas sus pretensiones y le proporcionaba todos los derechos. Su ambición ya no tenía límites.

En breve, montado en el bajel de sus esperanzas y teniendo al Colono como piloto, se enrumbó en dirección opuesta a Francia. El puerto se hallaba cerca y los elementos le eran propicios. Apenas disimuló. Desde lejos se veía su empresa y su fin. Se reconocía allí a un aventurero del poder. De repente, el *Genio de las tormentas* lanzó un vendaval e hizo naufragar al bajel, cuya ruina acarreó también la de la colonia.

Ante tales acontecimientos, el Colono, que sabía de los numerosos amigos que aún le quedaban a Remo en el departamento que había estado bajo su mando, recurrió a una artimaña para hacer desaparecer a todos aquellos hombres cuya existencia pudiera contrariar su proyecto con Rómulo. Así, no queriendo sentir temor de ellos, siguió la brutal lógica de que solo a los muertos no se les teme.

He aquí el plan que concibió el Colono: simular una conspiración contra el jefe actual de la colonia, arrastrando a todos aquellos

de quienes se quería deshacer. Les tendió emboscadas mortales, conduciendo los asuntos con esa habilidad que él sabía desplegar en el arte de la traición. Los condujo hasta el punto en el que se vieron implicados en un acto de hostilidad, en un ataque flagrante y, una vez allí, abandonó súbitamente su papel de conspirador. Eso hizo: abandonar y traicionar a los desdichados que se fiaron de su palabra, dejando de ser su socio y su cómplice para convertirse en su delator. Era algo tan sutil como cobarde, pero le servía como medio para hacer que Rómulo atacara a muchos de sus supuestos enemigos, ofreciéndole un pretexto para violar el armisticio publicado antes de la entrada del vencedor en el territorio que acababa de ocupar. Después de *semejante* favor, el Colono contaría con otro elemento para comprometer a Rómulo de tal modo que Francia se apresuraría a destruirlo y a reinstaurar la esclavitud.

El proyecto no se hizo esperar. El Colono se abrió a un partidario de Remo y le contó que la causa perdida debía ser retomada y que la metrópoli se interesaba en la suerte del jefe vencido; que le habían enviado auxilio, que llegaría próximamente y lo ayudarían a retomar el poder usurpado por su hermano. El Colono garantizaba la autenticidad de esta historia mediante falsas cartas que exhibía ante el hombre que había escogido para servirle de instrumento. Se declaró necesario un movimiento insurreccional para secundar eficazmente y sin demora las buenas intenciones de la madre patria. El imprudente aceptó el honor que le fue otorgado por el traidor al nombrarlo jefe de la revuelta, constituyéndose *modestamente* en su lugarteniente. Se pusieron de acuerdo en cuanto a las medidas a tomar para lograr el éxito de la conspiración. El Colono prometió hacer las inversiones necesarias. El amigo de Remo se encargaría de reclutar a los soldados. Se fijó el lugar y la hora del alzamiento. Se unieron bajo juramento. Se convino en todo por *honor* —¡palabra vacía de sentido para el Colono, apóstol de la mentira y el crimen!

Sin perder tiempo, el partidario de Remo les advirtió a sus padres y amigos, le advirtió a una gran cantidad de personas lo que deberían hacer. Contaba con la influencia que daba cierta posición social. Era valiente. Se agruparon en torno a él. La empresa marchó rápido. El Colono no había cumplido aún su promesa. Las armas y las municiones se hacían esperar. Sin embargo, el reclutamiento continuaba y la facción insurrecta aumentaba. Nadie dudaba de la buena fe del Colono. ¡Quién hubiera imaginado que la trama urdida por él podría ocultar una maquinación tan atroz! La posibilidad de una traición se ofrece raramente al espíritu de aquellos que no están hechos para la traición.

El día convenido, el funcionario oficial de Rómulo llegó y pasó revista a la tropa de la cual era el segundo jefe. Contó a los soldados, como para procurarles armas, pero en realidad su fin era conocer el nombre e informarse del rango de estos, para luego ir inmediatamente a divulgar el secreto de la conspiración al salir del campamento.

Mientras que los conspiradores, tranquilos y confiados, esperaban su regreso, fueron traicionados, denunciados, vendidos.

La nueva insurrección disparó el cañón de alarma y batalla general. Un destacamento de tropas dirigido contra los rebeldes fue el mensajero que les comunicó la perfidia de su cómplice. Se preparaban para dar la señal de rebelión, contando con las armas prometidas, cuando escucharon el tambor y el cañón, señal que emitía la autoridad a la vanguardia; señal de destrucción más que de combate, pues se sabía que no contaban con los medios para defenderse. La columna aparece. Es inútil resistir. Los insurgentes se dispersan y su jefe se dispara en la cabeza.

Se organizó entonces una *persecución* contra los insurgentes que huyeron. Al cabo de poco tiempo fueron detenidos y la mayoría fue castigada con la muerte. Los arrestos continuaron al día



siguiente y durante varias jornadas. No se limitaron a aquellos que habían sido vistos en el campamento o que habían sido identificados como parte del complot; se extendió a todo aquel que el recelo designaba como criminal e incluso potencial, a todo aquel que tuviera simpatías ciertas o supuestas hacia Remo.

El centro del departamento del Sur –ciudad vecina del lugar donde se habían reunido los insurgentes– vio muy pronto desbordadas sus prisiones de sospechosos. Se hacinaron también los prisioneros en las bodegas de los barcos de guerra anclados en la ensenada. Casi todos murieron ahogados. Una noche los barcos zarparon, alcanzaron mar abierto y se deshicieron de su carga humana entre las olas. Antes de ser arrojados al mar, a los prisioneros se les colgó un grillete al cuello y fueron apuñalados, temiendo que el océano no los cobrara como sus víctimas.

En cuanto a los detenidos en las prisiones, unos fueron acribillados por el pelotón de fusilamiento en las encrucijadas de la ciudad; otros fueron enviados a las ciudades del norte o del oeste, donde corrieron la misma suerte. Se salvó un pequeño número que se enlistó en las tropas de Rómulo y se ocultó bajo su uniforme.

El Colono hipotecaba una vez más su vida, a través de cobardes artimañas que le costaron la vida a tantos inocentes y en tan espantosas circunstancias. Tarde o temprano habría de pagar esta gran deuda de sangre.

## RESULTADOS DE LA GUERRA CIVIL

RÓMULO SE HABÍA PROMETIDO inútilmente forzar a Estela a unírsele después de la victoria. Mas no osó presentarse ante la virgen de la montaña con sus laureles ensangrentados para pedirle que lo consagrara. En ese momento, recobró el buen sentido. Sabía que Estela no obedecería a la presión. Todo lo que ella contó sobre su vida pasada, sobre sus sufrimientos con el Colono, sobre su virtuosa resistencia que no pudo vencer ni la prisión misma, todo regresó a la memoria de Rómulo en el momento en el que se dirigía a ella, y se detuvo.

Sintiéndose culpable, abandonó la idea de volver a ver a la joven que había sido, antes de la guerra, el objeto de su ambicioso amor y que ahora era el santo objeto de su terror. La austera virgen, armada de su virtud, se le presentaba como una Némesis armada de fusta, martirizando su pensamiento.

Cerró sus ojos para no ver la montaña. Habiéndose tornado doblemente ciego, sentó las bases de un gobierno absoluto. El Colono lo ayudó a constituir este nuevo orden. Formuló todos los actos del poder ejecutivo; cooperó en todas las medidas de organización interior. Se tomaron numerosas decisiones, se publicaron leyes, se pusieron en vigor edictos y reglamentos; todo ello inspirándose en ese mal consejero de Rómulo. Él fue el autor del famoso sistema

rural establecido en esa época y que solo se diferenciaba de la esclavitud en el nombre.

Al crear este sistema, el Colono pensaba en sí mismo y en su fortuna. Era algo natural en ese espíritu profundamente egoísta. Se decía que el Estado no podía ser rico sin él, ni antes que él; que su interés primaba sobre el interés general; que como sus tierras habían sido desamparadas, sus plantaciones incendiadas y sus esclavos liberados, era entonces necesario que todos estos daños fueran reparados cuanto antes, para el bien del país.

El *país* no eran, evidentemente, los desdichados cultivadores que fueron por fuerza devueltos a las plantaciones; que fueron subyugados y obligados a trabajar para el Colono sin descanso, bajo pena de ser azotados con frecuencia hasta la muerte. Tampoco lo era Rómulo, a quien el Colono había colocado tan por encima de todo, tan imprescindible ante sus propios ojos, como para imponer un sistema que retrocedía hasta el *antiguo régimen*. En vano había derrocado a su hermano, ensangrentado su victoria, asumido la horrible responsabilidad de la emboscada tendida por el Colono y se había elevado por encima de todo lo que le rodeaba. La sociedad colonial no lo reconocía como uno de sus miembros: a sus ojos, no era más que un instrumento de opresión que, llegado el momento, debía destruirse.

El país, esa unidad política representada solamente por los intereses europeos y, notablemente, por los del Colono, se precipitaba hacia el abismo. Mientras tanto, el hijo mayor de la Africana se consagraba a este y, por serle aun más meritorio, se excedía en el mal.

Finalmente llegó el momento de dar al gobierno que acababa de establecerse la constitución que lo garantizara y le diera su forma definitiva.

Por más ciego que hubiera sido Rómulo en torno a su posición y los derechos que se abrogaba para hacer cuanto deseaba, retro-

cedió instintivamente ante la enormidad de aquella tarea. Se dijo a sí mismo que podía desconocer impunemente la inoportuna auto-ridad de los funcionarios de la metrópoli, arrojarlos de la colonia, establecer *tratados secretos* con los ingleses y los americanos y, por último, acuñar una moneda con su efigie. Sin embargo, escribir una constitución era un atentado directo contra la soberanía de Francia y tal cosa no le sería perdonada. Esta alarmante reflexión tuvo un efecto poderoso, aunque corto, pues Rómulo deseaba parecer sumiso frente a la metrópoli, mientras se concebía realmente como independiente.

El Colono no lo entendía así. Para él, la constitución solo era indispensable porque habría de arruinar inevitablemente a su autor, añadiéndose a otras tantas faltas, toleradas hasta entonces pero jamás perdonadas. Todas estas serían finalmente reunidas en un mismo castigo.

El exigente socio de Rómulo, maestro absoluto de su espíritu, le impidió retractarse. Lo único que le permitió, por lástima a su debilidad, fue que una vez escrita la constitución, la enviara a Francia para que fuera aprobada; precaución ridícula, puesto que esta sería puesta previamente en vigor en la isla.

Una asamblea presidida por el Colono trabajó durante tres meses. En cuanto fue concluida, el acta fue enviada a Rómulo para que fuese promulgada.

La pompa con la que se publicó el acta en la capital de la colonia señalaba la importancia que le otorgaba el Colono. Su relevancia se justificaba más por el resultado que estaba destinada a producir que por su propio valor. En efecto, ella no ofrecía nada notable en términos de una legislación fundamental. Se habían formulado algunos artículos con grandes principios. Había asuntos de *religión y libertad*, palabras sublimes cuando están inscritas en la verdad, pero una burla y una blasfemia cuando no sirven sino

para agrandar un código de falsedades. El resto resultaba insignificante. En todo caso, lo que existía contradecía lo que se hallaba escrito.

El acta fue leída sobre el altar de la patria, entre un discurso del Colono que la explicaba y un discurso de Rómulo que la elogiaba; además fue aclamada con gritos bulliciosos, también entusiastas. Un oficial de alto rango la llevó a París. El gobierno francés la consideró un atentado y un insulto. Se decidió que un ejército iría a vengar a la metrópoli y a volver a poner bajo el yugo a los emancipados de Saint-Domingue.

La posición de Francia era muy favorable para tal empresa: venía de reconciliarse momentáneamente con su más temible enemigo. Toda su actividad se volvió hacia esta lejana expedición.

Se armó una inmensa flota y se preparó un gran número de tropas seleccionadas. El general que debía comandarlas ya había sido designado. Se fijó la fecha de partida. Se halló próxima...

¡Desdichado de ti, Rómulo!

El Colono, como lo hemos visto, no se equivocó en su cálculo. Esta constitución que tanto anhelaba y los clamores de sus amigos en Francia, contribuyeron a acelerar un vasto despliegue de fuerzas contra el poder audaz que se había instalado en Saint-Domingue. Acelerar es la palabra justa, pues la expedición francesa no necesitaba del acta para sentirse motivada a actuar. Los enviados de la metrópoli, como hemos dicho, lo habían preparado desde mucho antes. Ellos habían provocado la guerra civil, en acuerdo con el Colono, para que Francia pudiera resucitar la esclavitud sin escrúpulos. Lo que ocurrió en 1802 era entonces lo que debía ocurrir. Al adelantar los acontecimientos, el enemigo implacable de la libertad apuraba también con ello su propia muerte.

Cuando Rómulo supo el furioso efecto que había producido su constitución en París, lanzó una mirada de irritación al Colono. Poco le faltó para abalanzarse sobre este amigo perverso.

Un movimiento natural del corazón lo condujo hacia su hermano, mientras que al mismo tiempo lo separaba del artesano de su ruptura fatal. De cara al peligro presente, lamentaba amargamente su conducta pasada. Se arrepentía de haber sacrificado a Remo por sus vanas ideas de dominación, privándose de su leal apoyo... Pero este daño solo podía expiarse. Estaba escrito que Rómulo, después de haber sido vencedor, sería a su vez vencido; que en su aflicción encontraría a Remo sin ningún resentimiento hacia él, y se animaría a tomar la mano que le tendería el hermano menor para salvarlo y salvarse del naufragio de su libertad.

Dios, que castiga a través del ejemplo, procede frecuentemente por analogía. Hace que la venganza se parezca tanto a la acción vengada, que ni aquellos que se encuentran desatentos pueden confundirse sobre el sentido del castigo.

La lección reservada a Rómulo debería ser de provecho a todo un pueblo. Es por ello que la Providencia querrá que sea elocuente, severa y grande. Al igual que el hijo mayor de la Africana abusó de su fuerza contra su hermano menor, de esa misma manera abusará Francia de su fuerza contra él. Será víctima de sus propias injusticias y de una desunión contra natura; aprenderá que la equidad es una ley de Dios que no está jamás permitida transgredir, y que solo la unión ofrece a los miembros de una familia las sólidas garantías de paz y existencia.

Dejemos hasta aquí esta corta reflexión; sigamos la marcha de los eventos para llegar antes a la gloriosa época en que los dos hermanos, de nuevo amigos, unirán estrechamente sus brazos y corazones para conquistar, por encima de los vencedores de Europa, el campo de batalla en que devino su patria.

La guerra de independencia consolaría los males de la guerra civil.

Mientras esperaba, Rómulo, ignorante de su suerte, se inquietaba. No sabía qué decidir. En medio de su preocupación, no impartía ninguna orden ni organizaba ninguna defensa. Parecía verse ya vencido...

A pesar de ello, se le verá resistir y ejecutar acciones que honrarán su caída.

## LA EXPEDICIÓN FRANCESA

OCHENTA Y CUATRO NAVES DE GUERRA y de transporte, con una tropa elite de veinticinco mil soldados, zarparon de Francia y se presentaron en las costas de Saint-Domingue, hacia finales de enero de 1802.

Rómulo, todavía perplejo, no había hecho ningún preparativo para el combate. Posiblemente creyó en los artículos de prensa escritos en París, con el fin de aletargarlo; creyó tal vez que la madre patria sería indulgente, basado en sus servicios anteriores. Fue tal vez para ganar su favor que publicó un comunicado, antes de la llegada de la armada expedicionaria, pidiendo a los habitantes de Saint-Domingue que recibieran a ese ejército con el respeto del amor filial. Mas, al observar la inmensa flota, perdió toda esperanza. Esa fuerza contradecía los votos pacíficos de la metrópoli. Sacudiendo su cabeza con un aire triste y dirigiéndose a las naves que se acercaban, Rómulo dijo estas sombrías palabras: —Me trae la guerra. Francia es una madre desnaturalizada que quiere la destrucción de su hijo. ¡Pues bien, que sea la guerra! ¡No le temo a nadie. Si es necesario perecer, pereceré con honor, moriré como soldado y Dios se encargará de mi venganza!

Fue así como el jefe de la colonia aceptó la guerra sin oportunidad de ganarla. Se dejó sorprender en medio de su indecisión; le



faltó la simpatía del pueblo: estaba condenado a sucumbir. —¡Que por lo menos muera como valiente! —dijo, al tomar las armas, mientras distintas divisiones de la flota ocupaban varios puertos de la isla y desembarcaban las tropas.

Estas tropas lograron las primeras ventajas sobre las de Rómulo. Los *franceses*<sup>1</sup> pasaron por el filo de su espada a numerosos prisioneros de guerra.

Los *indígenas*, en represalia, quemaron las ciudades que no lograron defender y se abalanzaron contra los europeos en los campos de batalla.

Así se entabló esta lucha, prólogo de aquella que darían los defensores de la libertad contra los *restauradores* de la esclavitud. Comenzó con asesinatos. El ejército expedicionario fue el primer culpable. ¿Cuál era el fin de tales atrocidades? ¿No tenían los franceses venidos de Europa y los franceses de la colonia una nacionalidad común? ¿Por qué aquellos que atacaron no se mostraron generosos al ser, momentáneamente, más fuertes? ¿Qué ganaban al empujar a sus adversarios a la desesperación? La desesperación a veces engendra prodigios. Por lo menos siempre es terrible en sus venganzas. Es lo que ya se veía y, sin embargo, esto no llevó a que los opresores cambiaran de *táctica*. Así de confiados estaban en la superioridad de sus armas y en el resultado final de sus acciones: la esclavitud.

Rómulo fue informado de la muerte de sus soldados prisioneros. Este suceso, que violaba las leyes de la guerra, tuvo lugar en una población situada a poca distancia de donde se encontraba el hijo de la Africana. Lo supo por una carta del mismo general

---

1. Llamaremos *franceses* a los soldados de la expedición de 1802, para distinguirlos de sus adversarios, africanos y descendientes de africanos, que fueron designados con el nombre de *indígenas*. (N. de É.B.).

que había ordenado este crimen, y que, al anunciarlo, esperaba sin duda golpear su espíritu con terror, obligándolo a someterse. Pero ocurrió todo lo contrario. Exasperado, Rómulo respondió al general francés: —*Combatiré hasta la muerte para vengar a estos valientes, así como para defender la libertad.*

Se apresuró a liderar las fuerzas que pudo reunir contra la armada expedicionaria. A pesar de todo, la invasión avanzaba con rapidez. Las tropas de Rómulo cedieron en varios puntos, al luchar no solamente contra la bayoneta del enemigo sino también contra el descontento de la población de esos lugares. El régimen de opresión puesto en práctica por el complaciente amigo del Colono lo había hecho impopular.

Tan pronto como desembarcaron los franceses, les abrieron las puertas de una de las ciudades más importantes de la colonia: no fue una traición, era una venganza.

Todo el departamento del Sur se arrojó bajo la bandera del ejército expedicionario. El hijo mayor de la Africana había ejercido la fuerza de su brazo con gran vigor en ese departamento, que anteriormente había estado bajo el mandato de su hermano. Fue allí, como recordaremos, que el Colono, con perfidia cobarde, libró a Rómulo de tantos hombres supuestamente peligrosos. El Sur, privado de una gran parte de los suyos; el Sur, gimiente bajo una mano de hierro, acogió a los franceses como liberadores.

El Oeste, por idénticas razones, tuvo la misma conducta.

Solo el Norte<sup>2</sup> permanecía fiel y obediente al jefe en lo alto de los peligros de la guerra. No era necesariamente porque esta parte de la colonia hubiera sufrido menos que las otras. El nuevo

---

2. Para simplificar nuestro relato, adoptamos la división del territorio que tuvo lugar bajo Leclerc, quien dividió la antigua colonia francesa en tres departamentos. El Norte incluía Artibonite. (N. de É.B.).

régimen colonial instituido por Rómulo había pesado sobre el país entero. Las dolorosas consecuencias de la guerra civil se hicieron sentir más o menos por doquier. El Norte se hallaba inmóvil porque Rómulo lo tenía, por así decirlo, bajo sus pies. Capaz de una actividad prodigiosa, el jefe de la colonia, antes de la llegada de la expedición, recorrió constantemente el país y no residía, propiamente hablando, en ningún lugar. Se detenía frecuentemente en el Norte, departamento que había acostumbrado más que a cualquier otro al terror de su autoridad. Incapaz de inspirar devoción verdadera —ya que es cierto que la violencia nunca podría engendrarla— infundió un vínculo de temor; un sentimiento hostil parecido al odio, que no es más que un mutismo.

Fue en el Norte donde Rómulo publicó su constitución, promulgó nuevos decretos y desempeñó casi el papel de un soberano. Es en el Norte donde ahora desafiaba a la metrópoli representada por formidables batallones, que tendría el honor de colocar por algún tiempo en jaque. El Norte fue a su vez testigo de sus poderosos actos y sus valientes esfuerzos. Lo verá también caer...

¡Caída profunda, memorable, estruendosa! ¡Aun así, menos estruendosa que aquella del mismo poder europeo que hoy se apoyaba en este temible ejército y que pronto habría de desaparecer!

Rómulo eligió como cuartel un punto central donde reunió algunas tropas. Desde allí dirigió las operaciones en un radio bastante amplio. Impartió órdenes y colmó la laguna creada por su indecisión inicial. Hasta ese momento sus lugartenientes habían actuado por cuenta propia, satisfaciendo lo que creían un simple deber militar.

No sabríamos atribuir el fracaso de su defensa torpe e inconstante al silencio y a la irresolución del jefe. El ejército francés era poderoso en número y disciplina. También lo era por las ideas generosas y liberales que supuestamente lo guiaban, a pesar de las atrocidades cometidas durante el desembarco.

Hiciera lo que hiciera, Rómulo sería derrotado de cualquier modo. El Colono, sustituyendo al hermano, lo dejó sin apoyo. Toda su fuerza residía en los soldados que fueron sometidos al rigor de su administración, empleados en azotar a los cultivadores acusados de alguna falta, manteniendo la esclavitud anónima en beneficio del Colono. Estos soldados, no obstante su privilegio como ejecutores del tormento, estuvieron sometidos ellos mismos a un despotismo militar excesivo, lo que los hacía indiferentes al poder que apoyaban.

Sin embargo, la resistencia no fue tan larga ni tan obstinada como hubiera podido serlo de haber sido preparada a sangre fría; si hubiese contado anticipadamente con instrucciones suficientes de los oficiales superiores que impartían las órdenes. Ello se juzga a partir de la conducta de uno de sus lugartenientes, conocido bajo un hermoso nombre en la historia<sup>3</sup>, quien a último momento recibió la orden de luchar con fuego y espada...

Este general acababa de recibir una carta de Rómulo cuando aparecieron, delante del poblado<sup>4</sup> que comandaba, numerosas naves de guerra. De allí partió un batallón ligero que avanzó para negociar, sin que fuera recibido. Las grandes naves, cargadas de tropas para el desembarco, quisieron forzar la entrada en el puerto, pero los cañones de la ciudad las obligaron a retirarse. Entonces continuaron un poco más para arrojar ancla y poner la tropa en tierra, la cual, una vez desembarcada, marchó contra el sitio de la defensa.

El lugarteniente de Rómulo, adivinando su intención, había enviado un batallón para esperar en el cruce de un río. Las aguas se hallaban crecidas por la lluvia. El batallón realizó una buena labor de contención.

---

3. El general Maurepas. (N. de A.B.A.).

4. La villa de Port-de-Paix (*idem*).

Los franceses se vieron forzados a dirigirse a otro vado. Cayeron en una emboscada y retrasaron su marcha, lo que les dio tiempo a los indígenas a fin de evacuar el poblado donde ya no podían permanecer.

Esta ciudad podría ser una conquista de gran valor para el enemigo. Era necesario quemarla en virtud de que estos europeos, que no se habían acostumbrado a los rigores del clima, se hallasen sin abrigo. Era un nuevo modo de combatirlos. El lugarteniente de Rómulo, rígido ejecutor de las órdenes recibidas, incendió su propia casa.

Seguidamente, en un fuerte situado a poca distancia, designó tropas de línea y guardias nacionales, sirviéndose de todos los hombres disponibles.

El enemigo ocupó la ciudad en cenizas e hizo venir sus naves. Muy pronto atacó a los indígenas. El fuerte a donde se habían retirado coronaba una colina que se elevaba a pocas leguas de la orilla del mar. No pudieron expulsarlos. Después de ardientes e infructuosos esfuerzos, los franceses se vieron obligados a replegarse en la ciudad.

Con la ayuda de refuerzos, venidos oportunamente para evitar que los soldados se reembarcaran, los franceses retomaron la ofensiva y fueron nuevamente derrotados.

Rómulo no hacía la guerra ni por derecho ni por principio; luchaba bajo las pesadas consecuencias de sus errores. Sus soldados combatían sin entusiasmo y, aun así, eran ejemplo de valor. ¡Cómo serían entonces estos mismos soldados cuando trataran de disputar la posesión de un bien más precioso que la vida, más querido que el honor: la libertad! Aún había tiempo. Quienes tenían la misión de restablecer la esclavitud en Saint-Domingue debieron renunciar, viendo el calibre de estos hombres. Una voz se elevó desde el seno de los acontecimientos y les gritó en vano: ¡No lo hagan!

## DEFENSA DE LA CRÈTE-A-PIERROT

LA OBSTINADA RESISTENCIA confrontada por el ejército francés influyó en la decisión de entrar violentamente en campaña contra Rómulo. El jefe del ejército expedicionario —que sumaba a ese título el de Capitán General de la colonia—, le escribió al hijo de la Africana antes del inicio de la campaña invitándolo a deponer las armas y someterse a la autoridad de Francia. A fin de convencerlo, llegó incluso a ofrecerle una parte del poder, bajo la figura de *lugarteniente general*. Era un señuelo. Rómulo tuvo dudas y no aceptó de ningún modo.

Este rechazo, agravado por las pérdidas que habían sufrido los franceses, lo puso *fuera de la ley*. Al mismo tiempo, diferentes cuerpos del ejército francés recibieron la orden de reunirse alrededor de Rómulo; mas, sabiendo que la posición era poco defendible, la abandonaron.

Los lugartenientes de Rómulo, obligados a ceder en varios sitios a las fuerzas invasoras, buscaron unírsele. En el intervalo, le informaron que una de las fuerzas francesas intentó cerrar sus principales vías de comunicación. Él no dispone más que de un centenar de hombres disciplinados y de una banda de campesinos mal armados; con esas fuerzas marcha al encuentro del enemigo.

El choque tiene lugar en un cañón de la montaña<sup>1</sup>. Es tan prolongado como violento. Durante seis largas horas se disputan el paso. Rómulo combate a pie, cual simple soldado. Enérgicamente secundado por sus tropas, obliga a los franceses a emprender la retirada, aprovechando luego esta ventaja para reunir a sus lugartenientes y concentrar sus débiles recursos.

Prepara la defensa del fuerte La Crète-a-Pierrot, cuya fama data de esa época. Reúne municiones y confía su cuidado a uno de sus mejores oficiales. Parte de inmediato, llamado por otros deberes.

En su ausencia, el fuerte es atacado. Una división francesa, sin saber que se hallaba tan bien custodiado, creyó que para adueñarse de él solo bastaba desearlo. Se emprendió temerariamente un asalto, pero un terrible fuego lo detuvo. La tropa se sorprende, intenta dominar esta resistencia inesperada; recula, regresa, recula de nuevo y termina por retirarse casi en desbandada, luego que dos generales son heridos y varios centenares de hombres mueren y, como muchos otros, son puestos fuera de combate.

El rumor de esta acción atrajo, sobre La Crète-a-Pierrot, la ira del enemigo.

Muy pronto se presentó otra división. Como la primera, presa de una excesiva ilusión de valentía, resultaba burlada. Esta se precipitaba, llena de confianza, para quebrarse inmediatamente ante dificultades imprevistas. El fuerte se hallaba mejor preparado para este nuevo ataque, así que la defensa fue aun más admirable. Antes de emprenderla, el oficial general al mando hizo jurar a sus soldados que vencerían o morirían. Durante el combate, con un tizón encendido en la mano, estaba listo para poner fuego a la pólvora si los indígenas desfallecían. Esta resolución tenía algo

---

1. Ravine-à-Couleuvres. (N. de A.B.A.).

de desesperada, mas se impuso sobre los agresores, cuyo ímpetu parecía indestructible.

Los indígenas no habían terminado de provocar la huida de este segundo contingente armado –cuyas pérdidas fueron considerables y tuvo más de un general herido–, cuando una tercera división francesa se presentó, tomando su lugar con resolución. Eran las mismas tropas que el fuerte había repelido días antes, poniendo a dos de sus generales fuera de combate. Ahora estaban bajo las órdenes de otro jefe. Los rangos vacantes habían sido cubiertos y se les había permitido reposar. Venían para vengar una injuria sangrienta.

Los indígenas, por el contrario, estaban ya fatigados; habían estado luchando desde el alba. Sin embargo, la victoria les es fiel. Los franceses, dando muestras de una persistencia increíble, intentan arrebatarla. Veinte veces avanzan con sus bayonetas, veinte veces retroceden bajo el fuego mortal del fuerte. El capitán general, testigo de los reiterados asaltos, recibe una herida de bala. La tropa sufre mucho. Su jefe, con dos heridas y, a pesar de todos los esfuerzos, se ve obligado a emprender una humillante retirada.

La derrota sucesiva de varios contingentes armados, cinco generales heridos y más de mil hombres muertos del lado francés fueron el resultado de los tres enfrentamientos, de los cuales el último acarreó los mayores honores para los indígenas.

El enemigo, convencido de la dificultad de tomar la posición a viva fuerza, tomó la sabia determinación de sitiarse el lugar. Mientras reunía los materiales de guerra necesarios para hacerlo, los indígenas repararon los daños de la lucha y establecieron, sobre un montículo vecino, un puesto destinado a prestar su apoyo al fuerte. La idea de los franceses no escapa a sus enemigos. Estos esperan ser sitiados y, finalmente, vencidos. Pero su decisión está tomada. No cederán hasta que la resistencia devenga materialmente imposible.



En esta disposición los halló el ejército de doce mil hombres que vino a cercar el fuerte.

Las baterías francesas abrieron fuego y sofocaron las otras baterías, asaltadas repentinamente por el enemigo. Ese puesto se hallaba comandado por un oficial de raro valor. Un historiador francés habla de Lamartinière como un hombre a quien la naturaleza había dotado de un alma de hierro. Haití rindió culto de admiración a su memoria. Dicho oficial, con una temeridad sin igual, desafió los esfuerzos de los sitiadores y los obligó a regresar a sus líneas, matando a doscientos o trescientos de ellos.

Sin embargo, la posición era insostenible: los cañones fueron desmontados y las trincheras atravesadas. Los que defendían el lugar, habían comprobado que este no resistiría otro furioso ataque. Era suficiente y, por ello, lo abandonaron, replegándose a una posición anterior.

El fuerte no se halla menos deteriorado que aquel puesto. La guarnición ya no está bajo cubierta. Tenía municiones, mas no víveres. Era necesario evacuar, franquear las líneas enemigas, algo imposible sin arriesgar la mitad de la guarnición. En tal caso, una capitulación sería preferible, pero nadie lo dijo. ¿Quién osaría pensarlo, cuando todos contaban con el peligro para asegurar su futura gloria?

Durante la noche, los indígenas descendieron silenciosamente del fuerte y golpearon las líneas francesas. El primer lugar que atacaron resistía invenciblemente. Buscaron doblegar otro sitio, pero los detuvo una barrera de hierro. Entonces, cerrando filas y lanzándose con furia, se pusieron frente a las bayonetas.

¿Qué habrá sido de Rómulo? ¿Dónde se hallaba mientras el ejército indígena sostenía tan virilmente el honor de su bandera? Se hallaba lejos de allí, esforzándose por encontrar nuevos recursos. No tuvo éxito. El pueblo se mostraba avaro en sus sacrificios

y abjuraba de una causa que únicamente le fue de interés debido a su miseria.

Así se consumó la ruina del hermano de Remo.

Mas el infortunio del jefe no dejó de tener su grandeza. Conservó la dignidad en su caída y concluyó con valor, tal como lo había anunciado ante la aparición de la flota francesa.

Las atrocidades cometidas contra los suyos fueron vengadas: no mediante crueldades –un crimen no venga otro crimen–, sino mediante la noble conducta de sus intrépidos soldados.

Se libraron otros combates, además de aquellos que hemos descrito sucintamente, mas no hemos de detenernos: la verdadera resistencia había cedido a partir de la evacuación de La Crète-a-Pierrot; retirada gloriosa que concluyó una serie de hechos igualmente gloriosos.

Poco tiempo después, los oficiales de Rómulo, librados de las obligaciones que los retenían bajo sus órdenes, y no teniendo ya ningún honor militar que salvar, se rindieron a los franceses.

Se impuso la ley del vencedor...

El Colono celebró esta derrota aun con más dicha con que celebró la caída de Remo. En esa ocasión celebró una fiesta. El artífice de la esclavitud logró su meta, y los hechos se transformaban rápidamente. Parecía como si nada pudiera detener ni desviar su curso. Nada, excepto un grano de arena providencial que él no lograba ver.

## EL GOBIERNO DEL CAPITÁN GENERAL

UNA VEZ VENCIDO RÓMULO, lo que restaba de su ejército fue dado de baja y la mayor parte quedó diseminada entre las tropas venidas de Francia. Sus oficiales adoptaron la bandera de la expedición, asumiendo, casi todos, los deberes pertinentes a sus cargos. El gobierno sintió la necesidad de conservarlos, pues contaba con ellos para la completa pacificación de la colonia. Aquellos oficiales que se distinguieron por su valor en los combates, recientemente concluidos, recibieron muestras de gran estima por parte de sus nuevos compañeros de armas, quienes hasta ayer eran sus enemigos. Admirable parentesco de bravura que no sabrían negar ni los mismos prejuicios.

El Capitán General se ocupó especialmente de regresar el orden a una *sociedad* todavía perturbada. Rómulo se había servido para su defensa de los mismos medios atroces que emplearon sus adversarios al atacar. Fue así que numerosos europeos, miembros de esta sociedad colonial que había protegido, fueron inmolados bajo su administración. Su furia había sido evidente; el peligro se había sentido. He ahí por qué al verlo vencido, aún temblaban.

Deseoso de dar garantías de paz, el Capitán General ordenó desarmar la guardia nacional, integrada por cultivadores que podían ser reclutados como soldados con armas para futuras in-

surrecciones. La medida era prudente, y respondía al propósito mismo de la expedición militar: para restablecer la esclavitud era necesario privar de armamento a la mayoría de la población destinada al yugo. Este podría emplearse en su liberación.

Esta orden de desarmar a la población se confió a uno de los antiguos oficiales de Rómulo.

El jefe caído había pronunciado estas palabras hermosas y verdaderas como una profecía: *al derrocarme, solo han derribado el tronco del árbol de la libertad de los negros; pero este retoñará desde sus raíces, porque son muchas y muy profundas.*

Rómulo había empleado la violencia y había instituido una forma de esclavitud anónima contra su pueblo. Este, por su parte, respondió con indiferencia, por no decir hostilidad. Rómulo reconoció entonces que existía en ese mismo pueblo un instinto de libertad que jamás sería sofocado, por lo que comunicó a los restauradores del viejo régimen europeo que su propósito sería infructuoso.

Mas sus palabras, a pesar de haber sido excepcionales, no llegaron a nadie. Solo fueron recordadas después de que los eventos las hubieran confirmado. La verdad tenía el tono del resentimiento y no fue creída, aun cuando pudo haber sido útil. Por lo demás, ¿quién podía escucharla? Existía una política, evidentemente, que buscaba la instauración del nuevo gobierno y el desarme general, antes de proclamar la esclavitud. El Colono anticipaba, por lo tanto, el momento en que su tiranía fuese *decretada* y, como preludio a su nuevo reino, emprendió nuevas persecuciones.

Era como si recaudase por adelantado los intereses de algo que se le adeudaba, en compensación por la tardanza y como desagravio por la molestia de la espera. De cualquier modo, el *capitán* se hallaba seguro. Una ley de la metrópoli acababa de legitimar la *trata* y de consagrar el principio de la servidumbre en las colonias restituidas a Francia por el Tratado de Paz de Amiens. Esta

ley, a decir verdad, no hacía ninguna mención a Saint-Domingue, sino más bien a Guadeloupe. Por lo tanto, esta última isla no tardó en volver a ser sometida bajo el yugo.

Más pequeña y menos poblada que Saint-Domingue, Guadeloupe podía ser fácilmente esclavizada. Se comenzó por allí. Francia impuso sobre ella sus cadenas y rugió. Sus hijos se armaron y se dio inicio a una lucha que duró poco. La debilidad numérica neutralizó el poder de su voluntad, y la libertad huyó entristecida de sus orillas. Faltaron brazos para retenerla. Huyó, no sin antes ofrecer al alma heroica de Delgresse una palma arrancada del mismo árbol inmortal que adornó las gloriosas coronas de los mártires Ogé y Chavannes.

He ahí cómo Guadeloupe regresó a la esclavitud.

Saint-Domingue también sufriría nuevamente el peso de las cadenas, si los franceses consiguieran imponérselas.

Mientras esperaba, el Capitán General adoptó prácticamente el mismo sistema de gobierno que Rómulo. En su opinión, tenía el mérito de ser severo. Frente al régimen que le propusieron reconstituir, le pareció un feliz modelo de transición.

El cultivo se restableció bajo el mismo patrón que existía antes de la llegada de los franceses. Este había prosperado en el pasado y prosperaría nuevamente con la ayuda del trabajo forzado. El cultivador era un mero siervo y se le prohibía convertirse en propietario mediante una ingeniosa combinación legislativa del gobierno anterior. Se fijó una cantidad mínima de tierra por debajo de la cual no se permitía la compra y, siendo esta demasiado grande, el cultivador jamás podría aspirar a ella.

Ordenanzas policiales restringieron los derechos del pueblo o, más bien, los anularon. El Capitán General publicó numerosas actas relativas al comercio, a la justicia, al culto, y respondió a todas las necesidades del servicio público.

Inmediatamente después de la caída del hijo mayor de la Africana, se instaló un *consejo colonial* destinado a colaborar con aquel en la administración de los asuntos del país. Uno de los viejos lugartenientes de Rómulo<sup>1</sup> formó parte del consejo controlado por el Colono. En una sesión, mientras se discutía algún asunto administrativo, el Colono, apoyado por otros miembros del consejo, gritó: —*¡Sin esclavitud, no hay colonia!* El antiguo oficial de Rómulo tuvo el coraje de responder, sin temor a las consecuencias: —*¡Sin libertad, no hay colonia!* A los pocos días de haber ocurrido este hecho, y como castigo a sus sacrílegas palabras, la mayor parte de los miembros de este consejo fue arrasada por la *fiebre amarilla*.

El grupo había sido disuelto y el Capitán General gobernó solo, volviendo a asumir todos los poderes. Realizó una nueva división del territorio y creó subdivisiones bajo las mismas designaciones del antiguo régimen. Mantuvo al país en un estado de sitio. Todo estaba regulado por la vía expedita de los tribunales militares. La pena de muerte se multiplicó bajo diferentes formas: se ahogaba, se fusilaba, se ahorcaba.

A pesar de todo, la colonia florecía. Los productos abundaban, gracias al severo régimen impuesto a los productores. Empleando los mismos atropellos que Rómulo, su sucesor se procuraba riquezas.

Cuando nuestra imaginación retrocede hacia tiempos pasados y contemplamos las vastas y cuidadas plantaciones de Saint-Domingue, puestas a producir por una multitud de brazos forzados por el temor; y cuando consideramos la posición del Colono, su bienestar, sus prerrogativas bajo el viejo régimen, es fácil entender que se aferrara con todas sus fuerzas a su posición; que se entregara con fervorosa impaciencia a recuperar todos sus privilegios.

---

1. El general H. Christophe. (N. de A.B.A.).

¡No seremos nosotros quienes le demos nuestra aprobación o lo excusemos! Ciertamente le era dado amar el poder, ambicionar la fortuna. En general, la dicha humana está cerca de esas miserias. El derecho de ser feliz no está negado a nadie. Cada uno de nosotros construye, a la altura de sus ideas y a la conveniencia de sus deseos, el edificio de su propia felicidad. Este edificio es respetable mientras no prive a otros, de su porción de aire y sol. Pero si se funda en el sufrimiento de otros, si se cimienta con las lágrimas del prójimo, se vuelve criminal. Tarde o temprano será devorado por la tierra o demolido por el cielo...

El Capitán General llevó a cabo el desarme de los cultivadores con medios extremos. En poco tiempo, ayudado por la violencia, treinta mil fusiles regresaron a los arsenales de la colonia. Mas estas armas eran menos peligrosas que el resentimiento inspirado en aquellos a quienes el gobierno maltrató al arrancárselas. El pueblo no tenía necesidad de armas para rebelarse contra la autoridad europea que parecía complacerse en atormentarlo. Los guijarros, las ramas de los árboles transformadas en instrumentos de guerra, serían tan amenazantes en sus manos como aquellos fusiles que les arrebataron.

Era difícil imaginarlo. Los funcionarios del gobierno llegaron incluso a colgar en los árboles del camino a los campesinos que supuestamente escondían sus armas. A estos actos de barbarie se suma la disposición de un reglamento del Capitán General, donde prohíbe a los indígenas de padres europeos que llevaran el nombre de estos. Con ello se renovaba una antigua ley colonial, virtualmente derogada por aquella que, en época posterior, había restablecido la igualdad civil. Ya tendrán una idea del descontento que reinaba en el país.

El gobierno no se tomaba la molestia de ocultar sus intenciones. Las cosas estaban tan explícitamente preparadas, que no quedaba más que escribir una palabra: *¡Esclavitud!*

## RECONCILIACIÓN

MIENTRAS LOS ENEMIGOS de Saint-Domingue preparaban las cadenas, el Capitán General movía sus hilos y el Colono se armaba con su látigo; Rómulo y Remo se encontraron en el terreno de la derrota, abjurando de todos los sentimientos que los habían dividido y dándose la mano fraternalmente.

Su entrevista tuvo lugar en el recinto salvaje donde reposaba su madre. Después de su desdicha, Remo adquirió la costumbre de ir a buscar consuelo a la tumba de la Africana. El recuerdo del ser que más lo amó, aliviaba al desdichado del peso de la injusticia de la que fue víctima. El bien que le hizo su madre se acrecentaba en su corazón, oponiéndose al mal sufrido y disminuyendo el resentimiento.

Una noche, arrodillado en un pequeño montículo del prado y mientras se comunicaba con aquella a quien su memoria evocaba, gracias a una misteriosa facultad del alma, examinó severamente su conducta y dejó hablar a su conciencia. Fue una confesión en silencio, realizada ante la sombra de su madre, como si ella fuera un ministro invisible de la clemencia de Dios. Era un deseo de absolución celeste del cual sentía necesidad, sobre todo después de saber que su hermano era tan desdichado como él. Su infortunio era consecuencia de una mutua ambición. Por su parte, aunque



no fue el autor de los mayores males, maldijo ese infortunio y la división que había causado. Restando importancia al sacrificio que le inspiró el Genio de la Patria y olvidando sus humillaciones y sufrimientos, estaba listo para reparar sus faltas del modo que fuese necesario, iniciando la reconciliación con su hermano.

—¡Que se presente la ocasión dijo secretamente en su pensamiento— y verán, madre mía, cuán pronto la tomaré para borrar los males que he hecho y para consolar la pena que he contribuido a infligirles!

Apenas había formulado mentalmente estos votos, sintió unos pasos detrás y a poca distancia. La noche era hermosa. La luna no la aclaraba, pero el horizonte se hallaba tan puro, el firmamento tan estrellado, que la vista podía extenderse bastante lejos en el seno de las tinieblas, transparentes como la media luz.

Fue una de esas noches maravillosas del trópico en las que el cielo está azul, tan azul que las profundidades del infinito se ahondan ante la mirada y parecen agrandarse aun más. Bajo este fondo de rico azul, se abrían las constelaciones como brillantes incrustados en el esmalte. Ardientes meteoros trazaban surcos de fuego en medio de las estrellas que, no contentas con iluminar el cielo, se reflejaban sobre la tierra, en las gotas de agua detenidas en las hojas, creando un nuevo empíreo.

Ante el ruido que se escuchó antes, el hijo menor de la Africana giró la cabeza y reconoció a su hermano. Rómulo también lo reconoció y se detuvo, puesto que no sabía si se hallaba delante de un amigo o un enemigo. Remo puso prontamente fin a esta duda y corrió hacia él, lanzándose a sus brazos.

Ambos se hallaban profundamente conmovidos. Se abrazaron largamente. El lugar, sus recuerdos, la amistad recobrada; todo contribuía a enternecerlos. El sentimiento desbordó en lágrimas generosas.

¡Cómo es dulce amar! ¿Acaso deben estar los hombres separados? La discordia es un estado violento y doloroso que agota a los individuos y arruina las sociedades. ¡Que la discordia sea por siempre desterrada de nuestro país!

Una vez aplacadas las primeras emociones, Rómulo y Remo se acercaron a la tumba de su madre para hacerla testigo, de algún modo, de su reconciliación y de los nuevos compromisos que los unirían en el futuro.

Rómulo lamentaba profundamente sus desmanes y por ello no se abalanzó hacia su hermano menor, temiendo que este, aún sangrante de sus heridas, pudiera guardarle rencor. Sin embargo, como hemos visto, más bien se convenció de lo contrario e inició una explicación indispensable, reconociendo sinceramente sus faltas y su pesadumbre.

—Hermano —le dijo a Remo—, tiene que compadecerse mucho de mí. Le he perseguido e injuriado. Olvídelo: yo me arrepiento... Un enemigo, sutil y venenoso como la serpiente, se deslizó entre nosotros. Tuve la desdicha de escuchar sus propuestas insidiosas. Me advirtió que él me engañaría, pero no le creí porque me hallaba bajo el poder de su encanto. Yo estaba hipnotizado por los instintos pérfidos del Colono, al igual que una presa subyugada por el reptil que ha de engullirla. Me enseñó a desconfiar de usted, mas no a odiarle, pues mi corazón se rehusaba. Me instigó a hacerle la guerra. Su sangre ha corrido y también la mía, aunque en menor cantidad. Usted ha sucumbido. Debí haber llorado por su derrota, ya que era la antesala de la mía. Sin embargo, me regocijé junto al Colono, que lo hizo aun más. Si hubiera prestado más atención, su desbordada felicidad habría sido suficiente para que me resultara sospechoso. ¿Por qué se apegaba tanto a mí mientras alimentaba mi animadversión hacia usted? ¿Qué razón tenía para amarme a mí y odiarlo a usted? Me hallaba embriagado; esta re-

flexión que pudo haberme sido esclarecedora, no vino hacia mí. Me dejé guiar ciegamente por él y vea adónde me ha conducido. Incitó en mí pretensiones desmedidas con el fin de arruinarme. Yo le pertenecía gracias a esas ideas ambiciosas que me había sugerido y que había sembrado en mi corazón, mientras fingía su apoyo. Me forzó a tomar medidas sangrientas contra aquellos que usted amaba. Le presté mi nombre para sus crímenes. Incitado por él, hice todo lo que amenazaba mi propia supervivencia; desperté contra mí la cólera de Francia.

“Apenas llegó el ejército expedicionario, se pasó al campo de los franceses y actuó a su lado, en mi contra, siguiendo el mismo papel infame que jugó a mi lado, en contra de usted. Comprendí entonces, aunque demasiado tarde, a qué enemigo me había confiado. Soñé con usted y con su afecto tan verdadero, que cambié por la amistad hipócrita de ese perverso. La Providencia nos ha reunido en el momento en que más me atormentaba la necesidad de verlo. Aprovecho para decirle, una vez más: hermano, le he perseguido e injuriado; ¡olvídelo, yo me arrepiento!

Remo también tenía errores que confesar. No fue menos severo que su hermano en la acusación que realizó contra sí mismo.

Cuando terminó de hablar Rómulo, el joven hijo de la Africana le respondió, tomando su mano entre las suyas:

—Hermano, he olvidado todo... Olvide de su lado los males que le he hecho. Ámeme, amémonos siempre... Se ha prestado a las pasiones criminales del Colono y he sido testigo de ello. Era mi deber prevenirlo de que estaba equivocado, que sería víctima del error en que le habían inducido. Soy su hermano; tenía un interés más que real en esclarecérselo, al estar ligado a su destino. Sus desdichas se convirtieron en las mías. Lo sabía y por ello le hablé sin reserva. Mas ha despreciado mi advertencia. Me sentí irritado y lo estuve en demasía cuando me calumnió, cuando públicamente

me hirió, atribuyéndome prejuicios ajenos a mi corazón. Fue en ese momento que el funcionario de la metrópoli, secretamente de acuerdo con el Colono, que no trabajaba sino para dividirnos, lo declaró traidor a la metrópoli y me dispensó de obedecerlo. Él me recordó que los límites de mi mandato, fijados por la ley, se extendían más allá del lugar al cual me había acogido. Esta circunstancia contribuyó a mi indignación. Hice marchar a mis tropas contra las suyas, que se encontraban dentro de estos límites, y se inició la guerra. Me invadió la ambición de comandar y vencer; algo que me reprocho amargamente, como también me reprocho la pérdida de todos los que se hicieron matar por mí. En este sentido, soy más desdichado que usted. Vi caer a mis amigos, unos durante la lucha, otros después; estos en el combate, aquellos sin poder defenderse. Los vi caer y mi remordimiento es tan punzante como si hubiera sido yo quien los hubiese golpeado con mi propia mano. He probado todas las humillaciones de la derrota y, a pesar de ello, no le guardo ningún rencor. Me siento, por el contrario, impulsado a compadecerlo, consciente de la suerte que le esperaba. Al abatirme ha destruido su propia fuerza y, por ello, no podría ser sino abatido. Fue esto lo que ocurrió. Después de su caída, reencontré toda mi ternura hacia usted. Es desdichado: mi corazón lo absuelve, absuélvame de igual modo. Me hallaba impaciente por reencontrarlo; hacía votos sinceros para que esto ocurriera cuando apareció. Hermano, ¡pidamos perdón a la memoria de nuestra madre, a la que hemos afligido, y jurémosle no dividirnos más y estar por siempre unidos!

Se arrodillaron frente a la tumba de la Africana y lo juraron con alegría. Profesaron en voz baja otro juramento que solo escuchó su madre, tal vez...

Estos hombres probados con dureza, estos hombres que ahora conocían el valor de la concordia; estos hombres se amaban nue-

vamente: teman su nueva alianza, ustedes que los han enemistado por un instante. Ellos pagaron caro su error. La experiencia adquirida les costó su propia sangre, pero en adelante no se les podría engañar más. La verdad llevó su antorcha a la caverna oscura que ocultaba la guerra civil y la esclavitud que ustedes esperaban imponer. Los dos hermanos no permitirían que este monstruo viera nuevamente el sol. Lo combatirían y lo vencerían: *¡en la unión está la fuerza!*

Al dejar el cementerio, Remo le dijo a su hermano que lo acompañaba:

—Hay una mujer con quien estamos en deuda por sus buenas obras y a quien hemos afligido con esta querrela; una mujer sobre la cual, bajo las aberrantes pasiones de ambos, hemos osado arrojar nuestra mirada impura. Esta mujer, bien lo sabe, no pertenece a esta tierra. Su belleza sin igual, su dulzura invariable, su penetración profunda, su coraje sobrehumano, su impresionante sabiduría, sus conocimientos sublimes, revelan una criatura en esencia superior a nosotros y que debe su existencia a un origen más elevado. Ella ignora nuestras groseras necesidades. Es, sin duda, una enviada del cielo. Si la hemos ultrajado, hemos ultrajado con ello a la misma Divinidad que representa. No seamos más sacrílegos. Vayamos a humillarnos a los pies del santo ídolo al que prometimos rendir culto.

—He pensado en hacerlo —respondió Rómulo—, mas ¿cree que ella acepte nuestro arrepentimiento?

—Estoy seguro, ¿no conocemos su bondad?

—Es cierto. ¡Marchemos!

Y se pusieron inmediatamente en camino a la montaña.

## REGRESO A LA MONTAÑA

ESTELA NO SE SORPRENDIÓ ante la llegada de los dos hermanos. Sabía que no podían tardar en volver y los esperaba... para perdonarlos.

El amor y el perdón reflejaban en ella la autoridad divina. El cielo es más poderoso por su misericordia que por su cólera. El fuego quema y destruye; el agua atempera y fertiliza. Rara vez, y con pesar, deja Dios que estalle el relámpago. Él transforma el rocío en el dulce regalo que cada noche aporta a la tierra como una eterna manifestación de bondad, ofrecida como ejemplo a los hombres.

Rómulo y Remo, encontrando a la virgen de la montaña aún más indulgente de lo que habían osado esperar, fueron, por su parte, tan colmados de respeto, humildad y arrepentimiento, que recuperaron toda su benevolencia sin dificultad.

Después de escuchar el relato detallado de sus desgracias, que comenzaron por la discordia y terminaron con la reconciliación, Estela les dijo:

—¿Qué harán ahora?

—Aún no lo sabemos —respondieron los dos hermanos—. Debemos reflexionar.

—El hecho de que estén aquí, supone que han tenido el tiempo de pensar.

—Sí, pero una conciencia atormentada nos arrebató la libertad de nuestra mente. Nos preocupaba obtener su perdón, lo único que podía consolarnos por haberle ofendido.

—Esta preocupación les honra, pero ha desaparecido con su causa: yo les he perdonado. Ya no se trata de retractarse. Por sus propias imprudencias, sus sangrientas locuras, han atraído al país a numerosas fuerzas militares, destinadas a garantizar el regreso de la esclavitud. Toda una población está a punto de que se le impongan nuevas cadenas y será a ustedes a quienes se las deberán. Recibirán su maldición y responderán ante Dios por sus males, si no descubren el modo de prevenirlo. Averigüen, vean qué conviene hacer para tal fin.

Después de reflexionar un momento, los dos hermanos se pusieron de acuerdo y declararon que era mejor esperar a que la fiebre amarilla hiciera sus estragos entre la tropa francesa, acabando por devorarla, antes de cualquier intento por la liberación común.

Estela no pudo escuchar con sangre fría esta tímida declaración; sus mejillas se ruborizaron y su mirada centelleó:

—¿Qué? —exclamó ella—. ¿Eluden de este modo la cuestión del deber? ¿No tienen además el impulso del remordimiento? Para mí es una decepción: tengo mejores augurios para ustedes... Quieren dejar que la epidemia actúe, pero ¿saben dónde se detendrá? ¿No llegaron las tropas de Europa al cabo de poco tiempo? ¿No vendrán más? Y estos refuerzos, reparando en los estragos de la enfermedad, ¿le dejarán alguna oportunidad favorable para decidirse a actuar? Mientras aguardan, ¿qué será de los desdichados hijos del país y qué será de ustedes mismos? No intento infundir el miedo en su imaginación. Les muestro el estado actual de las cosas tal como es. El examen más simple lo probará. Francia dirigió una formidable expedición contra la colonia rebelde. Nadie podría objetarlo, porque estaba en su derecho de imponer su autoridad desobedecida.

Hasta allí, nada hablaba de su intención de aplastar la libertad que diez años de existencia en la isla habían naturalizado. Esta libertad nacida en Francia, producto de su revolución, sancionada por uno de sus decretos, es legítimamente su hija. Intentar destruirla es cometer un matricidio. No creíamos que Francia fuera capaz de tal cosa. Sin embargo, ha publicado recientemente una ley que favorece la *trata* y mantiene la servidumbre en todas las colonias que ha ocupado después de imponer la paz. Ha restablecido la esclavitud en Guadeloupe. Aquí, las persecuciones organizadas por el Colono, su actitud confiada y su alegría, anuncian claramente lo que se prepara. Escuchen la voz trémula del pueblo desarmado, torturado y llevado a la horca. Muy pronto gritará más alto, en cadenas; mas será demasiado tarde... Levántense entonces, colóquense frente a la esclavitud para expurgarla de la isla y eviten ser aplastados. Si no sienten la fuerza —agregó la joven con una inflexión de cólera—, ¡llévense sus armas y municiones; les libero de las promesas que me hicieron y me separaré de ustedes para siempre!

El valor de los dos hermanos despertó con ardor y orgullo bajo el aguijón de estas palabras.

—Ignorábamos que el peligro fuera inminente —respondieron ellos—. No era nuestra idea evitarlo. Suene las trompetas y pronuncie el grito de guerra: ¡marcharemos!

Y se levantaron al mismo tiempo para partir.

Estela los detuvo. Estaba satisfecha con este movimiento entusiasta. Su discurso había producido el efecto deseado al despertar sus naturalezas robustas, las cuales parecían haber sido doblegadas bajo la pesada mano de la desdicha.

Ella había influido en su moral debido al cabal conocimiento de sus personalidades. Semejante al jinete que conduce vigorosos corceles y logra cruzar una larga distancia a través de un sinnúmero de dificultades para luego alcanzar a ver su elevada meta en



el lugar más duro del camino, y comprendiendo que sus corceles necesitan de la excitación, la virgen de la montaña se sirvió de sus poderosas palabras para comunicar a sus hombres la energía requerida para un esfuerzo supremo.

—Antes de partir —les dijo—, deben reparar sus construcciones, que se encuentran viejas y maltrechas. En una oportunidad, durante su ausencia, las visité y sentí el temor de que si no regresaban pronto las hallarían en ruinas.

“Es necesario que revisen los objetos que han dejado en esta gruta, que se aseguren de su estado, a fin de saber con qué recursos pueden contar.

“Deseo, en fin, que el campamento se restablezca y que me construyan una nueva cabaña. Abandono desde hoy este retiro y reasumo mi puesto en la fortificación: fue allí donde, en otra época, me desempeñé como centinela y es allí donde aún velaré por ustedes. No crean, se los imploro, que al aconsejarles una guerra necesaria y justa, yo tenga la intención de esconderme, como los alborotadores miserables que se aprestan a llamar a las armas sin exponerse jamás, o como los generales pusilánimes que exponen a sus soldados al fuego y permanecen ellos mismos prudentemente en la retaguardia. Quiero combatir, y combatiré en primera línea. La causa a la cual se han de consagrar es de la humanidad tanto como suya. Me identifico con ella. Tal vez esta triunfe con mi ayuda. Tengan confianza. ¡Recuerden que antaño mi ayuda les fue útil!

Rómulo y Remo obedecieron a la invitación de Estela y se pusieron a trabajar inmediatamente para levantar las empalizadas que hallaron, en efecto, derribadas de vetustas. Pusieron tanto afán que en dos días terminaron las reparaciones. Estela no los abandonó ni por un momento. La presencia constante de la joven redoblaba la actividad de sus brazos y la emulación de sus corazos-

nes, que le pertenecían a ella. Estela participó en la recuperación de la obra. Sus compañeros, que se habían negado al principio, aceptaron compartir sus duras tareas con ella, pues así lo había exigido enérgicamente. Tomó parte de la labor con la intención de dar a las empalizadas una fortaleza sobrenatural, al tocar los materiales con su divina mano.

Una *ajoupa* se levantó en el lugar de la primera, como por encanto. Tenía sus mismas dimensiones y forma. Se notaba el cuidado particular de los arquitectos de este modesto inmueble, que era mucho más que una vulgar construcción: era un templo que consagraba la inviolabilidad del lugar.

Las armas y municiones fueron transportadas desde la gruta al campamento y colocadas bajo el techo de Estela, que así lo quiso, para ahorrar a los dos hermanos el tiempo y el esfuerzo de realizar una nueva construcción.

A la hora convenida partieron en esta cruzada contra la esclavitud, aconsejados por la virgen de la montaña y sin construir una *ajoupa* para sí mismos, lo que hubiera carecido de sentido. Todo descanso les estaba vedado hasta que la guerra terminara... ya fuera con la victoria o la muerte. Vencidos, no necesitaban abrigo; vencedores, tomarían posesión de los poblados. Ya tenían su resolución desde ese primer instante: ¡se separarían de Francia para ser independientes y libres!

Junto con las armas y municiones depositadas en la gruta — que, dicho sea de paso, se hallaban tal como las habían dejado—, recibieron de Estela un objeto cuya vista revivió su odio hacia el Colono y los agitó violentamente: era el vestido fúnebre de la Africana, confiado por ellos a la joven y preservado de la influencia destructiva del tiempo por su amistad. Todo un pasado vivía en ese recuerdo de afecto y duelo. Tenían allí, delante de ellos, a su madre y su suplicio. Uniendo el presente a ese pasado maldito y exaltados

por el resentimiento, ante los nuevos atentados que el asesino de la Africana añadió a sus viejas infamias, tomaron con avidez el vestido ensangrentado, para dar paso al siniestro proyecto que fue objeto de este diálogo terrible: —Estableceremos un campamento sobre el cual ondeará este estandarte. Un crimen ha contribuido a nuestra desesperación. ¡Que el testimonio de ese crimen sea funesto para aquel otro crimen!

En el extremo de un asta elevada, fabricada con una caña de bambú desprovista de hojas y plantada en el medio del campamento, colocaron el vestido de la Africana, sombrío estandarte cuyos pliegos ensangrentados se desdoblaban bajo la brisa.

Más tarde, otro color, tomado en préstamo del azul de nuestro cielo, fue colocado a un lado del que había enarbolado la venganza; ya fuera para suavizar la siniestra imagen, ya fuera para recordar la dualidad de la obra de independencia haitiana, lograda por el compromiso común de individuos de dos tonalidades epidérmicas diferentes y a quienes la Providencia bendijo al crear otra sociedad, bajo los auspicios de la libertad.

## LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

LA SEÑAL fue dada por los dos hermanos y, como una chispa eléctrica, el fuego del entusiasmo encendió los corazones de los indígenas, quienes se levantaron por millares y exigieron armas. Su impaciencia sufrió apenas un retraso. El depósito de la montaña no era suficiente. A fin de aprovisionarse de fusiles, la mayoría de los hombres se vio obligada a recurrir a un medio ya conocido: arrebatárselos al enemigo. Aceptaron con entusiasmo esta situación. El peligro sería doble para ellos, pero lograrían una doble gloria.

La virgen de la montaña pasó revista y distribuyó personalmente, a una parte del grupo, municiones y armas. Estas armas entregadas, ¿podían ser menos que victoriosas?

Ella les dijo a Rómulo y Remo:

—Que comience la campaña. Logremos el triunfo desde el primer combate: ello influirá en la moral del enemigo y será como un dichoso presagio del final de la guerra. Este ya no es el tiempo en el que les prevenía que ustedes solo serían fuertes aquí. Antes tenían pocos soldados y estaban obligados solo a defenderse; hoy en día son ustedes quienes atacan y todo un pueblo los sigue.

Algunos hombres se quedaron en el campamento. El ejército, bajo la dirección de Estela, se dirigió hacia la capital de la colonia,

que se hallaba protegida por una línea de guarniciones bien provistas de soldados franceses.

El Capitán General, informado del alzamiento armado de los dos hermanos, acudió en persona a la guarnición, a fin de tomar las disposiciones necesarias para la resistencia.

Los indígenas se presentaron en medio de la noche, desatándose una encarnizada lucha. Las tinieblas se sumaron al horror del combate; los golpes retumbaban, dando al azar. La sangre corrió, las balas silbaron, el hierro crujió, la muerte se impuso. Se escuchaban los gritos de los heridos y moribundos; pero no se veía la masacre, lo que espantaba aun más la imaginación. Por encima del atroz tumulto se deslizó la voz viril y vibrante de Estela, como la de un piloto engrandecido durante la tempestad, mientras comanda y se impone sobre el ruido de los vientos y el oleaje.

Fiel a su palabra, la virgen de la montaña conservó su lugar a la cabeza de los batallones durante el combate y los hizo avanzar ante el fuego. Su vestido blanco, el único signo unificador que se podía distinguir en medio de esta noche sombría, brillaba siempre adelante. Cuando se hizo de día, el rostro angelical de la joven, ennegrecido por la pólvora, con sus vestidos agujereados, desgarrados en varios lugares, recordaba a los soldados su bravura sobrehumana, y la idolatrarón.

Combatieron hasta las cuatro de la mañana. Los franceses fueron expulsados de todas sus posiciones, replegándose en la capital. No hacía falta sino perseguirlos para apoderarse de aquella ciudad que se encontraba casi sin guarnición. Pero la virgen de la montaña, el buen genio de los dos hermanos, se opuso.

Ella estaba satisfecha con el efecto de esta primera acción en lo moral. Ante sus ojos, la conquista de una plaza no valía el sacrificio de hombres que aquello costaría. Además, la estrategia de esta guerra, tal como la concebía, era otra bien distinta. Consistía

en ceder las ciudades a los franceses, para dejarles contraer la enfermedad que los diezmaba. Había que interceptar sus comunicaciones, impedirles el transporte de víveres que acarreaban desde el interior, inquietarlos sin cesar, privándolos de reposo durante el día y de sueño durante la noche; aprovechar el mediodía para hacer demostraciones que los obligasen a permanecer en armas, soportando el ardor de un sol mortífero, o despertarlos a medianoche con falsos ataques y tenerlos constantemente expuestos a la penetrante humedad del clima. Al fatigarlos de este modo, les quitaban toda posibilidad de escapar de la epidemia que se convertiría entonces en algo más terrible que la guerra misma.

Este sistema de agresión era simple y seguro a la vez. Los dos hermanos no tenían más que seguirlo. La joven regresó al campamento para volver con ellos cuando lo juzgara útil. La montaña era el cuartel general de la insurrección. Rómulo y Remo habían recibido la orden de encontrarse con frecuencia. Estela se mantenía en la reserva, siempre lista a socorrerlos.

El levantamiento de los dos hermanos dio lugar a un edicto publicado algunos días después por el Capitán General. Este denunciaba, ante los habitantes de Saint-Domingue, a los *cobardes* que juraba *castigar* tan pronto arribaran los esperados refuerzos de Francia. Era el mes de octubre y los refuerzos llegarían en noviembre. Estos debían, según la misma proclama, servir para *reconquistar la colonia*, que, según su jefe, había sido tomada aparentemente por esas ideas opuestas a la esclavitud, las cuales acababan de estallar en su contra.

El Capitán General, ¿se hallaba acaso alterado por eventos que apenas veían la luz del día? ¿Acaso le reprochaba su alarmada conciencia el ejercicio del mando?

Valga decir que los franceses cometieron un acto de atrocidad al inicio de esta nueva guerra. Lo contamos apegándonos escrupulosamente a la verdad de la historia.

Cuando el gobierno supo de la rebelión de los dos hermanos, desarmó a un batallón entero de tropas indígenas –mil doscientos hombres que les resultaban sospechosos–, y los puso a bordo de un navío de guerra. Entonces ocurrió esa primera confrontación en la que los franceses se vieron derrotados y forzados a replegarse en la capital. Creyeron haberlo perdido todo. Contaron espantados la tripulación en sus naves y reconocieron que sus prisioneros los superaban en número. Los carceleros corrían peligro de muerte y solo escucharon el consejo de su propia desesperación. *Matemos*, gritaron, *aquello que puede matarnos*. La acción fue tan rápida como la palabra. Las olas del mar se abrieron y cerraron sobre mil doscientos cadáveres.

Este relato lo tomamos prestado de una pluma poco dada a la exageración; la pluma de un oficial general<sup>1</sup> que, habiendo figurado en la expedición francesa, debió haberse visto inclinado a contenerse más que a dramatizar los colores con los que pintó este espantoso hecho. Él vio el crimen como resultado del miedo; nosotros no lo entendemos como el producto de una maldad calculada. Tal agravante sería inútil. Para aniquilar al verdugo, solo es necesaria la cifra de víctimas. Mil doscientos cadáveres, mil doscientos hombres sin defensa, muertos, por así decirlo, de un solo golpe; mil doscientos prisioneros... Deploramos este asesinato en masa, por piedad hacia las víctimas y porque, en el tribunal de las pasiones sobresaltadas, se invocará dicha masacre en la sanguinaria hora de las represalias.

Las tropas europeas se concentraron finalmente para defenderse mejor. Las guarniciones de las principales ciudades se reforzaron con el apoyo de las ciudades secundarias. Los enfermos

---

1. Paul de Lacroix [en realidad, el autor hace referencia a: Pamphile de Lacroix, *Mémoires pour servir a l'histoire de la révolution de Saint-Domingue. Par le lieutenant-général Pamphile de Lacroix*, Paris, Chez Pillet Ainé, 1819]. (N. de É.B.).

fueron evacuados hacia una pequeña isla vecina, la Tortuga<sup>2</sup>. Se embarcaron las municiones. Todas estas medidas eran un testimonio de la preocupación del gobierno y acusaban su debilidad.

El número de los defensores de la colonia había disminuido sensiblemente. Dieciocho mil hombres habían perecido después de la llegada de la expedición, debido a la enfermedad y a los combates. Los hospitales alojaban a ocho mil personas. No habían más que alrededor de ocho mil quinientos soldados para resguardar todo el territorio de Saint-Domingue. En otros tiempos, hubieran sido más que suficientes; pero ahora eran muy poco para las necesidades de la guerra. El Capitán General, desconcertado por el modo en que habría de suplir esta falta de hombres y buscando recursos, se dirigió al Colono, sabiendo de su buena disposición y espíritu inventivo. El instigador de la guerra civil tenía un modo de lograrlo todo. Se lo hizo saber al jefe. Su maquiavelismo anterior había tenido tanto éxito en separar a Rómulo y Remo, que no dudó en la posibilidad de sembrar una nueva división entre ellos. Confiado en esta certeza, propuso audazmente una medida que no tardó en reconocer como inútil. Ocurrió lo contrario de lo que esperaba. En lugar de dividir a los enemigos, estrechó entre ellos un lazo que los unió aún más. Juzgando acertadamente la terrible experiencia vivida, y teniendo prueba material de la servidumbre contra la cual se habían rebelado y que no había sido reconocida por sus opresores, los indígenas tenían ahora un solo corazón para odiarlo y un solo brazo para combatirlo.

Tal fue el efecto de la torpeza del Colono. Los éxitos pasajeros de la maldad no impiden que sea esencialmente ciega y estúpida: solo la bondad es inteligente. Sin embargo, según el consejo del

---

2. Hace referencia a Île de la Tortue (isla localizada al noroeste de Haití). (N. de B.A.).



Colono, el Capitán General publicó un acta que otorgaba la libertad a los indígenas que se alistaran bajo la bandera francesa contra la insurrección; o, lo que es lo mismo, a todos aquellos engañados que, por ser fieles al gobierno, traicionaran su propia causa y, en consecuencia, sus verdaderos intereses.

En otro edicto prometió recompensarlos por sus servicios cuando se restableciera la paz, otorgándoles su liberación definitiva y dándoles una pequeña cantidad de tierra que los convertiría en propietarios. Mas noten con cuidado que no era sino una promesa. Esta generosidad, en verdad mezquina, se haría esperar. En el fondo de su conciencia, el Capitán General y sus cómplices en el poder no hacían más que regatear. La necesidad los obligaba a negociar por su salvación, pero no era viable.

Por su lado, el Colono mostró un desinterés del cual no lo habríamos creído capaz. Renunció a sus derechos sobre aquellos que habían sido sus esclavos y que, en su mente, aún lo eran. Accedió a otorgarles gratuitamente la libertad *delante de un notario*. De este modo, varios certificados de emancipación fueron entregados y ratificados por el gobierno.

¿Qué había sido de la solemne emancipación de 1793 y del decreto, no menos solemne, de la Convención nacional de 1794?

Estaba claro para todos que la *esclavitud* existía en la colonia, sin el nombre.

Por voluntad divina, la mano que se aprestaba a escribir esta palabra impía se *marchitó*.

## MUERTE DEL CAPITÁN GENERAL

LOS DOS HERMANOS, al multiplicarse, habían hallado el secreto de cómo hacerse sentir por doquier. Su actividad solo podía compararse a su valor. Mientras cercaban la capital de la colonia, amenazaban o lograban capturar otros sitios.

El fuerte donde las tropas de Rómulo ya habían librado sus hermosas acciones, les fue cedido sin resistencia. Al evacuarlo, la tropa se sometió al sistema de concentración adoptado por el Capitán General. Los dos hermanos encontraron numerosas municiones, algo invaluable para ellos, dadas las circunstancias en las que se hallaban.

Se adueñaron de la ciudad<sup>1</sup> donde después de la victoria se proclamó la independencia de la isla. Estela, sabiendo que atacarían dicha plaza, se apresuró a dejar la montaña para prestarles el apoyo de su brazo invencible. A pesar de que la captura de una ciudad no entraba –lo sabemos– en el plan de campaña que ella había trazado para los dos hermanos, no podía abstenerse de tomar parte en la conquista de una plaza donde debía izarse el primer *estandarte de la patria*. Rómulo y Remo enviaron dos fuertes columnas

---

1. La ciudad de Gonaïves. (N. de A.B.A.).

de soldados que debían actuar simultáneamente para emprender el asalto. Una se presentó demasiado pronto y fue puesta en retirada; la otra vino después y habría corrido con la misma suerte. Cuando estaba a punto de retirarse, Estela llegó sosteniendo un estandarte que colocó sobre la muralla, agrupando a los fugitivos en torno a este signo de honor. Hacia el anochecer, el enemigo buscó asilo a bordo de sus naves, que se alejaron pronto, despidiéndose a cañonazos de los indígenas.

Después de la conquista de esta ciudad, que no fue jamás retomada, los dos hermanos envistieron otra plaza en el Norte<sup>2</sup>, donde mantuvieron inútilmente un sitio de ocho días. La capital también fue sitiada casi al mismo tiempo. La vanguardia francesa había sido aplastada y el *enemigo reducido a una estrecha defensa que guardaba las murallas de la ciudad*. Tropas provenientes de diversas guarniciones socorrieron por mar la plaza, que fue defendida por más de cuatro mil hombres. Los indígenas fueron vencidos y repelidos hasta una gran distancia.

Estos fracasos eran un castigo por el error que cometieron los dos hermanos, al seguir una práctica contraria a la teoría infalible de Estela en la conducción de la guerra. Ellos se vieron arrastrados por un impaciente furor, cometiendo infracciones que, lamentablemente, no serían las últimas. La joven perdonó su desobediencia en beneficio de la causa; ni siquiera se hallaba enfadada por estos pequeños reveses que más adelante los fortalecerían.

Sin embargo, la guerra se prolongaba debido a faltas similares que se repetían con frecuencia. Cada vez que los dos hermanos, cediendo a su natural impetuosidad, intentaban forzar una plaza bien defendida y recibían un duro golpe, se veían obligados a retirarse muy lejos para reorganizar sus rangos, en los que siempre se

---

2. La ciudad de Saint-Marc. (N. de A.B.A.).

introducía el desorden. Los franceses, entonces, no se inquietaban y tenían todo el tiempo de procurar reposo y víveres.

Por otro lado, las mujeres indígenas, cuyos padres, maridos, hijos y hermanos combatían bajo la bandera de la insurrección, desempeñaron simultáneamente el oficio de médicos y hermanas de la caridad en los pueblos, curando a los enfermos europeos con una gran generosidad. Contrarrestaron así la furia de una plaga que parecía creada por una fuerza que vengaba la esclavitud, aquella otra plaga de la humanidad. Los mismos soldados, que el celo de estas mujeres arrancaba hoy de la muerte, podían producir mañana huérfanos y viudas. Ellas lo sabían y su abnegación fue sin embargo tan grande, que el Capitán General no pudo abstenerse de rendirles un reconocimiento público y felicitarlas.

El período de fiebre amarilla estaba menguando cuando el Capitán General se vio afectado. Se diría que, habiendo saciado su furor entre los soldados y oficiales de la expedición cuyos rangos había diezmado rápidamente, la peste se reservó al gobernador de la colonia como una presa ilustre para cuando estuviera satisfecha de víctimas anónimas. Esta no habría de detenerse allí: su violencia disminuyó simplemente para luego redoblar en la temporada de calor, durando tanto como la guerra.

Retomemos el relato desde un poco más atrás.

La epidemia, dos meses después de su invasión y bajo la influencia de los días caniculares, adquirió mayor intensidad. Tanta gente pereció en esa época que apenas se alcanzaba a darle sepultura. Se arrojaban a los muertos desordenadamente en grandes fosas comunes que se llenaban muy pronto y que eran cubiertas con cal para, inmediatamente, cavar otras. Ninguno recibía los últimos honores. Se vieron forzados a suprimir los funerales. Los sepultureros recorrían a medianoche las calles y recogían los cadáveres depositados ante las puertas de las casas. Varios generales sucumbieron. Los

enfermos que recuperaban la salud debían la vida particularmente a esas *Samaritanas* cuya bondad era más infalible que la ciencia.

Mientras tanto, el Capitán General, librado del servicio público que él había simplificado debido al estado de sitio, confiando en la eficacia de las medidas tomadas, satisfecho del extremado celo de sus lugartenientes y seguro, sobre todo, de la cantidad de armas que les fueron arrancadas a los cultivadores, se retiró a la isla de la Tortuga para disfrutar de algún reposo y huir de la peste.

Esta pequeña isla, situada hacia el noroeste del antiguo Saint-Domingue, era una de sus dependencias. Se hallaba poblada y bien cultivada bajo los franceses. Se habían construido albergues para los enfermos del ejército expedicionario.

La Tortuga debe cierta celebridad a los aventureros, conocidos bajo el nombre de *bucaneros*, que la habitaron en una época remota. El clima era suave, el aire sano, su aspecto risueño. Mientras que en la *Gran tierra*<sup>3</sup> el sol del verano abrazaba la atmósfera de los poblados y calcinaba la sangre europea, en la pequeña isla reinaban frescas y constantes brisas que moderaban la canícula. La Tortuga rivalizaba en fertilidad con la isla principal, de la cual no se hallaba separada más que por un par de leguas marinas.

El gobernador de la colonia no pudo disfrutar por mucho tiempo de la dulce paz de este delicioso retiro. Los problemas, ocasionados por el desarme de los cultivadores y el rigor atroz al que estaban sometidos, fueron una continuación de aquellos en Saint-Domingue. El Capitán General precipitó su regreso y asumió inmediatamente la carga de los asuntos públicos. Carga que aumentó de peso por las conspiraciones que se veía obligado a sofocar.

---

3. En edición base escrito en bajas y cursiva *grand terre*. Hace referencia a la isla Guadeloupe, aún perteneciente a Francia, ubicada al sureste de Haití. (N. de B.A.).

Una aguda contrariedad lo agitaba. Se veía obligado a comenzar en el momento en que creía que todo estaba por concluir. Sus primeros esfuerzos habían sido fructíferos. Con Rómulo vencido, el país tranquilo y floreciente, las masas contenidas y en camino de ser totalmente desarmadas, el Capitán General esperaba lograr sin impedimentos la completa ejecución de sus *instrucciones secretas*. Mas he allí el momento en que, de golpe, la rebelión estalló. La paz estaba por reconquistarse y casi sin brazos armados: era una dura tarea que revelaba repentinamente la gravedad de la amenaza presentada por el alzamiento de los dos hermanos.

Ya hemos mencionado que la inquietud del gobernador de la colonia se hizo notar al proclamarse sobre este último acontecimiento. El Capitán General había sondeado la profundidad del abismo que se había abierto inopinadamente a sus pies y se sintió aterrorizado.

A pesar de ello, hizo frente a la tormenta, dictó sus órdenes, desplegó poderosos medios de represión, recorrió grandes distancias a caballo y pasó noches enteras en vigilia y meditación.

Demasiada actividad del cuerpo y del espíritu le hizo contraer la enfermedad que se manifestó con una corta fiebre, golpeándolo después con tanta fuerza que se acostó para no levantarse jamás.

Su fin fue valiente y digno. Condenó, en su última hora, *la finalidad de la expedición. Gimió ante una empresa realizada a costa de hombres y ejecutada por hombres dignos de una mejor suerte*<sup>4</sup>.

Estos sentimientos parecían inspirados por una justicia más alta, surgida del seno del tribunal supremo. Redimían los males

---

4. Paul de Lacroix [en realidad, el autor hace referencia a: Pamphile de Lacroix, *Mémoires pour servir a l'histoire de la révolution de Saint-Domingue. Par le lieutenant-générale Pamphile de Lacroix*, Paris, Chez Pillet Ainé, 1819]. (N. de É.B.).

de una vida que llegaba a su fin. Lloremos por el guerrero muerto lejos de su país, muerto por una causa tan mala. Su existencia pudo haber sido sacrificada de modo más útil y en otro sitio. Aquí la ofreció sin compensación, pues la colonia se había escapado de Francia. Murió joven. Treinta años separaban la tumba de su cuna. Nos dejamos conmover involuntariamente por este prematuro fin; lamentamos no poder exclamar, con el orador latino: *O fortunata mors quae naturae debita pro patria est potissimum reddita*<sup>5</sup>.

El ejército sintió dolorosamente esta pérdida, extrañando la presencia del jefe en medio de circunstancias casi desesperadas. Los soldados acompañaron con sus lamentaciones el ataúd del general hasta la madre patria, la cual pocos, ¡ay!, volverían a ver.

El Colono no lloró en absoluto: no era de naturaleza tierna y, además, encontraba que el gobernador fallecido había actuado muy tarde y con demasiada suavidad. De haber sido más severo, es decir, más cruel, seguramente habría restablecido la esclavitud antes de morir.

Hemos contado en otro capítulo algunos detalles sobre el gobierno que sucedió al de Rómulo. Estos permiten apreciar la conducta del Capitán General y su sistema de administración que, sin duda, no estuvo exento de rigores. La totalidad de estos detalles fue tomada de la historia. Después de leerla, nos preguntamos sinceramente qué más hubiera podido hacer el gobernador de la colonia, en cuanto a excesos, a no ser que hubiese sido Rochambeau.

Este nombre escapó a nuestra pluma. Digamos entonces que el Capitán General designó al general Rochambeau para reemplazarlo después de su muerte, como comandante en jefe del ejército y gobernador de la colonia.

---

5. "Dichosa la muerte que renuncia a la deuda de la naturaleza en beneficio de la patria" (Cicerón [Philippica, cuarta decima, XII]). (N. de É.B.).

La metrópoli apoyó esta elección y el Colono la aplaudió extasiado pues, según él, Rochambeau era el único capaz de conducir el timón en esta situación. Intentaremos dar a conocer al hombre a quien le fue confiado este puesto principal, de tan alta dignidad; aunque se trataba en realidad del más grande enemigo de la colonia.



## ROCHAMBEAU

LA DESIGNACIÓN de Rochambeau en el gobierno de Saint-Domingue fue un evento nefasto para la colonia. Afianzó a los indígenas en su resolución de morir con las armas en la mano o separarse de Francia si resultaban victoriosos. Nunca existió un jefe tan detestado y con tanta razón.

Aún se habla de él en el país para acusarlo y maldecirlo. Los sobrevivientes de la época lo pintan habitualmente vestido con un pantalón de cuero a media pierna, con un camisón que jamás se hallaba abotonado y que mantenía abierto sobre su pecho bajo el peso de las charreteras que le colgaban a cada lado, dándole un aire vulgar y poco elegante. No olvidan su pequeña estatura, sus rasgos angulosos, su mirada altanera, que complementan el retrato aproximado de su fealdad moral.

Como hemos relatado, el ejército expedicionario, desde su desembarco en la colonia, atacó un poblado<sup>1</sup> del cual se adueñó casi sin esfuerzo. La guarnición, a pesar de haberse rendido, fue pasada por el filo de la espada. El general que se mancilló con este crimen tuvo aún el bárbaro coraje de vanagloriarse: fue el general Rochambeau.

---

1. La ciudad de Port-Liberté [en realidad hace referencia a Fort-Liberté, zona ubicada al noreste de Haití]. (N. de A.B.A.).

Más tarde, en otro poblado<sup>2</sup> cercado por insurgentes, hizo pe-  
recer con una crueldad inaudita a cien hombres de un batallón  
contra el que tenía algunas sospechas. Estos hombres fueron en-  
cerrados en la bodega de una nave donde se encendió azufre, asfi-  
xiándolos por completo y procediendo inmediatamente a arrojar  
sus cadáveres al mar.

Apenas tuvo en sus manos las riendas de la colonia, le quitó  
la vida a un general<sup>3</sup>, como también a numerosos oficiales de  
bajo rango y a soldados que, acusados de *inacción*, habían sido  
arrestados por su antecesor. El general pudo ser enviado a Fran-  
cia y los oficiales y soldados debían permanecer en prisión por  
algún tiempo: eso era lo que había decidido el difunto jefe. Sin  
embargo, mientras esperaban por esta resolución, fueron deteni-  
dos a bordo de una nave de guerra. Rochambeau, ignorando lo ya  
establecido, los condenó al suplicio que más le complacía y una  
noche los vio desaparecer entre las olas.

Fue el preludio de su nuevo poder: bajo su gobierno, la situa-  
ción de la colonia podía compararse a la de una nave en apuros bajo  
la dirección de un piloto ebrio.

Llegaron fuerzas de Francia. El capitán general reunió los res-  
tos del ejército, desorganizado por la guerra y la epidemia, para  
crear batallones completos. Creó también otros batallones integra-  
dos por indígenas, de quienes hubiera sacado excelente partido si  
no hubiera sido tan detestado. Entre la causa de un jefe aborrecido  
y la libertad, la elección no estaba en duda: estos indígenas fueron  
muy pronto a nutrir la insurrección.

---

2. La ciudad de Jacmel (*idem*).

3. El general Maurepas, el mismo que se comportó valientemente en Port-de-  
Paix con la llegada de los franceses (*idem*).

Por su parte, los dos hermanos habían organizado a grupos tumultuosos, convirtiéndolos en tropas regulares que se entrenaban y se habituaban a la disciplina.

Rochambeau ordenó retomar una de las poblaciones del Norte que había caído recientemente en manos de los indígenas. Las tropas francesas se embarcaron en varias naves y alzaron vela en esa dirección. El ataque se llevó a cabo por mar y por tierra. Los indígenas se batieron virilmente, mas superados en número, evacuaron la plaza. Los franceses entraron a una ciudad en cenizas.

Rochambeau anunció pomposamente su éxito. El Colono exageró su importancia. Su confianza en el gobernador actual era irrefutable. Les escribió a sus amigos en París para rogarles que apoyaran *al jefe que hacía falta en Saint-Domingue y que el interés público reclamaba*.

Debemos decir que el apoyo de los amigos del Colono no le fue del todo inútil a Rochambeau, puesto que entre los generales de la expedición y los altos funcionarios de la isla, no contaba con muchos más amigos que entre los indígenas. Aquellos se encontraban igualmente indignados ante las atrocidades de las que eran testigos a diario y exigían retirarse, o declaraban formalmente en sus cartas al gobierno francés que la colonia estaba perdida.

Fue sin duda gracias a estos amigos influyentes —cuya voz era escuchada con demasiada frecuencia, empujando al gobierno de la metrópoli a cometer enormes faltas que serían posteriormente confesadas en la hora de la introspección y el arrepentimiento—, que el Colono logró liberarse momentáneamente de sus acreedores: un edicto consular publicado en esa época, le permitió pagar sus inmensas deudas después de cinco años, durante los cuales estuvo al abrigo de toda persecución.

Si los eventos posteriores no le permitieron disfrutar de esta inmunidad, por lo menos señalaban la buena intención de la madre

patria hacia él. El Colono continuó siendo el hijo predilecto de Francia, a pesar de sus maldades, de su ingratitud y de que, en otra época, le había abierto el país a las fuerzas extranjeras.

Rochambeau, sabiendo que tenía mucho que ganar congraciándose con el apreciado hijo de la metrópoli, no le negaba nada. Había además entre ellos ciertas semejanzas que lo hacían agradable al general, sin mayor dificultad. Debían entenderse muy bien y simpatizar entre sí, pues los dos eran viciosos, crueles y ambicionaban la esclavitud.

Rochambeau escribió, después de mucho tiempo, que luego de haber otorgado la libertad a los esclavos de Saint-Domingue, sería necesario emplear la vía de las armas para forzarlos a trabajar; es decir, para imponer la servidumbre. Buscaba la consumación de esta idea, si tal cosa pudiera considerarse como una idea en semejante hombre. Era más bien la expresión de su pasión por el mal lo que lo guiaba todo el tiempo y en todos sus actos.

Rochambeau vino por primera vez a Saint-Domingue en 1792. Circunstancias fortuitas hicieron que fuera nombrado provisionalmente como gobernador de la parte francesa de la isla. En esa época fue considerado por otros europeos como un ser *sin talento ni virtud*.

Encargado luego del mando en Martinique y expulsado por los ingleses, llegó a los Estados Unidos de América. Desde allí regresó a Francia, para finalmente volver a la colonia en 1796 como comandante en jefe de la parte española. Después de una corta estadía en la capital de Saint-Domingue, fue acusado por la autoridad francesa del lugar de *haberse convertido en centro de atracción de los malos ciudadanos*. Por esta razón, fue destituido y deportado. A su llegada a Burdeos fue puesto en prisión y permaneció en desgracia hasta 1800. La expedición de 1802 lo llevó de vuelta a la colonia. Su desembarco quedó sellado por un acto

feroz contra los prisioneros de guerra y, desde ese momento hasta el lugar en que nos hallamos en nuestro relato, su paso por doquier fue un evento siniestro.

Sin importar lo que haya escrito el Colono, era evidente que este jefe no era lo que se necesitaba para salvar el interés público que se hallaba en peligro.

No obstante, atendió las imperiosas necesidades de su administración, comenzando, como lo hemos señalado, por el viejo ejército que reorganizó para responder mejor a la defensa general, junto con las nuevas tropas venidas de Europa. Estos refuerzos que le llegaron sucesivamente, alcanzaron los doce mil hombres.

Las licencias para regresar a Francia, que su predecesor otorgaba a los oficiales y funcionarios civiles, fueron limitadas exclusivamente a los inválidos.

Supo alimentar a la capital e hizo suceder la abundancia a la escasez. Intentó ordenar las finanzas, cosa bastante difícil en esos tiempos de desorden general. Un funcionario del fisco fue arrestado y juzgado, pero no se logró nada con ello. El gobierno ensayó otros medios que resultaron también infructuosos. Por último, fatigado por la lucha, se puso a la cabeza de los depredadores.

El producto de este pillaje organizado le sirvió para satisfacer sus bochornosos amores.

Rochambeau tenía en común con el Colono sus hábitos licenciosos, que vueltos costumbres, se constituyeron en una de las plagas de la colonia.

.....

Era común en Saint-Domingue, como en todos los países con esclavos, tener numerosas concubinas fuera del matrimonio o en lugar de esos lazos legítimos. El Colono lo había establecido así para la completa satisfacción de sus apetitos brutales. Por lo gene-

ral, escogía a sus amantes dentro de esa clase de la población por la que sentía un soberano desprecio. Sus últimas esclavas fueron algunas veces el instrumento de su inmundo libertinaje. Le siguió un desbordamiento general, del cual no se hallaban exentas las mujeres europeas venidas a la colonia.

La esclavitud, la *gran inmoralidad*, no podía engendrar sino costumbres inmorales. Legó una especie de sedimento que permaneció en el fondo de las sociedades por mucho tiempo. Es comprensible que la civilización se atrase en su marcha al encontrarse con este fango. El progreso de estas sociedades contaminadas desde la cuna es necesariamente lento. ¡Pero su sucia huella dejó impresa su mancha indeleble en hombres pretendidamente civilizados que legaron tan solo sus vicios!

.....

Rochambeau, movido por su deshonestidad, encargó a un representante que negociara en una isla vecina a Saint-Domingue<sup>4</sup> un préstamo de seis millones de francos bajo una tasa usurera y, como forma de pago, entregó empréstitos franceses. Estos documentos especificaban que la suma prestada había sido recibida en su totalidad en dinero constante y sonante, pero en realidad no podía tocarse sino parcialmente y hasta pasados seis meses. La metrópoli se vería obligada a aceptar unas letras de cambio por un monto que supuestamente ya habían gastado los funcionarios. Pero el gobierno francés, demasiado inteligente para ser burlado con semejante ardid, no aceptó el préstamo y los empréstitos fueron anulados.

4. La isla de Jamaica. (N. de A.B.A.).

El enviado de Rochambeau tuvo que dirigirse a otra isla<sup>5</sup> para recibir una suma de dinero que había sido depositada por el Virrey de México, como préstamo al difunto Capitán General. El mismo enviado habría de cumplir otra misión muy delicada, de la cual hablaremos en su debido momento.

Entre tanto, el furor sanguinario de Rochambeau estalló en el Sur, en el departamento con menor presencia insurreccional. Muchos indígenas fueron sus víctimas y, entre ellos, muchos que habían dado muestras de simpatía hacia los franceses. Las prisiones al cuidado del jefe de ese departamento se desbordaron de sospechosos. Los suplicios cotidianos, totalmente injustificados, provocaron una revuelta en el corazón del pueblo. Esta fue sofocada por los representantes de Rochambeau, quienes se entregaron a excesos sin límites.

Qué cantidad de crímenes recaen sobre la vida de alguien destinado a morir por una bala de Leipzig.

---

5. La isla de Cuba. (N. de A.B.A.).

## EL BAILE

LOS DOS HERMANOS libraron combates con resultados más o menos afortunados. El conjunto de sus operaciones dio ocasión para éxitos y reveses, mientras que la insurrección se fortalecía y cobraba cuerpo. Los diferentes jefes de las bandas que actuaban aisladamente, unas contra otras, se organizaron bajo un poder único. El ejército fue constituido, en la medida de lo posible, en una tropa regular. Se designaron generales y después de la impetuosidad de las primeras revueltas, comenzaron a tomarse decisiones cuidadosas.

Mientras tanto, los indígenas se distinguían por su sorprendente vigor y audacia.

Algunas tropas francesas fueron enviadas hacia una población del Norte que se hallaba ocupada por los indígenas, tomándola, aunque no sin cierta dificultad. La expedición tenía como objetivo principal proteger la Tortuga, donde se había transferido a los enfermos del ejército, y mantener la libre comunicación entre esta pequeña isla y la capital de la colonia.

Los indígenas, que acababan de ceder forzosamente la plaza, intuyeron la intención del enemigo y se mantuvieron cerca para poder así hostigarlos. Su general<sup>1</sup>, hombre tan resuelto como em-

---

1. El general Capois. (N. de A.B.A.).



prendedor, concibió un proyecto arriesgado; mas, para ejecutarlo, era necesario ante todo tener pólvora. La consiguió con un sorpresivo ataque nocturno a un poblado vecino al sitio donde acampaban. Logró vaciar el polvorín del fuerte y pasó por las armas a toda la guarnición que se hallaba durmiendo. Después ordenó construir balsas de bambú atadas con lianas, sobre las que se colocaron ciento cincuenta hombres seleccionados entre sus tropas. Remolcados por dos embarcaciones ligeras, las balsas atravesaron el trecho de mar que separa Saint-Domingue de la Tortuga.

Partiendo al oscurecer, el destacamento desembarcó esa misma noche en la pequeña isla sublevando a los cultivadores, con cuyo auxilio atacó a la guarnición francesa, que fue dispersada. Aprovechando la ventaja instantánea, el destacamento liberó a los indígenas retenidos como prisioneros en la Tortuga y se arrojó sobre los enfermos, que hubieran sido exterminados uno por uno si la guarnición no se hubiera reconstituido a tiempo para socorrerlos. A su vez, el destacamento indígena entró en desorden. Las fuerzas francesas llegaron desde Saint-Domingue y los cultivadores, severamente castigados, retornaron a la calma. De los ciento cincuenta hombres que sembraron la muerte y el miedo en la pequeña isla pocos lograron salvarse; los otros pagaron con su vida sus empresas temerarias. Sin embargo, estos supieron inspirar entre la gente tal odio a la opresión, que no tardaron en sublevarse nuevamente. Los enfermos de la peste fueron degollados, con la excepción de un pequeño número que se vio obligado a dirigirse a Saint-Domingue.

En el intervalo, el general que acababa de realizar esta arriesgada expedición marchó contra el poblado que había perdido y que tuvo el honor de retomar. Defendida por varias fortificaciones, la plaza opuso una obstinada resistencia que no fue vencida gracias a la constancia y el valor.

Otro general<sup>2</sup> intentó, días antes, apoderarse de la capital. Obligado a retirarse, se detuvo en un lugar cercano que había fortificado. El enemigo lo persiguió para vencerlo en una segunda oportunidad, pero no tuvo el éxito suficiente como para evitar más tarde que aquel asaltara de nuevo la capital, apoyado por otros dos generales<sup>3</sup> y algunos batallones de tropas recién llegadas. Esta importante plaza contaba con numerosos defensores, tan experimentados como valientes. Los indígenas, a pesar de sus valerosos esfuerzos, fueron repelidos.

Rómulo y Remo, dirigiendo todas estas operaciones, persistían en el error de querer tomar a cualquier precio los poblados, sacrificando muchos hombres a esa manía que Estela ya había renunciado a sanar.

En el último asalto a la capital, los franceses capturaron a un oficial del ejército indígena que, para obtener su gracia, cometió la infamia de denunciar a un gran número de personas de la ciudad. Según él, estas personas se habían unido a los indígenas durante el combate. Rochambeau, más infame aun que ese cobarde, a pesar del hecho de que la conducta de las personas denunciadas había sido siempre irreprochable, las envió al suplicio y, junto con ellas, a su delator.

Todos estos eventos ocurrieron en el Norte, que desde hacía mucho tiempo se hallaba agitado. Al principio de la insurrección, el Sur apenas había respondido al llamado de los hermanos y se había lanzado apasionadamente a los brazos de los franceses, dado que había sufrido más que otros departamentos bajo el gobierno de Rómulo. Sin embargo, la región no podía ver con indiferencia que sus hijos fuesen ahogados y ahorcados sin motivo. En conse-

---

2. El general Romain. (N. de A.B.A.).

3. Los generales Clervaux y Christophe (*idem*).

cuencia, como hemos mencionado anteriormente, el descontento se tradujo en una sublevación de la ciudad principal; pero su único resultado fue producir un número elevado de víctimas que fueron lloradas por la población indígena. Tales suplicios despertaron un odio en masa que acabó con todas las simpatías con las que acogieron a los franceses al momento de su llegada. El departamento entero ardió en llamas. La cólera se manifestó en varios lugares a la vez, semejante al fuego que se enciende en las cuatro esquinas de un campo donde el arado trazará sus surcos. Estos fuegos, al extenderse, terminaron por encontrarse y formar uno solo. Así ocurrió en el departamento del Norte, donde el fuego ardió inicialmente, para luego contribuir con sus llamas al incendio universal que habría de desnudar el suelo de Saint-Domingue y sembrar la libertad de un nuevo pueblo en los surcos de su fecundo arado.

La insurrección en el Sur fue dirigida por un hombre<sup>4</sup> tan generoso como valiente. Cuando levantó el estandarte de la rebelión, sintiendo repugnancia frente al asesinato, optó por embarcar al jefe del departamento y a todos los europeos de la comarca principal donde se había alzado en armas. Poco después, se topó con una patrulla francesa: los oficiales y soldados hechos prisioneros solo fueron desarmados y conducidos al campo enemigo.

Al comienzo de esta guerra, un hombre<sup>5</sup>, que fue más tarde la personificación de nuestras glorias militares, tuvo la misma conducta magnánima hacia los franceses en el Norte.

Después de un vivo combate, dos poblaciones del Sur<sup>6</sup> cayeron en manos de un general<sup>7</sup>, que brilla entre nuestras primeras glorias militares. Muy pronto tuvo que defenderlas contra los

---

4. Férou, viejo jefe de batallón y, más tarde, general. (N. de A.B.A.).

5. Pétion (*idem*).

6. La ciudad de Anse-à-Veau y Miragoâne (*idem*).

7. El general Geffrard (*idem*).

franceses que regresaron con fuerza y no tuvo más remedio que abandonarlas. El choque violento que trató inútilmente de resistir, lo hizo retroceder hasta un lugar vecino. Allí supo que los suyos habían logrado una ventaja en el corazón del departamento que recientemente había abandonado. Dio aviso a uno de sus camaradas de armas<sup>8</sup>, también un general de renombre, para que se apresurara a llevarles algunas municiones y ofrecerles su colaboración, no menos preciosa. Ambos tomaron camino al Sur poniéndose a la cabeza de sus tropas reunidas, y fueron recibidos con entusiasmo.

Los indígenas se encontraron así en condiciones de oponerse como una masa compacta a un enemigo que todavía estaba dispuesto a enfrentarlos en batalla. Ellos fueron repelidos hasta la puerta de la ciudad principal, que asaltaron al día siguiente, logrando penetrarla. La tentación del pillaje generó desorden entre las tropas que fueron empujadas más allá de sus muros. Sin embargo, los actos de coraje individual marcaron este corto triunfo. Se destacó particularmente la conducta del joven jefe de un batallón, luego distinguido general<sup>9</sup>, que fue el último en ceder tras hacer ondear el *estandarte indígena* sobre la muralla que había conquistado, aun después de recibir una herida.

Al mismo tiempo, un general francés y mil doscientos hombres de infantería desembarcaron en otra población del Sur. Esta columna se puso en marcha con la certeza de purgar el departamento de todos los insurgentes que encontrara. Desde la comarca principal salieron refuerzos para secundarla, pero a pesar de la estrategia, sufrieron una larga penuria, en la que perecieron quinientos hombres. Su marcha no es sino una larga sucesión de combates. Presionado, fatigado y hostigado, el general francés se niega

---

8. El general Cangé. (N. de A.B.A.).

9. El general Francisque (*idem*).

a transportar a sus heridos, confiándolos al enemigo después de un acuerdo realizado bajo fuego. Los indígenas cuidaron de estos heridos tanto como a los suyos.

La libertad ganaba terreno. Sus defensores establecieron un campamento a cuatro leguas de la principal población del Sur, a fin de hostigarla sin cesar.

En una población del Oeste, un grupo de fogosos jóvenes concertaban para pronunciarse a favor de la insurrección cuando fueron denunciados. La autoridad ordenó una investigación a fin de conocer sus nombres. Estos, sabiendo que serían arrestados, se agruparon en torno al más intrépido de ellos, un capitán de dragones cuyo nombre es sinónimo de valentía y que se convirtió en su jefe. Se trataba de Lamarre, quien más tarde sería designado general y cuyo fin heroico e infeliz fue inmortalizado, para el pesar de la patria y la historia. Este convoca a todo aquel que sea su amigo y, desde el fuerte donde se ha retirado, ataca las tropas francesas alineadas en la *plaza de armas*. Desconcertadas por el movimiento súbito, las tropas se precipitan en desorden hacia la costa, donde las recibe una fragata que se halla anclada en el puerto. La fragata dispara sus cañones, mas el fuerte la obliga a levar ancla. El joven capitán captura la atención de los dos hermanos con estas acciones y recibe el gobierno de la ciudad que queda bajo su mando.

El desarrollo de los eventos habría de exaltar más y más las pasiones sanguinarias de Rochambeau, que se manifestarían en el Norte mediante atrocidades desconocidas hasta el momento. El Capitán General hizo transportar a los oficiales indígenas a un islote poblado de insectos, atándolos desnudos a los árboles y forzándolos a morir de hambre y sufrimiento. Muchos hombres fueron encerrados en sacos que eran arrastrados por enormes piedras hasta el fondo del mar. Otros fueron atados entre los mástiles de dos buques, para luego morir ahogados, sufriendo un doble supli-

cio. Una mujer y su marido fueron llevados a la horca. El hombre palideció ante la vista de la soga; la mujer, estoica y fuerte, se la colocó ella misma al cuello y animó a su marido, con su ejemplo y palabras, a sacrificar su vida por la libertad. Una madre, testigo del temor de sus dos hijas, que compartirían su triste suerte, les dijo: —Mis niñas, no lloren más, regocijense más bien de morir: nuestros cuerpos ya no producirán más esclavos.

Estos suplicios precedieron la partida de Rochambeau hacia el Oeste, donde transfirió el asiento del gobierno, para actuar más eficientemente contra los rebeldes de este departamento y del Sur.

Su entrada en la ciudad, que devino en capital del país, fue ocasión de una fiesta para aquellos que lo amaban o se le parecían. Luces brillantes marcaron el *regocijo público*. Desde el principio, el Capitán General satisfizo sus gustos depravados y se sació de impuras voluptuosidades. Ofreció un baile para las familias indígenas más notables de la ciudad, que hubieran preferido abstenerse de semejante honor, debido a las cosas terribles que habían acontecido y que les infundían un gran miedo y desolación en sus almas. Todos tenían algún miembro de su familia que había sido expuesto a los peligros de esta guerra, por lo tanto, nadie se hallaba dispuesto a divertirse. Además, tenían mucho que lamentar a consecuencia de la barbarie de aquel jefe, como para ir luego a bailar gustosamente frente a él. También temían que en ese baile fueran objeto de humillaciones, como tantas otras que ya habían sufrido. Sin embargo, la prudencia les recomendaba asistir.

En ese tiempo de atroces persecuciones, el más mínimo pretexto era suficiente para acarrear la muerte. Los indígenas sacrificaron excelentes razones por una razón mejor: su seguridad personal. El baile fue magnífico. El salón espléndido refulgía con sus ornamentos, sus velas y sus flores. Los invitados bailaron hasta la medianoche, cuando Rochambeau anunció que la fiesta con-

cluiría en otra sala, hacia la cual se dirigió. Lo siguieron a través de numerosas habitaciones iluminadas, hasta que llegaron a un salón decorado con tapices negros, sobre los que se desplegaban emblemas fúnebres, alumbrados por una lámpara sepulcral. En las esquinas del salón se hallaban varios ataúdes y un grupo de cantores invisibles pronunciaban cantos funerarios. Más de la mitad de los asistentes estaba preparada para este lúgubre espectáculo. Solo había permanecido oculto para las nacidas en el país, a quienes les aguardaba una sorpresa... Mientras estas retrocedían aterradas, gritando y a punto de desvanecerse, las mujeres europeas murmuraban maliciosamente entre ellas. Bajo la orden de Rochambeau, los cantos cesaron y con una voz amenazante dijo a las mujeres indígenas: —*Han asistido al funeral de sus esposos y sus hermanos.*

Las condenas a muerte del día siguiente justificaron aún más estas siniestras palabras.

## LOS PERROS

EL ENVIADO de Rochambeau, en dos islas vecinas a Saint-Domingue, estaba encargado –como lo hemos señalado–, de negociar un préstamo y de manejar una suma de dinero proveniente del virrey de México. Tuvo además una tercera misión, cuyo objeto ignora el lector. Este es el lugar para hablar de ella. Pero antes, que se nos permita rendir cuenta de las operaciones militares presididas por el Capitán General al llegar al Oeste.

Primero tuvo lugar el envío de tropas contra los indígenas, quienes ocupaban un fuerte alrededor de un sitio que no habían podido tomar y contra el cual libraban continuos ataques.

Otras tropas fueron despachadas a la misma vez contra un poblado que continuaba en poder de un joven oficial, que se dio a conocer por un golpe brillante.

Estas dos expediciones tuvieron resultados diferentes. La primera fue coronada con el éxito: un rudo combate desalojó la plaza amenazada por los indígenas, empujándolos hacia el interior del país.

La segunda fracasó: apenas se descubrieron las naves que transportaban a las tropas que atacarían la ciudad, el joven capitán a quien le fue confiada su protección decidió incendiarla sabiendo que no podría defenderla, y optó por apostarse cerca de allí en una



fortificación bien aprovisionada. Los franceses desembarcaron, atravesaron sin detenerse la ciudad en cenizas y asaltaron el fuerte vigorosamente con dos columnas. Los indígenas desplegaron igual vigor. Repelieron sucesivamente ambas columnas, las cuales sufrieron grandes pérdidas. Los franceses regresaron por mar hasta el centro de la provincia donde su general falleció debido a una herida que recibió durante el ataque al fuerte.

Este fracaso irritó a Rochambeau a tal punto que, sin la intervención de una honesta y valiente influencia, habría colmado el límite de sus crímenes degollando a todos los indígenas que encontrara a su alcance. Ordenó, sin embargo, aprisionar a la madre y a toda la familia del valeroso oficial que acababa de agraviar, y se vengó con las mujeres...

Regresemos a la misión de su enviado.

Consistía en la compra de perros especialmente entrenados para la caza de hombres. Estos perros debían ser llevados a Saint-Domingue para servir en la guerra contra los indígenas debido tanto a las emboscadas que los franceses jamás podían evitar, como para suplir las bajas que surgían entre la tropa y que los refuerzos venidos de Europa solo llenaban de modo insuficiente. La utilidad de estos animales estaba tan bien demostrada que el enviado no se molestó en regatear. Creía sin duda que había que pagarlos caro para que les resultaran buenos. De este modo, un centenar de perros le costó más de lo calculado. Envío una parte al Norte y el resto lo llevó él mismo al Oeste. Llegaron antes de la partida de Rochambeau hacia el departamento al que estaban destinados. El Capitán General, deseoso de ver si la adquisición respondía a sus expectativas, realizó un experimento que excitó la curiosidad de toda la población europea de la capital.

Como los perros habían costado una suma muy superior a lo que jamás habrían pagado los aficionados más extravagantes,

Rochambeau pensó que, por ese motivo, sus canes debían tener cualidades extraordinarias. Es decir, que fuesen a la vez perros de caza y de combate, que supieran advertir el rastro del enemigo y al mismo tiempo atacarlo, derribarlo y despedazarlo.

Entonces, para probar a su jauría, convirtió un patio en un anfiteatro con gradas, como esos lugares en los que los romanos asistían a combates entre gladiadores y bestias feroces. En un poste colocado en el centro de la arena se ató a un joven de origen africano: fue el desdichado que debía servir para el cruel *experimento*, y que estaba reservado como carnada para los perros. Las gradas se hallaban ocupadas por una multitud de hombres y mujeres ricamente ataviados. Rochambeau se encontraba en el sitio de honor, en medio de su estado mayor.

Se cuidó de hacer ayunar a los perros antes de lanzarlos contra la víctima. Estos, a pesar de estar hambrientos, lo olfatearon y siguieron de largo, no obstante la excitación y los gritos de sus guardianes. Hubo entonces una gran decepción entre los espectadores. Rochambeau sacudió su cabeza y parecía decirse: —Me han robado.

Un general francés, oficiosamente bárbaro, desenfundó su sable y lo atravesó en el cuerpo del joven negro, introduciendo luego el hocico de uno de los perros en la herida. Atraído por la sangre, el animal se resolvió a morder y los otros siguieron su ejemplo. La presa humana fue devorada en menos de cinco minutos y no quedaron sino huesos a los que se adherían algunos trozos de carne palpitante. Entonces retumbó un grito de *hurra* acompañado de aplausos frenéticos. Rochambeau sabía lo que hacía falta. Le atribuyó la indecisión anterior de los perros a la falta de costumbre y pensó que sería fácil familiarizarlos con el nuevo servicio que se les exigiría. Ordenó completar su educación y desarrollar en ellos el gusto por la carne humana.

Muy pronto fueron incluidos en un cuerpo del ejército que fue enviado contra los indígenas que se reunían en el campamento en la montaña. Estela citó a los dos hermanos. Sabía que la cuna de la insurrección sería atacada. No escatimó, indudablemente, ninguna precaución para la defensa colectiva. A pesar de contar consigo misma más que con numerosos batallones, decidió rodearse de la elite militar indígena, pues deseaba que la totalidad del ejército recibiera el fruto de la victoria. Las murallas que ella había levantado con sus propias manos eran indestructibles: el enemigo habría de chocar inútilmente contra esta sólida barrera. Sin embargo, exigía que los dos hermanos contribuyeran de un modo visible, real, a la salud del campamento, con la finalidad de entregarles toda la gloria. Para heredar estos trabajos de la hija del cielo, los hijos de la Africana estaban obligados a participar de manera enérgica. Al otorgarle sus dones, Estela deseaba que ambos pudieran presentarse ante todas las miradas y que, incluso sus enemigos, se viesan obligados a decir, al ver tales logros, que eran merecedores de la libertad.

En efecto, ¿quién osaría negar que los habitantes de la isla que fue llamada Saint-Domingue, habían adquirido honorable y legítimamente el derecho de ser libres, soberanos, independientes; de tener una tierra propia, de asumir un lugar en la gran familia de las naciones? Este derecho había sido reconocido solemnemente por la Francia liberal y justa. Muchos pueblos ocupaban un territorio más vasto en el globo; ninguno tenía un origen político más noble.

Las disposiciones tomadas para la defensa del campamento fueron ingeniosas y simples. Las tropas rodearon la muralla interior en dos filas; fuertes destacamentos se apostaron en el bosque para tender emboscadas a cada lado del camino y delante del río; el agua, detenida a pocos pasos del vado, había sido desviada por

completo de su curso mediante un dique de estacas; los soldados, dotados de hachas, se apostaron cerca del dique para poder romperlo a la señal debida; la ruta hacia la montaña se hallaba despejada y nivelada, como para invitar al enemigo a tomarla.

Cuando la división francesa apareció al otro lado del río, Estela les recordó a los dos hermanos sus ya confirmadas palabras de antaño, mientras señalaba a los perros: —Es tal la ceguera y la estupidez que utilizan perros para someterlos. ¿Entienden? Perros, verdaderos perros, transformados en soldados en contra de ustedes.

Rómulo y Remo sintieron vivamente esta humillación: sus corazones palpitaron de ira.

El enemigo avanza y los perros, colocados en la vanguardia, descubren las emboscadas, sobre las que se abre fuego sin parar, pero sin intentar penetrar el espesor del bosque que las escondía. Fueron terribles descargas ejecutadas con una regularidad, una coordinación perfecta. Estas revelaron a soldados expertos. Su arte era impecable, como si se tratara de la sabia ejecución de una *pequeña guerra*. Cubiertos por los árboles, agachados detrás de las rocas, acostados sobre la maleza, los indígenas admiraban, casi con seguridad, el talento de sus enemigos. Ellos no sabían disparar tan bien. Oídos en la distancia, sus embates se asemejaban remotamente a las detonaciones que producía el bambú al arder<sup>1</sup>; sin embargo, casi siempre acertaban. Antes de alcanzar el

---

1. Durante la guerra de liberación del país, los indígenas solían aproximarse al poblado de Cayes, en cuyos alrededores crecían enormes tallos de bambú, a los cuales prendían fuego. Estos árboles, como se sabe, son huecos y se dividen en múltiples nudos. Al consumirse, explotan de modo semejante al disparo de un fusil. Cuando se incendiaba un buen número de estos parecía verdaderamente que se escuchaba el fuego de una tropa. De este modo, los adversarios de los franceses los mantenían despiertos durante noches enteras y alimentaban con la fatiga la epidemia que los iba minando. (N. de A.B.A.).

campamento, el enemigo había perdido numerosos hombres y, en particular, oficiales.

Atravesaron el lecho del río desecado y subieron con seguridad. Combatieron a punta de mosquetes. Los franceses, sin contar con más que su valor, calaron la bayoneta delante de la fortificación que continuaba la descarga de fuego.

Creemos útil advertir que, en el caso de la emboscada, los perros dieron pocas muestras de un instinto guerrero, pasando ignominiosamente de la cabeza a la cola. La retaguardia consistía así en una jauría aullante y ladradora que apenas podía contenerse.

A pesar de todo, los atacantes llegaron hasta las murallas, donde una fuerza los hostigaba enérgicamente y sin cesar. La escalaron varias veces, siempre para descenderla. Por último, Estela, seguida de los dos hermanos y de toda la guarnición, salió impetuosamente a repelerlos hasta el pie de la montaña. Luego de empujarlos hasta el lecho del río, hasta el antiguo vado, rompieron el dique situado más arriba y el agua, con la fuerza de una avalancha, los envolvió en un torbellino, sumergiéndolos y arrastrándolos. Para colmar la desgracia, el pequeño número que escapó al acero y que el torrente no engulló, fue acosado en su desbandada por los perros que, no sabiendo distinguirlos de los indígenas –error excusable sobre todo en la huida–, los trató como a verdaderos enemigos.

A través de los años se vinculó este éxito al primer triunfo de los hermanos, otorgando una nueva fama a la montaña, que devino un lugar santo, como la memoria de la Africana que la había designado como campamento para sus hijos, y tan gloriosa como el nombre de la virgen que definió la victoria.

La noche del combate, Rómulo y Remo creyeron ver a su madre errando alrededor del campamento. No se les acercó; mas a su paso, adivinaron que se hallaba satisfecha, lo que bastó para regocijar el corazón de hombres inocentes y colmados de supersticiones.

La Africana se les había aparecido una vez en sus sueños para hacerles un reproche; su aire irritado y sus palabras amargas los afectaron dolorosamente. Ahora regresaba como un bondadoso fantasma para traer a ellos la dicha, para hacerles comprender que estaba orgullosa. En aquel momento su conciencia les reprochó haber abandonado el compromiso con la memoria de una madre tierna; ahora era nuevamente su conciencia la que los hacía dignos de ella. Esta madre resucitaría en la patria bien pronto para sus hijos, y entonces, ¡qué culto no habrían de rendirle!

Sin embargo, Rochambeau, sin poder contar con sus perros, se veía limitado a la fuerza de su tropa. Aunque no había perdido nada de su energía. Dotado de una voluntad inquebrantable, este jefe habría sido ilustre si no hubiera sido por su ferocidad. Sus enormes vicios le impedían distinguir eso que uno más admira en la voluntad de un hombre: el valor.

Un refuerzo de doce mil soldados llegados desde Europa le permitió al general en jefe continuar vigorosamente con sus operaciones. En el Sur, puso en acción un plan de campaña hábilmente concebido. Tres columnas, salidas de lugares distintos, debían converger hacia la capital de la provincia. Desde allí, partiría una cuarta columna para formar un círculo de acero en torno a los indígenas que acampaban a algunas leguas de allí, para así poder aplastarlos. Habría ocurrido de esa manera si hubieran sido sorprendidos pero, ¿cómo hallar desprevenidos a hombres tan atentos, que conscientes de la superioridad de sus enemigos, buscaban igualarlos, si no por la complejidad de sus formaciones, por lo menos en la rapidez de sus movimientos y con la disponibilidad de una población entera para las labores de espionaje? Los franceses no podían salvarse de las fatales emboscadas. Dos columnas fueron puestas en desbandada sin dificultad. La tercera resistió un poco más. Sostuvo un combate sangriento contra los indígenas en un montículo que

adquirió su nombre a partir de tal evento<sup>2</sup>, sirviendo de guardián imperecedero de los recuerdos de la guerra de independencia, tal como tantos otros lugares célebres del país. Los franceses, abatidos en ese lugar, perdieron trescientos hombres y un oficial en jefe, replegándose entonces en un poblado situado a varias leguas, tras del cual las naves de guerra los recogieron. La cuarta columna fue rodeada y habría sido destrozada en pedazos si otras tropas europeas no hubiesen llegado a tiempo para liberarla.

Los indígenas podían llamarse dueños del Sur, con la excepción de dos grandes ciudades y de algunas aldeas.

Se hallaban tan cerca del Oeste como del Norte. Su posición favorable contrastaba con la de los franceses; esta se había vuelto tan precaria que Rochambeau juzgó necesario despachar a un general para Francia, de manera que diese a conocer estas dificultades y consiguiera hombres y dinero lo antes posible.

La colonia, cuya producción era inversa al progreso de la guerra, llegó al punto de no tener nada que exportar. La falta de ingresos públicos, habiéndose secado sus fuentes, dejó al país desamparado. Se había abierto un abismo de necesidades que muy pronto devoró dos envíos de fondos desde la metrópoli. La hambruna reinaba en los lugares sitiados. Felizmente para los suyos, Rochambeau dejó el gobierno de la capital a generales franceses estimados por los indígenas. Estos moderados lugartenientes de un violento jefe, llegaron a entenderse con los cultivadores, quienes les proporcionaron toda suerte de alimentos que no eran sino contrabando de la insurrección.

En el Sur, amparados por una tregua, se abrió un mercado a las puertas de la capital del departamento para aprovisionar a la ciudad, que pudo así sostenerse por un poco más de tiempo.

---

2. La montaña de Karatas. (N. de A.B.A.).

Estela aprobó con entusiasmo la acción. Se había sentido impaciente ante las demoras que obstaculizaban las concesiones hechas al enemigo, pero le alegraba ver que los indígenas se honraban a sí mismos con sus demostraciones de generosidad.



## ÚLTIMOS ESFUERZOS

MIENTRAS SAINT-DOMINGUE era el teatro de tan graves acontecimientos, otro mucho más grave ocurría en Europa: se había roto el Tratado de Paz de Amiens y Francia desenvainaba nuevamente la espada contra su irreconciliable enemigo, Inglaterra.

Esta guerra europea absorbía el pensamiento, el interés y los medios de la metrópoli; Saint-Domingue debía ser ignorado y lo fue, en efecto: desde ese momento, no recibió más socorro de la madre patria.

Un nuevo y desafortunado incidente parecía anunciarle su próxima ruina. El general que Rochambeau había enviado a París con el fin de dar cuenta de la triste situación de la colonia, cayó en manos de los ingleses. Los detalles contenidos en los despachos que llevaba consigo les sirvieron a estos para informarse sobre el estado interno de Saint-Domingue.

Los ingleses ofrecieron entonces un apoyo *indirecto* a los indígenas bloqueando los puertos de la isla. Al mismo tiempo, los dos hermanos impulsaron con un creciente vigor sus operaciones para sitiar las poblaciones francesas, afligidas por la enfermedad y las privaciones.

Los hijos de la Africana habían impuesto sobre su ejército, diseminado a lo largo del país, un orden casi perfecto y una disciplina

lo suficientemente severa como para que se pudiera producir esa unidad de acción necesaria para obtener un gran resultado.

Crearon cuerpos de tropas que denominaron brigadas medias, con rangos precisos, a la manera de las tropas francesas. Su bandera era bicolor: una simplificación de la bandera francesa, a la cual habían sido fieles por tanto tiempo y a la que habían hecho victoriosa en la guerra contra las tropas extranjeras; y la que, de ahora en adelante, representaba una bandera enemiga; la de la esclavitud.

Los colores adoptados por los dos hermanos tenían el sentido que ya hemos intentado explicar y cuya significación política era la *independencia*.

Los franceses no tuvieron una idea precisa de los eventos hasta que vieron enarbolar este nuevo estandarte en el campamento de los insurgentes.

El vestido ensangrentado de la Africana, antigua evidencia de un crimen impune, era un signo de venganza que Estela permitió usar a los dos hermanos para reunir a sus soldados, a fin de comunicarles el aliento de una gran pasión. Una vez alcanzado el ímpetu, añadió otro color más al primer estandarte, para perpetuar el recuerdo de la gloriosa asociación que unió por siempre a los hijos de la Africana, haciéndolos dos veces hermanos.

Hasta ese momento, sus enemigos no creían encontrarse más que en presencia de una sedición. Grande fue su sorpresa y más grande su mortificación, cuando reconocieron una revolución en aquello que era su símbolo: la bandera.

Los franceses hicieron su última jugada con valor, mas sin oportunidades favorables. Un cambio de fortuna era imposible, pues sus pérdidas eran irreparables. Jugadores imprudentes, lo arriesgaron todo a la vez. La partida había sido demasiado fácil hasta ahora. Se hallaban tan confiados en su fuerza, que no contaron para nada con la mano todopoderosa que les estaba destinada.

Por una parte, la colonia era presa de dos elementos de destrucción: la epidemia y la guerra; por la otra, las vías de socorro se hallaban cerradas. He ahí el grano de arena providencial que habría de romper el carro del Colono.

Como durante el año anterior, la peste redobló su intensidad con la llegada de la canícula: los hospitales estaban repletos de enfermos europeos y, por lo tanto, el ejército se vio disminuido. Los dos hermanos azuzaron el fuego en medio de la vasta planicie cercana a la ciudad donde se hallaba Rochambeau y emprendieron sangrientos asaltos.

No obstante, fueron derrotados en varias contiendas. Esto significaba que los franceses habrían podido avanzar en su causa, pues no sabían cómo reemplazar a sus muertos. Las fuerzas europeas se desgastaban, se aniquilaban rápidamente, diezmadas cada día sin poder renovarse.

A consecuencia de la guerra declarada en Europa, el gobierno de la metrópoli le ordenó al Capitán General de Saint-Domingue que retomara su puesto en el Norte. La capital de la colonia era, por su posición geográfica, más favorable para las comunicaciones regulares con Francia, y por su situación natural, menos susceptible de ser bloqueada que la ciudad del Oeste donde Rochambeau se había instalado ya hacía cuatro meses.

De regreso a la capital, el Capitán General hizo saber que se mantenía el estado de sitio.

Declaró libre de impuestos todos los comestibles extranjeros que llegasen a Saint-Domingue, suponiendo que llegasen. En realidad, a no ser por alguna tregua u otro azar, el gobierno de la colonia no podía realmente esperar que algo así sucediera. La falta de artículos de exportación para el intercambio comercial y el bloqueo establecido por los ingleses eran razones suficientes para que los puertos se hallasen completamente desiertos.

En cuanto al cuidado, en apariencia superfluo, que puso en anunciar que el estado de sitio se prolongaba, fue con la doble intención de presionar a los comerciantes y extorsionarles el dinero que reclamaba su gobierno, tan escaso en recursos.

Por medio de una proclama, el Capitán General informó al país que la guerra se había reiniciado entre Inglaterra y Francia, expresando cuanto creyó oportuno para elevar la moral de los soldados y calmar las inquietudes del Colono.

A pesar de la voz oficial de aliento, el asesino de la Africana se sintió con pocas esperanzas. Los eventos no dejaban lugar para la ilusión: sentía una aprehensión siniestra y temblaba.

La pusilanimidad no era la menor de sus enfermedades morales. Tenía la debilidad de alma característica de las naturalezas egoístas y vanas. Quien se muestra orgulloso y cruel en la prosperidad es generalmente tímido y acallado en la adversidad. El verdadero valor se alía a la generosidad y es la bondad quien lo engendra.

La esperanza de los dos hermanos se acrecentaba con la desesperanza del Colono. Asediaban las grandes ciudades para forzar al enemigo a que les abrieran las puertas.

Una de ellas, situada al Oeste, se rindió aunque la guarnición se refugió en una nave de guerra.

Los pocos lugares del Norte que aún resistían se hallaban a punto de capitular. El estrecho espacio ocupado por Rochambeau era como la parte indispensable de un mostrador donde se coloca un hombre de negocios en apuros para terminar de arreglar sus cuentas.

Mientras se encontraba en esta situación extrema, sus propios compatriotas conspiraron para expulsarlo de Saint-Domingue, cansados de la tiranía feroz de la cual eran víctimas.

Los generales franceses que tramaban este complot tenían la esperanza de alcanzar el poder después de expulsar a Rochambeau,

atrayendo a los indígenas al proponerles una reconciliación. Esta esperanza, no obstante, se hallaba mal fundada. Ya no existía la posibilidad de acercamiento entre las dos razas humanas que luchaban en la colonia. Rochambeau se había tornado odioso para los hijos de Saint-Domingue después de haber cometido todos los excesos posibles. Digámoslo bien alto: fue a sus atrocidades inauditas a las que debemos atribuir, en gran parte, las terribles represalias que tomaron más tarde los indígenas vencedores contra sus enemigos. Pero los dos hermanos odiaban más la esclavitud de lo que execraban a Rochambeau; por esta razón, una vez desaparecido este jefe, el problema continuaba siendo el mismo; era un *problema de vida o muerte*.

Sin embargo, el complot fue descubierto y los generales que lo conjuraron, sufrieron la pena de deportación a Francia. Tal era el temor infundido en el ejército por el despotismo del jefe, que no osaron murmurar la solicitud de que regresaran estos generales, a pesar de serles tan necesarios. Otros fueron embarcados poco después, por haber tenido una conducta demasiado moderada o un lenguaje excesivamente duro hacia el gobernador.

Aun así, una ciudad<sup>1</sup> importante del Sur fue rendida a los indígenas. Era la ciudad predilecta del Colono; aquella que había entregado primero a los ingleses y la cual por último abandonaron; aquella donde se conservó por más tiempo su influencia y donde se perpetuó el recuerdo de su perfidia. El Colono sintió mucho la pérdida de este viejo campo de batalla y lugar de la traición; se sintió desesperado. Al alejarse de la ciudad, la guarnición francesa fue hecha prisionera por los ingleses.

Dos plazas del Norte se rindieron hacia la misma época. En una<sup>2</sup>, los indígenas caracterizaron su presencia por el desorden; en

---

1. La ciudad de Jérémie. (N. de A.B.A.).

2. La ciudad de Saint-Marc (*idem*).

la otra<sup>3</sup>, los ingleses dieron un ejemplo de magnanimidad verdaderamente hermoso, aunque incompleto.

El general francés que comandaba esta última ciudad fue despojado de su ejército mediante un ardid. Un barco de guerra inglés se presentó frente al puerto, forzó su entrada y se apropió de un navío francés que se encontraba anclado y cuya tripulación había sido diezmada por la fiebre amarilla. Cuando los ingleses se preparaban para hacer prisionera a la tropa, se enteraron de que se hallaba privada de su general. Esta consideración pesó en el espíritu del capitán inglés. Reflexionó sobre el daño que le había hecho a la defensa la ausencia de aquel que debía ser su alma. Los soldados sin jefe no eran para él un enemigo, sino desdichados que debía socorrer. Entonces decidió llevarlos a su barco y los transportó a la capital del país. El gesto habría sido sublime si no hubiese reclamado la entrega del general francés, hecho prisionero por los indígenas en contra del derecho internacional, para luego apresarlo en violación de esa misma ley.

Un poblado<sup>4</sup> del Oeste capituló casi en la misma época. La guarnición francesa huyó hacia la antigua parte española. Los indígenas que tomaron posesión de la plaza se abstuvieron de toda violencia, aunque se vieron consternados por un acontecimiento que resultó funesto para la población europea del lugar. Al dejar el poblado, un oficial francés había sembrado pólvora en el fortín que los indígenas ocuparon durante la noche, sin la menor sospecha. El fuego de un cigarro encendió dicha pólvora y produjo una explosión que fue mortal para muchos de ellos. Por un momento, la soldadesca quiso castigar a los inocentes, mas fue contenida por la voz de los jefes. ¡La sabiduría que siempre se impuso entre los dos hermanos fue del agrado de Dios!

---

3. La ciudad de Port-Liberté (*idem*).

4. La ciudad de Jacmel (*idem*).

La capital del departamento Oeste se inclinaba a claudicar. La moderación de los indígenas, dueños de una plaza cercana, impulsaba tal disposición en los habitantes del lugar. Por otro lado, la hambruna comenzaba a sentirse. Escaseaban los comestibles traídos desde afuera y era necesario ir todos los días lejos para conseguir algunos víveres de la región. Este era un modo difícil de aprovisionarse. Exigía *salidas* reales. Era igualmente necesario tomar medidas similares para restablecer el curso de los ríos que alimentaban las fuentes, dado que el enemigo los desviaba de su curso. Dos grupos europeos se disputaban por influir en el lugar: uno exigía la evacuación; otro quería resistir mientras la resistencia fuera posible. Este último grupo era el de Rochambeau, que se impuso sobre sus contrarios, y cuyos jefes huyeron de la colonia. Los indígenas del poblado, sometidos entonces a una espantosa tiranía, enviaron una misiva secreta a los hijos de la Africana para pedirles socorro.

La guerra llegó a su fin. Los franceses habrían de ceder: estos eran sus últimos esfuerzos.

## PARTIDA DEL EJÉRCITO FRANCÉS

ESTELA reunió a Rómulo y Remo bajo su tienda, sabiendo que la hora de la victoria se hallaba cerca y a fin de prepararlos para la clemencia. Les informó largamente sobre los deberes que la humanidad imponía hacia los vencidos y concluyó con estas palabras, plenas de misericordia:

—Tienen justamente de qué lamentarse; por la barbarie de sus antiguos opresores; por la iniquidad de un gobierno que, después de haber reconocido solemnemente su libertad, intentó criminalmente arrebatárselas. Numerosas y recientes atrocidades se suman a las causas de este odio y les incitan a la venganza. Muy pronto serán vencedores; no manchen sus laureles con una sangre vertida fuera del campo de batalla: el asesinato deshonra y no logra vengar nada. Perdonen, sobre todo, a esos soldados que no les hacen la guerra sino por serles fiel a sus banderas y por obedecer a sus jefes, pero que en realidad no son sus enemigos.

Los dos hermanos escucharon respetuosamente las exhortaciones de la hija del cielo; pero no hicieron, al retirarse, ninguna promesa. Se dirigieron hacia el poblado que los llamaba.

Bajo las órdenes de estos jefes, cuatro brigadas y varios batallones se detuvieron cerca de las murallas de la plaza e interceptaron sus comunicaciones principales. Un convoy con víveres,



escoltado por setecientos hombres del cuerpo más renombrado del ejército expedicionario y compuesto de valientes tropas, se hallaba en camino a la ciudad cuando se enteró de que un grupo de fuerzas superiores les bloqueaba el camino. Tenían la libertad de regresar sobre sus pasos y llegar a una población desde la cual podrían alcanzar, al cabo de poca marcha, el antiguo territorio español. Prefirieron avanzar: el oficial<sup>1</sup> que comandaba la escolta no sabía retroceder ante el peligro. Sus cabellos blancos contrastaban con su temeridad e impetuosidad. Su brillante reputación de valor quedó consagrada en el país.

Resueltos a proseguir con su marcha, los franceses comprendieron la imposibilidad de continuar por el camino principal, por lo que se lanzaron por caminos indirectos, avanzando a través de plantaciones y sabanas. Los indígenas enviaron tropas contra ellos para atacarlos, unas al frente, otras a un flanco, otras por la retaguardia. Les arrebataron dos cañones y toda su artillería, sin lograr intimidarlos. Continuaron su marcha ordenadamente, aunque debilitados por sus enormes pérdidas. Un poco más adelante, una carga de caballería los debilitó aún más. Fueron arrollados por un último golpe. Sin embargo, un puñado de hombres, con su coronel a la cabeza, arribaron a las puertas de la ciudad y fueron recibidos por los aplausos de amigos y enemigos.

Varios refugios, establecidos por los franceses a poca distancia de aquel lugar, para facilitar las comunicaciones, cayeron en manos de los indígenas, junto con cuatrocientos prisioneros franceses, prisioneros de guerra, que fueron entregados al suplicio. Este crimen fue el precursor de todos aquellos que muy pronto se conocieron. El discurso caritativo de Estela buscaba prevenir este desenlace, pero el odio era sordo a la piedad.

---

1. El coronel francés Lux. (N. de A.B.A.).

Los indígenas se acercaron para asaltar la plaza. Apostaron dos baterías para dominar los alrededores; establecieron posiciones junto a las murallas, a pesar del fuego mortal que provenía del fuerte, armado con cañones de gran calibre. Completamente privados del agua de las fuentes, obligados a usar otra de un pozo apenas potable y sin recibir víveres de ningún sitio, era probable que la plaza no se mantuviera por largo tiempo.

Sin embargo, una bala de cañón lanzada por los indígenas dio contra un hospital repleto de europeos enfermos. Estos emprendieron la huida en todas las direcciones; la mayoría sin vestido y causando tal alarma en medio del pueblo que los gritos de consternación de las mujeres se transformaron prontamente en una escena de pavor, bajo cuya impresión la autoridad decidió capitular. Entonces, se reunió un consejo integrado por cierto número de hombres y se les comunicó el proyecto, el cual adoptaron. Uno de ellos fue encargado de comunicar verbalmente la propuesta a los indígenas con los cuales se entendió fácilmente. Dieron cuatro días para que los franceses evacuaran la plaza. Entregaron y recibieron un rehén.

Los acuerdos realizados fueron religiosamente observados entre ambas partes. El enemigo capituló la ciudad al cabo de cuatro días. Partió en naves, que fueron casi todas capturadas. Su general y sus oficiales principales huyeron en los barcos ingleses, pudiendo embarcarse en una isla cercana; mas al cabo de poco tiempo fueron víctimas de una tempestad, por lo que regresaron a la parte de Saint-Domingue que había pertenecido a España. De este modo, los restos del ejército expedicionario no escaparon a la cólera de los indígenas sino para caer prisioneros de Inglaterra o para ser presas del océano. Qué decir de esta fatalidad, sino que la causa impía que había impulsado a este ejército, aunque opuesta a sus convicciones, les había traído la desdicha.

Antes de partir de Saint-Domingue, el viejo coronel que sirvió a la cabeza de la tropa invencible que escoltaba el convoy de víveres y que resistió tan valientemente a los dos hermanos, les quiso expresar su respeto haciéndoles una visita en su campamento. Los valientes forman una familia aparte, que no es de ningún país ni de ninguna raza. El oficial francés fue recibido con distinción. Rómulo lo llenó de elogios y alabó su bravura. Le sorprendió particularmente al hijo de la Africana el hecho de que este se hubiese expuesto tanto, sin haber recibido ninguna herida. Atribuyendo inocentemente este hecho a una causa sobrenatural, se lo comunicó al oficial francés para hacerle un halago adicional.

Rómulo era el comandante en jefe del ejército indígena. Su hermano, a partir de los eventos que cambiaron la faz del país, le encargó la responsabilidad de ese puesto principal, decisión que fue confirmada por Estela.

Remo se propuso borrar las fuertes aprehensiones generadas por la conducta pasada de su hermano, logrando abogar exitosamente en su favor y reconciliando a todos los espíritus. No se limitó únicamente a predicar la obediencia al jefe; él era el primero en obedecerlo y su ejemplo fue generalmente seguido. No había discusión en torno a este asunto. ¿Qué había sido de aquella vieja sentencia del Colono, según la cual el hijo menor de la Africana celaba la autoridad de su hermano y detestaba obedecerlo? Pues, quedaba como lo que siempre había sido y lo que sería por toda la eternidad: una miserable calumnia, una vergonzosa mentira.

Los indígenas tomaron posesión de la capital del departamento Oeste sin causar el menor desorden y reprimieron algunos actos de pillaje tan pronto como se manifestaron. El ejército se contuvo en los límites de una severa disciplina, a pesar de que los soldados experimentaban grandes privaciones y de que su desnudez ponía en evidencia sus grandes necesidades.

Tuvieron una conducta no menos loable en la principal ciudad del Sur, adonde ingresaron durante la misma época, tras la capitulación firmada por los franceses con sus enemigos de ultramar. La guarnición francesa devino prisionera de los ingleses, bajo condición de que sus enfermos y heridos fuesen transportados en naves mercantes hasta otro lugar de la isla, lo que fue hecho.

La defensa se hallaba ahora circunscrita a dos ciudades del Norte. Los indígenas reunirían todas sus fuerzas contra estas ciudades para darle al enemigo, como suele decirse, un golpe de gracia.

Se esperaba la llegada de Rochambeau, quien tenía que responder a urgentes asuntos públicos y quien, como lo hemos dicho, no había decretado el estado de sitio, aunque este *ya existía de facto*. El gobierno se hallaba sin recursos. Sometió entonces a todos los habitantes de la capital de la colonia a un impuesto extraordinario que se debía liquidar en las cortes, en un término de *dos horas*. La autoridad local estaba encargada de fijar la suma a pagar por cada habitante, según su fortuna. Ocho comerciantes recibieron impuestos separadamente. El Capitán General los consideraba sospechosos de haber censurado sus actos y de ser cómplices de aquellos generales que habían conspirado para sacarlo de la colonia. Resolvió hacerlos *pagar* por ello. Fue su voluntad que estos comerciantes contribuyeran con una suma considerable. Tres la entregaron prestamente; los cinco restantes, al rehusarse, fueron puestos en prisión. De estos, tres fueron liberados con mucho sacrificio, mas uno, totalmente arruinado, perdió la razón. Los otros dos no tenían dinero ni modo de procurárselo rápidamente. Rochambeau lo sabía. Deseando vengarse de alguno, ordenó su ejecución. Un hermano de este poseía una tienda y ofreció inútilmente toda su mercancía como pago por la suma exigida. Otras personas generosas pidieron el tiempo necesario para reunir dinero y contribuir. El Capitán General fingía rendirse a sus ruegos

y, mientras la caridad hacía sus diligencias, el prisionero era conducido a poca distancia del gobernador, donde sería fusilado. El último fue puesto en libertad sin fianza.

Fue con un europeo, francés como él, con quien Rochambeau sació su ira sanguinaria. Allí no hubo represalias por parte de los indígenas, mas, ¡qué despliegue de ferocidad se sumó a tantas otras injurias! ¡Qué funesto ejemplo de demencia cruel!

La población donde se consumó el asesinato permaneció en estado de estupor. Rochambeau, por su parte, conservaba un porte sereno, aunque esperaba recibir pronto todo el peso de la embestida enemiga.

Se dice que su tropa útil no contaba con más de cinco mil hombres y que cuando varios de los suyos lo instaron a abandonar la plaza y a refugiarse en la parte oriental de la isla, él rechazó con burlas ese tímido consejo. Fue un acto de valerosa resolución que, además, no debía sorprender de su parte. Había en él un general y un hombre. El primero no carecía ni de valor ni de talento, más allá del modo en que se lo hubiera juzgado en la época de su primer viaje a Saint-Domingue, como ya hemos comentado. El segundo era sanguinario y carecía de virtud. Los vicios de uno borraban el mérito del otro. El hombre dominaba al general: he ahí la razón por la cual se hizo maldecir.

Los indígenas, al no tener más guerra que librar en el Oeste ni en el Sur, se abalanzaron en masa hacia el Norte, donde una última campaña habría de decidir la suerte de la colonia. Marcharon bajo la dirección de Rómulo.

El ejército era hermoso, no por su atuendo o su disciplina, sino por su actitud y número: se elevaba a más de veinte mil hombres. La guerra había convertido a los voluntarios de la independencia en verdaderos soldados. Se habían formado en la escuela del peligro. La costumbre al fuego y el odio a la esclavitud habían engendrado

en ellos un soberano desprecio hacia la muerte. No había uno de esos hombres que no estuviera dispuesto a dar la vida por la libertad.

Hacía trece años que se combatía en Saint-Domingue. No todos los oficiales de la armada indígena tenían la misma edad militar. Los veteranos de la revolución se dieron a conocer en los años 1790 y 1791. Sus títulos eran de la época de la república francesa, cuando habían sido sus seguidores entusiastas y patriotas exaltados. Solo consideraron la independencia después de que les enseñaron a no tener fe en la metrópoli. Acusar a Francia de no haber sabido aprovechar estos preciosos elementos que le habrían asegurado por siempre la posesión de su más rica colonia, sería repetir lo que ya hemos dicho en el curso de esta novela y volver eternamente a los hechos de un pasado sin retorno. La hora de las lamentaciones ha pasado. La hora presente es la de la historia, ¡que también sea la hora de la apoteosis de los más grandes hombres de nuestro país!

Los oficiales menos antiguos recibieron sus primeros grados durante los días nefastos de nuestras luchas intestinas. Habían merecido esas distinciones y lo probaron. Mas, ¡y esto es visiblemente el designio de Dios!, la guerra civil a la cual la metrópoli no era ajena y que fue el resultado de sus propios funcionarios ejerció a la mitad de la población civil de Saint-Domingue en el combate y produjo guerreros que parecían formados expresamente para oponerse luego a la voluntad criminal de Francia. Fue tal vez en este sentido que tal guerra fue útil, sin dejar de ser, después de todo, una calamidad pública, una aflicción general, un deshonor para los artífices de esta espantosa discordia, una vergüenza, un remordimiento para los dos hermanos.

Los oficiales más jóvenes del ejército indígena debían sus charreretas a la guerra actual. Después de haberse iniciado esta, ellos

tomaron activamente parte en la lucha que concluirían. Figurarían en el triunfo de la revolución y se sentarían en el banquete de la naciente patria. Los títulos de su gloria, por ser más recientes, no eran menos hermosos ni menos legítimos.

Tales eran los miembros principales de ese cuerpo colosal que se animaba como un reptil gigantesco mientras se encaminaba hacia la capital.

Esta plaza se hallaba protegida por una poderosa línea de fortificaciones exteriores. Constaba de tres a cuatro refugios o garitas atrincheradas, las cuales fueron construidas sobre montículos elevados donde se erizaban cañones de gran calibre, bajo el cuidado de fuertes guarniciones.

Era necesario marchar contra esos bastiones.

Los indígenas dirigieron una batería contra una de las fortificaciones enemigas. Se inició el fuego.

Con el primer cañonazo, Rochambeau salió de la ciudad, a la cabeza de sus mejores tropas, caballería e infantería. Se mantuvo observando sin perder ningún detalle de la acción de la que dependía la salvación de la capital. Trajo consigo una pieza de artillería que disparó sin cesar.

Entre la plaza y las fortificaciones en cuestión, existía un lugar que los franceses se habían descuidado de ocupar y que sus adversarios consideraban de gran importancia, dado que desde allí podrían aislar la ciudad de las fortificaciones exteriores, adueñándose de ellas.

Mas la posición no era fácil de alcanzar. Los indígenas tenían en su contra el fuego cruzado del enemigo, la artillería y la mosquetería de las garitas, además del cañón de Rochambeau. A todo esto se unía la dificultad del terreno. Solo prestaron atención a los obstáculos a fin de poder vencerlos mejor. Nada se comparaba a su entusiasmo.

El ejército se dividía de la siguiente manera: la vanguardia, apoyada de una caballería dispuesta a confrontar a su contraparte enemiga, obedecía a un general<sup>2</sup> de valor comprobado. Los principales cuerpos de ataque estaban dirigidos por dos generales<sup>3</sup> igualmente valerosos. Un intrépido general<sup>4</sup> dirigía la retaguardia; otro<sup>5</sup>, que había recibido justamente el título de *El Valiente*, comandaba la reserva.

La tropa se debilitaba. Rómulo les habló; les señaló con el dedo la posición que era necesario tomar, aunque *tuvieran que perecer uno a uno*.

Y dictadas estas órdenes, confiando en el valor de sus tropas, el hijo de la Africana se sentó sobre una roca, esperando un resultado que para él era indudable.

Los indígenas marcharon con sus armas bajo el brazo, tal como lo hacían habitualmente los franceses, sus enemigos, a quienes habían aprendido a imitar al combatirlos, de quienes muchos eran descendientes y todos discípulos, y a los cuales sabían honrar como lo merecían los primeros soldados del mundo.

Todos los puestos dispararon al unísono contra la tropa de Rómulo. La metralla desgarró sus rangos; la mosquetería la diezma; desaparecen filas enteras, sin embargo, avanzan con paso firme. La vanguardia se encuentra al pie de la fortificación más cercana al camino. Los soldados sufren bajo un terrible fuego y se manifiestan ciertas dudas. Su general los sostiene y los presiona. Intentan reanudar vigorosamente su paso, pero la artillería enemiga multiplica sus golpes, sembrando la confusión entre sus filas. El desorden entre los indígenas parece querer convertirse en huida.

---

2. El general Capois. (N. de A.B.A.).

3. Los generales Clervaux y Vergel (*idem*).

4. El general Cangé (*idem*).

5. El general Gabart (*idem*).



Los franceses salen entonces de sus trincheras y se aprestan a perseguirlos. No tuvieron la oportunidad. La valerosa vanguardia, llevada prontamente por su general a reiniciar el fuego, los obligó a volver a entrar en la fortificación, contra la cual se precipitaron con furor. La artillería y mosquetería vomitaban hierro y llamas. El infatigable entusiasmo de los indígenas por remontar esa corriente de fuego, sus esfuerzos desesperados, su empeño, su rabia, todos los prodigios de una heroica constancia, toda la furia del ataque y la defensa, toda la incertidumbre de la victoria, estallaron en ese combate y formaron un espectáculo digno de interés que absorbió la atención de los dos campos.

La vanguardia, retrocediendo varias veces y varias veces volviendo a la carga, ni ganó ni perdió terreno.

La impaciencia de su general aumentó: pronunció una arenga y se lanzó impetuosamente contra una batería que vio desprotegida. Se le podía observar a lo lejos, apretando sus espuelas a los flancos de su caballo, que se precipitó a la cabeza de la columna. Esta emprendió el asalto y estaba ya alcanzando la muralla cuando una terrible descarga la llevó a retroceder. El caballo del general murió en el acto y este rodó con el animal por el medio del camino. Todos lo creían muerto como el animal, pero se levantó, polvoriento y ensangrentado, agitando su espada y comandando: —*¡Adelante!*... Repentinamente se escuchó un ruido del lado donde se hallaba Rochambeau. Su ejército gritó espontáneamente: —*¡Bravo!* Un redoble de tambores siguió a este grito. El combate cesó instantáneamente y un capitán francés se acercó, en nombre del Capitán General, para felicitar al general que se  *cubrió de tanta gloria*.

El cumplido era halagador, sobre todo en boca de Rochambeau. Ya hemos rendido justicia a su valor; cualidad a la que se sumaban desdichadamente vicios sin reparo. Reconocemos también el gallardo entusiasmo que lo llevó a reconocer y a apreciar

ese acto de heroísmo. Al partir de Saint-Domingue, recordó a ese general que había suscitado de tal modo su admiración y le envió, como última señal de su estimación, uno de sus hermosos caballos de batalla.

El combate, interrumpido por un momento, se reinició. Los cuerpos de ataque se dispusieron a apoyar a esta vanguardia valerosa que había sufrido tan cruelmente. Le siguieron, sucesivamente, la retaguardia y la reserva. Al final, forzaron su paso y la posición que decidiría todo cayó en poder de los indígenas.

Apenas la conquistaron, se empeñaron en ponerse a cubierto. Mas, al mismo tiempo, era necesario resistir al enemigo, cuyos esfuerzos se concentraban totalmente en desalojarlos: su sangre enrojeció el terreno.

En el momento más álgido de la lucha se inició una lluvia abundante que extinguió las baterías e hizo imposible el uso de los fusiles. La tormenta del cielo puso fin a la tormenta de la tierra. Ya casi había anochecido. El combate había durado cerca de doce horas.

Después de la tormenta, Rómulo se colocó en medio de las tropas que habían recibido los honores de este día sangriento, *cuando los generales lanzaron un intrépido asalto junto a los soldados*. Él alabó su conducta honorable. El combate debía reiniciarse al amanecer del día siguiente. Dictó las órdenes necesarias y se dirigió a su cuartel general.

Por su parte, Rochambeau regresó a la ciudad, concibiendo inmediatamente la capitulación. Hacer resistencia carecía de sentido: él había sido testigo de la resolución de los indígenas y no quedaba sino esperar que el ataque se reanudara al día siguiente, en condiciones aún más favorables para aquellos, sabiendo que la plaza se hallaba desprovista de víveres y soldados, y que un asalto era exponerse al saqueo y al pillaje. Hacia la medianoche, Ro-

chambeau envió a un oficial para saber si Rómulo estaba dispuesto a escuchar sus propuestas.

En ese momento ya se habían replegado hasta la ciudad algunas de las guarniciones apostadas en las fortificaciones exteriores, contra las cuales tanto habían luchado los indígenas. Tal era el caso de aquel sitio célebre<sup>6</sup> que ilustró tanto su valor como el del enemigo.

Rómulo le declaró al mensajero de Rochambeau que no se reuniría sino con un enviado que contase con los poderes necesarios para entenderse con él. Advirtió también al oficial su intención de continuar vigorosamente con las operaciones si no se lograba un acuerdo en el campo de batalla.

A la mañana siguiente, el mismo oficial trajo consigo una carta del jefe del estado mayor del ejército francés, en la cual hacía saber a Rómulo que se habían entablado negociaciones con los ingleses apostados delante del puerto, para evacuar la plaza; por tal motivo solicitaba que se suspendieran las hostilidades hasta que dichas negociaciones llegaran a su fin.

El general en jefe de la armada indígena consintió en dar una tregua por tan solo un día.

Este plazo no habría sido tan corto si el trato para el cual se había otorgado hubiese concluido favorablemente, mas no lo fue. Los ingleses impusieron condiciones que Rochambeau creyó necesario rechazar. El mismo día le propuso otra alternativa a Rómulo.

Una de las dificultades de la negociación con los ingleses era el problema de aceptar al Colono en Jamaica, pues le negaban incluso un asilo temporal en su colonia. ¡Así estarían hartos de él!

En apariencia, sin embargo, eran viejos y buenos amigos. Los ingleses sacaron provecho de aquella traición que les había en-

---

6. La plaza Verrières. (N. de A.B.A.).

tregado Saint-Domingue, aunque no sentían gran estima por el traidor. Era comprensible que lo despreciaran.

Al prohibirle la entrada en Jamaica, casi le imponían permanecer en Saint-Domingue, contribuyendo así sin querer a su perdición. ¡A tal punto había llegado la hora del castigo, que todo debía favorecer su cumplimiento!

Las propuestas realizadas por Rochambeau a Rómulo fueron seguidas de una capitulación firmada por uno de sus oficiales, a quien se le habían conferido los poderes necesarios, y por el mismo general en jefe de la armada indígena.

En el acta se estipulaba:

Que la ciudad sería entregada a los indígenas en diez días; que el ejército francés se retiraría con honores militares; que todas las naves necesarias para el transporte de este ejército y los habitantes tendrían la libertad de abandonar el puerto el día fijado; que los enfermos y heridos serían curados en los hospitales hasta lograr su perfecta sanación; que los habitantes europeos que permanecieran en la plaza serían protegidos; y que los hombres del país no podían, bajo ningún pretexto, ser forzados a embarcarse con el ejército francés.

Se intercambiaron rehenes para asegurar la ejecución del trato.

No habían expirado aún los diez días otorgados a los franceses cuando se embarcaron en sus naves y le entregaron la plaza a Rómulo.

La entrada de los indígenas en la capital de la colonia estuvo acompañada de las más vivas demostraciones de alegría. La guerra había terminado, el país había sido conquistado. ¡Qué motivo más legítimo de felicidad para los soldados que se iban a descansar, después de haber soportado tantas y tan duras fatigas; que tenían un techo, un abrigo, después de haber tolerado el sol, la lluvia y toda

la inclemencia del viento; que se encontraban en ciudades, después de haber vivido por largo tiempo en los bosques; que tenían finalmente provisiones y alimentos sustanciosos, después de nutrirse constantemente con raíces; parias que no conocieron jamás las delicias de la patria, las cuales contemplaban desde el fondo, en las tinieblas del país, y que ahora veían extenderse ante ellos, cual horizonte espléndido como sus sueños y vasto como su esperanza!

La alegría de la población civil de la ciudad igualaba por lo menos a aquella de los guerreros que acababan de librarla de la mano férrea del despotismo. ¡Estaba viva, respiraba por vez primera, después de veintiún meses! Escenas enternedoras tenían lugar en las calles. Algunos se reencontraban, se reconocían, se abrazaban, lloraban, reían; se daban el dulce nombre de *hermanos* y *hermanas*<sup>7</sup>; hermanos y hermanas de la patria. En adelante, los huérfanos tenían una madre...

La presencia del ejército indígena en la plaza no se caracterizó por ningún exceso. Reinó un orden perfecto.

No obstante, se quiso obligar a las naves francesas, donde se embarcaron Rochambeau y sus tropas, a que levaran anclas, amenazándolas con un cañón. Los franceses, acta en mano, reclamaron que se les respetara.

Este gesto brutal se les perdona fácilmente a los indígenas, gracias a la conducta observada en otra circunstancia y en la misma época.

Los ingleses, después de la capitulación, vigilaban muy activamente el puerto. Estaban ansiosos de aprehender a su presa. Te-

---

7. Las palabras *hermano* y *hermana* fueron usadas ampliamente durante la época de la proclamación de la independencia de Haití. Casi todos aquellos que se conocían o que intimaban de algún modo, se daban mutuamente dichos nombres. Era un parentesco consagrado por los eventos y, aunque hoy en día casi no se escuchen estos apelativos, continuarán en el futuro. (N. de A.B.A.).

miendo que los vientos del norte soplasen, alejándolos de la costa y favoreciendo el escape de sus enemigos, le pidieron a Rómulo un piloto que los introdujera en el puerto para capturar las naves ancladas. Rómulo se negó.

Este rechazo, de cualquier modo que se interprete, fue noble. Era noble si significaba que los indígenas sentían repugnancia ante la idea de inmiscuirse en una guerra extranjera o si era la expresión de un sentimiento de respeto hacia los vencidos. Era más noble aun si provenía del amor propio de estos hombres que, llegando al final de grandes trabajos y peligros, querían evitar que se dijera que habían recibido ayuda, cuando en realidad nadie había hecho nada por ellos, ni siquiera desearles buena fortuna.

Evitaron siempre la ocasión de ser socorridos, a tal punto que, durante la guerra, compraron varias veces pólvora de los ingleses y la pagaron al contado, ya fuera en dinero o en mercancías, pues no querían deberles absolutamente nada.

De resto, sentían poca simpatía hacia los viejos aliados del Colono: los amigos de la esclavitud, como los habían declarado en esa época, no podían ser sino sus enemigos.

Rochambeau se vio en la dura necesidad de entregarse a los ingleses como prisionero, junto con su ejército. Las fuerzas navales de las cuales disponía no eran suficientes para obligarlos a retirarse y era consciente de la imposibilidad de escapar. Entonces llegó a un acuerdo con sus enemigos europeos: todos los hombres que legalmente formaban parte del ejército fueron enviados a Inglaterra, los enfermos a Francia, y los habitantes de Saint-Domingue que habían seguido a la tropa, fueron desembarcados en la misma isla, pero en el viejo territorio español.

El Colono debió hacerse trasladar a la parte oriental de Saint-Domingue, que todavía pertenecía a Francia. Mas no pudo resolverse a abandonar el país porque la fatalidad lo retenía y soñaba

ardorosamente con los bienes que había perdido. Una esperanza secreta lo dominaba...

Sin embargo, sentía temor; tanto temor que hizo falta una *publicación* de Rómulo para que se decidiera a salir de la casa donde se había encerrado hasta entonces. Fue a presentar sus homenajes al vencedor, con la frente baja y una actitud sombría. Rómulo lo recibió de modo benigno pero, después de su partida, la expresión siniestra en el rostro del jefe decía lo suficiente como para saber que esta benevolencia era premeditada.

El Colono, deudor de mala fe, tenía que vérselas con un despiadado acreedor.

Habiendo caído la capital en poder de los indígenas y habiendo partido Rochambeau, ¿qué podía hacer la única ciudad<sup>8</sup> en Saint-Domingue donde aún ondeaba la bandera francesa? Rendirse. Todas las salidas al mar le habían sido cerradas; oleadas de cultivadores y un batallón de soldados la cercaban por tierra. Difícilmente se habrían enterado de lo ocurrido si los ingleses no se hubieran atribuido el deber de comunicárselo, sumando a esta gentileza la oferta hecha al comandante de la guarnición, bajo los mismos términos que se le habían planteado antes a Rochambeau.

El general a quien le fue hecha esta oferta poseía uno de los antiguos nombres de Francia<sup>9</sup>. A decir verdad, estuvo encargado, durante el año anterior, de comprar los perros destinados a jugar tan importante papel en la guerra contra los negros. Fue él quien cumplió esta misión tan poco *noble*, aunque no defraudó a sus ancestros. Fingió aceptar la propuesta de los ingleses pero, mientras les respondía para invitarlos a formular sus condiciones, se embarcó en tres naves de guerra a su disposición, junto a sus

---

8. La ciudad de Mole. (N. de A.B.A.).

9. El general francés Noailles (Louis-Marie de) (*idem*).

tropas y todas las familias que desearan abandonar la colonia. La intención del general era forzar la línea inglesa. Prefería la muerte a la capitulación. Las tres naves zarparon durante la noche. Dos de ellas fueron capturadas; la tercera, donde viajaba el intrépido general, tuvo la fortuna de pasar. Continuaba su camino cuando, desde las costas de una isla vecina, encontró una fragata inglesa, contra la cual libró un combate encarnizado. La fragata fue abordada, pero el general, que bien había librado su vida, recibió una herida y murió al cabo de poco tiempo, legando a su país su captura y su gloria.



## LIBERTAD, INDEPENDENCIA

SABEMOS QUE LA CAPITULACIÓN firmada por Rómulo estipulaba que los enfermos y heridos del ejército francés, que permanecieron en los hospitales del país, serían cuidados hasta encontrarse perfectamente sanos. Fue un deber libremente contraído por el hijo de la Africana y consagrado por su firma.

Por este motivo, no podía dejar de interesarse en esos hombres cuya posición exigía consideraciones, ofreciéndoles la protección de su autoridad hasta que fuera posible enviarlos a Francia. Así se creyó, por lo menos; aunque desdichadamente no fue el caso. Tres días después de la partida de Rochambeau, en el silencio de una noche profunda, todos los enfermos fueron retirados del hospital y embarcados en botes que los transportaron a algunas leguas de distancia. Ochocientos de ellos perecieron ahogados.

El Colono temblaba de pavor ante la noticia de esta *matanza*. Estela se hallaba indignada. Su boca se abrió para maldecir, pero retuvo la terrible palabra, presta a escapar. En el momento de pronunciar su condena contra Rómulo y Remo, quienes eran ahora solidarios y se hacían responsables de sus acciones, la joven sintió cierto escrúpulo y se tornó indulgente hacia los dos hermanos, movida por aquella reflexión que ya hiciéramos en otro capítulo: —Apenas habían salido del estado de naturaleza y unas pasio-

nes indomables los tiranizaban. Entonces siguieron el pernicioso ejemplo de hombres esclarecidos que no sabían controlarse. Sus heridas aún sangraban a causa de tanta injusticia. ¡Ellos habían sufrido tanto!

La hija del cielo recordó bondadosamente estas cosas. La caridad divina abogó por la causa de los descendientes de la Africana ante el tribunal de su amor. La empresa que llevaron a un glorioso fin también abogó por ellos. Estela no podía renegar de los obreros sin renegar de la obra, y esta era hermosa, como tantas otras obras humanas que, desde siempre y por doquier, están manchadas con imperfecciones. No existe una sola que esté completa, ni que realice un ideal. El pensamiento de Dios, traducido en hechos por el hombre, pierde siempre su virginidad. El edificio que se eleve más alto y con mayor cuidado, que mejor se decore con pinturas y esculturas, que más prodigue en mármol y oro, tendrá los pies en el fango tanto en lo físico como en lo moral. La vieja Europa ofrecía en la misma época un ejemplo de esta verdad cuando sintió la necesidad de una transformación moral. En ese momento, el genio de la humanidad encarnó en la nación más grande del globo, levantando un nuevo edificio social sobre bases casi divinas. Todas las almas apreciadas y esclarecidas se habían puesto sinceramente en obra; y, a pesar de ese inmenso concurso de inteligencias y virtudes, la primera piedra del edificio fue puesta sobre sangre.

La mensajera de la Justicia, que se halló en el seno de esta poderosa nación antes de venir a la colonia, vio esta sangre y lloró. Sin embargo, en Francia la revolución no se maldijo, y con mayor razón aún no podía maldecirse en Saint-Domingue, donde era ante todo necesario colocarse del lado de los hombres.

Estela separó la victoria de aquellas muertas; cual si se tratara de una maleza estéril destinada a asfixiar la semilla que acarrea-

ría los frutos de la civilización. Les hizo saber a los dos hermanos que la infamia de aquel crimen aún los acompañaba y que así ocurriría con cualquier crimen futuro: tendrían que rendir cuentas personalmente al Juez supremo. Si a lo largo de los años, ella no les había ahorrado advertencias, lecciones ni consejos, fue para tener el derecho de hacerlos enteramente responsables de sus malas acciones. Sin embargo, a modo de generosa compensación, ella adoptó su obra y la consagró con su potestad, brindándole su nombre inmortal.

Hacía cerca de un mes que la guerra había terminado y que los indígenas habían sucedido a los franceses en la posesión del país. Su *libertad* era indisputable: la *independencia* lo garantizaba. Estela quiso añadir el perfume de la incorruptibilidad al aroma de estas dos flores de la conquista, dándoles a Dios por padre y celebrando, bajo los auspicios de su santo nombre, su florecimiento bajo este campo vacío. Una espléndida ceremonia tendría lugar a fin de cumplir con este deseo de la hija del cielo. Se llevó a cabo en aquella ciudad del Norte que fue tomada por los indígenas al comienzo de la lucha por la independencia. Los dos hermanos recibieron la orden de que todo se dispusiera según la solemnidad de la ocasión. El despliegue militar, unido a la pompa religiosa, debía hacer más grato al Dios de los ejércitos la ofrenda de los corazones. La plegaria debía subir al cielo con el ruido de las campanas, los tambores y el cañón. La celebración debía tener, tanto como fuera posible, el estruendo, brillo y grandeza del hecho glorioso que perseguía consagrar. Estela formalizó el programa ella misma. He aquí cómo se instituyó nuestra gran fiesta nacional. Cada año le recuerda a la presente generación la debida gratitud hacia el Todopoderoso que hizo nacer una patria libre y dichosa; le infunde fidelidad hacia esta, inculcando amor hacia la generación que legó tan preciosa herencia.

Llegó el momento de que la virgen de la montaña dejara a los hijos de la Africana, a quienes dio todo: gloria, poder y libertad; y quienes ya no tenían que esperar nada más que de sí mismos. Digámoslo así, pues es la mejor manera de expresar este simple distanciamiento que deseamos explicar. La generosa hija del cielo ya les había prometido no abandonarlos jamás, y no haría sino retomar su lugar en la morada eterna donde un poder invisible vela por los pueblos.

Ella aprovechará la solemnidad que se prepara para revelarles quién es, misterio que ellos deseaban conocer desde su llegada a la montaña. La ceremonia asumirá un nuevo interés ante esta gran revelación.

Aún no anochece. El sol apenas desaparece detrás de las altas montañas que bordean el horizonte cuando un prolongado estrépito llega desde la ciudad. Es el estruendo lejano de una salva de artillería que anuncia la solemne ocasión del día siguiente. No quedándole más que una noche en la montaña, Estela desciende a la gruta, después de recorrer la orilla del río y visitar por última vez todos aquellos lugares donde había vivido y que había santificado.

Hizo arrancar la palmera plantada delante de la gruta y destruir las empalizadas del campamento: ya no había enemigos.

Se despertó antes del alba y tomó rumbo a la ciudad. La estrella de la mañana se elevaba en ese momento: era la aurora de un nuevo año. 1804 se había anticipado a la aurora. El mes de enero nacía entre perfumes.

Hay países donde el año envejece primero para de inmediato tornarse joven y madurar. Aquí, al contrario, comienza por ser joven para madurar, sin jamás envejecer. El camino que siguió Estela se hallaba bordeado de campeches en flor; torrentes de cristal corrían por los ríos que atravesaba; la brisa que jugaba con su cabello era fresca y perfumada; el cielo que se desplegaba sobre

su cabeza era de un azul límpido; la estrella que marchaba delante suyo tenía el brillo de un sol. El primer día de enero se iniciaba más hermoso que el más hermoso día de la primavera.

La hija del cielo apuró su paso hacia la ciudad y llegó en el momento en que el cañón saludaba al astro rey, ascendiendo a su trono en el infinito y prestando todo su esplendor a la fiesta. Los dos hermanos esperaban a su protectora en la puerta. Se inclinaron ante ella con un nuevo sentimiento de respeto y amor, y la acompañaron con gran pompa hasta la *Plaza de Armas*. Allí encontraron al ejército y al pueblo. Los soldados se alinearon con un orden admirable a lo largo del terreno; el pueblo se apretujaba alrededor del altar de la patria, construido en madera, elevado sobre dicho terreno, y decorado con motivos guerreros, como banderas y palmas. La palmera de la montaña le daba su sombra. Era, a la vez, un adorno y un símbolo. Estela la había hecho transportar desde su gruta hasta este lugar, donde fue colocada cuidadosamente, para que no perdiera nada de su frescura y belleza.

El cortejo se detuvo. Estela ascendió lentamente, majestuosamente, como la sacerdotisa de la Victoria. Se colocó bajo las palmeras. Rómulo y Remo se situaron a su lado. Se hizo un profundo silencio en el lugar. Los soldados pusieron sus armas al hombro. La multitud se hallaba atenta.

Remo leyó una *proclama* que dibujaba con palabras encendidas la conducta de los antiguos opresores, su violencia y sus crímenes. Allí se plasmaba el horror de la esclavitud y los amos. Allí rugía el odio, palpitaba la cólera, resonaba la amenaza. Se comprometían a no perturbar la paz de ninguna isla vecina, pero se prometieron vivir libres o morir.

La proclama conmovió hasta la última fibra del pueblo.

Otra acta, no menos enérgica aunque sucinta, fue leída por Rómulo: la declaración de independencia.

Este pacto, realizado entre los generales responsables del éxito de la guerra, unía indisolublemente a los colaboradores para la conservación de su obra. En el acta juraban, por siempre y ante el universo entero, que renunciaban a Francia y que morirían antes que vivir de nuevo bajo sus leyes. Lo juraron ante la presencia de Estela y delante del pueblo, que también juró. Fanfarrias, redobles de tambores y salvas de artillería hicieron eco a estos votos pronunciados por mil bocas.

El cortejo, ampliado por la multitud, se dirigió desde la Plaza de Armas hasta la iglesia, donde resonaban las campanas, el incienso ardía y el reconocimiento se expresaba con cánticos de acción de gracias. El padre bendijo los laureles depositados en el santuario, a los pies de Dios. Durante el *Te Deum*, el cañón no cesó de disparar, el tambor de batir y la trompeta de sonar. La victoria recibió el bautismo de la religión: ella era cristiana, es decir, inmortal.

Salieron de la iglesia fortalecidos por una nueva convicción, surgida de la fuente de toda fuerza y con el alma fresca de la plegaria; ese vapor celeste que sube y baña en rocío benigno al corazón.

Estela marchó de primera. Aún se dirigía hacia el altar de la patria, pero en esta oportunidad subió sola.

Con una voz fuerte que se hizo escuchar hasta en el último extremo del lugar, ella pronunció estas palabras memorables:

—Ciudadanos de un país, de ahora en adelante independiente y libre: el Padre común de los hombres, el Soberano Protector de las sociedades, me envió a la colonia hace catorce años para hacer triunfar su justicia. Él proscribire la violencia, condena la opresión, reprueba la inequidad. Toda tiranía es, para él, un ultraje. Él no creó la servidumbre; el yugo impuesto al hombre por el hombre es un atentado contra su poder: la naturaleza entera es libre. Leyes

tan piadosas como sabias rigen el mundo, que no respira sino la felicidad. ¡Vean este país tan ricamente dotado, tan poéticamente accidentado, tan maravillosamente decorado; siempre pródigo en verdor, siempre abundante en frutas, siempre cubierto de flores! Nada sufre, nada languidece, nada perece: la tierra produce eternamente y sin cultivo. Si la esclavitud es una monstruosidad, más lo era aún en esta isla donde su fealdad contrastaba con las bellezas más arrebatadoras de la creación. Sus rigores bárbaros la pusieron en contradicción directa con Dios, que se manifiesta aquí con tantas bondades inefables.

“Cumplan con el deber de odiar la opresión, para no tolerar jamás la llegada de un déspota ni de convertirse ustedes mismos en uno.

“¡Han gemido durante largos años bajo el peso embruteedor de sus cadenas; han blasfemado más de una vez, negado en su desesperación, esta justicia divina que tardaba en relucir! No comprendían que el cielo pudiera parecer sordo a sus plegarias, pues ignoraban que un siglo para el hombre es un minuto para Dios y que el gran Justiciero se apura más en recompensar que en castigar. Es Misericordioso porque es fuerte; es Paciente porque es eterno. El Árbitro Supremo permite frecuentemente que el crimen continúe y contiene el castigo, cual espada envainada. Creemos que la injusticia ha destronado a la equidad sobre la Tierra, que ha llegado el reino del mal. El hombre piadoso se entristece, se siente desolado, baja la cabeza en silencio; el malvado se enardece, redobra su orgullo, lanza al cielo una mirada desafiante. Mas, de repente, desaparece y su fortuna junto a él. *Aquel* a quien el rayo obedece, no solo golpea para castigar. ¿Por qué solo habría de escuchar a su cólera? Él no cede al terrible impulso de crear ruinas. Una razón más paternal lo anima: castiga en beneficio de una parte de la humanidad. Es así que su justicia no estalla sino a la hora pre-

viamente establecida, hora siempre fecunda, mas a veces lejana, y que es necesario saber esperar con confianza. ¡Desdichada el alma débil que duda!...

“No obstante, su voz, la voz de sus sufrimientos, ha sido escuchada. Fui llamada a socorrerlos y lo he hecho. Me aparecí ante ustedes en medio de las llamas; han creído ver una criatura humana en peligro; se han expuesto generosamente por mí; les vino enseguida la idea de inmolarme para satisfacer su resentimiento, habiéndome tomado por otra. Sus corazones se esclarecieron súbitamente: nada es más inteligente que el corazón. Me han amado sin conocerme y sin temer arrepentirse. Este amor fue un don inocente y voluntario; el más agradable que me podían ofrecer. Yo les he recompensado; les he secundado, dirigido, protegido; he velado por ustedes tanto de cerca como de lejos; he guardado sus municiones y sus armas; he combatido por ustedes y he permanecido como su amiga, a pesar de sus errores y faltas. En la época de su discordia, cuando Remo —y lo digo ahora para condenarlo todavía y prohibirlo por siempre— tomó la resolución de sacrificarse, el ser sobrenatural que lo aconsejó, le advirtió que ese sacrificio contaría algún día en su favor. El genio de la patria mantuvo su palabra; puedo decir también que he mantenido la mía. Todo lo que existe en este momento es mi obra. ¡Yo soy la *Libertad*, la estrella de las naciones! Cada vez que levanten los ojos al cielo, me verán. Como el astro inmóvil que guía al marino por las inmensas extensiones del océano, yo les guiaré en el campo sin límites del porvenir. Conserven su fe; ¡serán dichosos!

Los dos hermanos y el pueblo se arrodillaron vivamente emocionados. La adorable virgen les dirigió la más tierna sonrisa y, desplegando sus alas de ángel, emprendió vuelo hacia el cielo. Todos la siguieron con los ojos húmedos, hasta el momento en que se perdió en el espacio, dejando un largo surco de oro tras de sí.



## HAITÍ

CUANDO CRISTÓBAL COLÓN, impulsado por su genio, se lanzó a los mares desconocidos en busca de un nuevo mundo, descubrió, después de un largo y peligroso viaje, la isla que luego fue teatro de los eventos que hemos relatado de modo incompleto, y que se le apareció como un oasis en medio del mar. Los indígenas la conocían bajo el nombre de *Haití* (tierra montañosa). Él la llamó *La Española*, Ínsula Spana.

Esta se hallaba habitada por un pueblo dulce, inofensivo, hospitalario, que lo recibió amistosamente y le dio oro. Este regalo funesto excitó la codicia de los españoles que acompañaban a Colón: pasaron de amigos a enemigos, de conquistadores pacíficos a exterminadores. Los desdichados aborígenes de Haití se vieron muy pronto atacados, subyugados por la fuerza y condenados al trabajo homicida en las minas. Sus ávidos dominadores los forzaron a perseguir las vetas de oro en las entrañas de la tierra, donde este disminuía mientras aquellos se veían obligados a descender más y más, concluyendo por cavar verdaderos abismos, que sirvieron de sepulcro a un buen número de ellos; otros perecieron bajo la tortura y la guerra exterminó al resto. Perecieron todos, vencidos, mas no subyugados.

¿Quién fue ese pueblo primitivo? ¿De dónde llegó hasta esta isla? ¿A qué rama del árbol humano perteneció? ¿Cómo se desprendió de ella? Nadie lo sabe; su origen es completamente ignorado: solo conocemos su lamentable fin.

No dejó ni historia, ni crónica, ni tradición. Vivió en un estado salvaje y no se distanciaba de la barbarie a no ser por sus costumbres mansas y dulces. Sus conocimientos se limitaban a canciones y fábulas, poesía primitiva que pudo haber surgido del encanto y de la magia que el lugar les inspiraba.

Nada ha sobrevivido de todo esto, excepto algunas palabras que pasaron a la lengua de los actuales habitantes de la isla.

Los indígenas de Haití adoraban a horribles animales, tales como la culebra o el cocodrilo, y unían a este culto burdas imágenes que fabricaban ellos mismos.

Para convertirlos a la *verdadera fe*, los españoles recurrieron a toda clase de atrocidades. Transformaron la ley de la gracia en una ley de destrucción; convirtieron la religión de Cristo, árbol de vida que nutre y abriga el mundo, en algo tan fatal para el aborigen como el manzanillo, cuya sombra es mortal.

Después de haber exterminado a los indígenas, los españoles se asentaron al borde de los cráteres abiertos de las minas agotadas, y habiendo dejado a la isla sin cultivos, criaron algún ganado para suplir sus necesidades básicas.

Estábamos al inicio del siglo XVII.

Aventureros, oleadas de europeos acarreados por los vientos del océano, se establecieron en la isla de la Tortuga. Recibieron el nombre de *bucaneros*, debido al modo en que preparaban sus alimentos, los cuales consistían en carnes asadas sobre la llama de un *boucan*. Su única ocupación consistía en la cacería de novillos salvajes y jabalíes, que eran sacrificados en Haití, donde abundaban en grandes cantidades.

Vivían del producto de su caza y realizaban un comercio bastante lucrativo de pieles; todo ello, sin inquietar a los españoles.

Mas estos, que se consideraban como los amos exclusivos del Nuevo Mundo, arribaron un día a la Tortuga y sorprendieron a sus habitantes, dispersándolos.

Los bucaneros, reunidos nuevamente bajo la conducción de un jefe emprendedor, declararon la guerra a muerte a sus vecinos. Siendo pocos para intentar una invasión de Haití, atacaron las naves españolas y se convirtieron en *filibusteros*, nombre temible con el que sustituyeron al primero.

En frágiles barcos, estos intrépidos navegantes abordaron naves de guerra, se hicieron de ricos botines, surcaron los mares de las Antillas y se convirtieron muy pronto en el terror de sus adversarios.

No obstante, al saber que Francia había enviado a un gobernador apoyado por algunas fuerzas a una isla vecina (San Cristóbal), los filibusteros, que eran en su mayoría franceses, ofrecieron reconocer la autoridad de este, para poder recibir así su protección.

Su oferta fue acogida favorablemente. Se les dio un jefe y otros aventureros llegaron desde San Cristóbal para aumentar su número, que no pasaba de cuatrocientos.

La llegada de estos nuevos compañeros, franceses como ellos, los llevó a separarse de los ingleses, que se habían asociado a sus arriesgadas aventuras y que se establecieron posteriormente en Jamaica.

A pesar de su crecimiento y de la terrible reputación que crearon para sí, los habitantes de la Tortuga tuvieron que repeler aun otra agresión de los españoles. Siendo vencedores, fueron nuevamente atacados y expulsados de la pequeña isla. Varios años transcurrieron entre estos hechos y cuando regresaron a la Tortuga, que reconquistaron en 1660, la conservaron definitivamente.

El rey de Francia de ese entonces pensó seriamente en proteger a sus súbditos en América. Creó la compañía de las Indias Occidentales, que se puso de acuerdo con estos para asumir los derechos de los últimos conquistadores de la Tortuga y, mediante el pago de una pequeña suma de dinero, confió el gobierno de la isla a un hombre de buena cuna, cuyos sueños de fortuna lo habían llevado a vivir entre filibusteros que lo habían seducido con su azarosa vida.

Convertido en su jefe, este hombre intentó guiarlos hacia ciertos principios de orden, desviándolos de su espíritu de bandidos para conducirlos a mejores cosas; suavizando sus maneras al procurarles mujeres, que hizo traer desde Europa y que les vendía en subastas.

Estimuló la agricultura. Persuadidos por él, muchos filibusteros renunciaron a su existencia aventurera para entregarse al trabajo del campo.

Bajo su mando, los franceses comenzaron a establecerse en Haití, a pesar de la oposición de los españoles. Hubo guerras continuas entre ellos, que concluyeron con el Tratado de Ryswick en 1697, por medio del cual le fue cedida a Francia la parte occidental de la isla.

Al principio, hallándose en una tierra más vasta, los filibusteros sintieron la necesidad de nuevos brazos para el cultivo. Solicitaron la trata de esclavos, que el gobierno francés favoreció al suprimir el impuesto de cinco por ciento que debían pagar aquellos que introdujeran africanos en las islas francesas de América.

He aquí cómo se implantaron en Haití la esclavitud y los amos.

La isla tomó el nombre de Saint-Domingue.

La trata adquirió una considerable importancia, tanto del lado de los franceses como del de los españoles. Esta proporcionó, en

poco tiempo, millares de esclavos a Saint-Domingue. Se entregaron completamente a este comercio atroz de carne humana. Ello incitó la codicia de los menos codiciosos; tal como la esclavitud, esa usurpación egoísta del derecho natural desecó el corazón de los amos y endureció a los menos duros.

Con los primeros amos nacieron las primeras injusticias. En esta misma época de la colonización, tuvo lugar en la isla una revuelta de esclavos, provocada sin duda por los males ya acumulados sobre estos pobres exiliados. La insurrección se extinguió sin resultados, aunque esta no dejó de ser un reclamo de libertad en los inicios de la esclavitud.

Los filibusteros tenían bajo sus órdenes a europeos, *enganches por treinta y seis meses* —como se les solía llamar—, que se entregaban voluntariamente a una servidumbre temporal. Concluido su contrato, estos enganches recobraban todos sus derechos y se convertían a su vez en filibusteros, adquiriendo esclavos y alcanzando con frecuencia el escalafón más elevado de la sociedad colonial.

Para el africano, sin embargo, la situación era bien diferente. Él no venía a buscar fortuna en otro hemisferio, sino que había sido arrancado de su patria. No se había embarcado de manera voluntaria sino que había sido puesto con brutalidad bajo el yugo. Para él, la esclavitud no tenía nunca fin y se perpetuaba con su descendencia. El collar de hierro que aprisionaba el cuello de un esclavo se unía a otros collares, enlazando el infortunio de los pequeños ya nacidos y aquellos por nacer. Era una fatal cadena que se prolongaba hasta el infinito. El esclavo podía comprar su libertad solo cuando estaba en posición de pagar el valor que se le había asignado; cosa que, dadas las condiciones miserables en que vivía, ocurría en raras oportunidades. Algunas manumisiones tenían lugar cuando se daban pruebas de devoción y fidelidad extraordinaria al amo. A veces, una esclava convertida en madre por

el Colono obtenía la libertad, después de haber traído al mundo a sus hijos, que nunca eran reconocidos.

Mas, los africanos de ambos sexos, sin importar cómo habían llegado a obtener la libertad, jamás formaban parte de la clase ciudadana. No podían aspirar a convertirse en pares de sus antiguos amos, porque moralmente eran para siempre esclavos. A pesar de que la verdadera cadena –esa que había pesado sobre sus miembros, sobre su voluntad, sobre su propia vida y la de sus familias– se había roto, se arrojaba sobre ellos otra invisible, impalpable, que los sofocaba: la de los *prejuicios*.

Los prejuicios son como las miasmas de la esclavitud: vician el aire de las colonias. Para vivir es necesario levantar la cabeza y respirar una atmósfera más elevada.

En Saint-Domingue, el africano que había sido liberado de su servidumbre, junto a sus descendientes –incluidos aquellos hijos desheredados por el Colono–, eran reducidos al margen de la sociedad a causa de los prejuicios que les impedían firmemente el acceso. Se les designaba con el nombre de *emancipados* y, aunque ya no estaban bajo ninguna tutela y nadie tenía el poder de venderlos, de separarlos violentamente el uno del otro o de quitarles la vida, se hallaban incesantemente ofendidos, intimidados y humillados. Bajo la amenaza de ser perseguidos, debían profesar un soberano respeto hacia el europeo, observando frente a ellos una distancia *infranqueable*.

A los esclavos se les trataba de tal modo porque una pasión ciega creía leer con descaro en sus rasgos y en el color de su piel la palabra *inferioridad*. Esta se hallaba escrita en caracteres visibles, trazados por la naturaleza misma. La infamia se amparaba de este modo en semejante mentira para legitimar la esclavitud. ¿Acaso Dios concedió al hombre de coraje, su inteligencia y su virtud según la tonalidad de su epidermis? Es una pregunta que acababa de

resolverse entre los indígenas y sus adversarios, con la victoria de los primeros.

Haití significaba *libertad*; Saint-Domingue, *esclavitud*. Los héroes de 1803 restituyeron su primer nombre al país; el nombre que le habían dado los indios y el cual habían heredado por la voluntad de la Providencia, independientemente de cualquier posibilidad de un origen compartido. Lo nombraron Haití, en memoria de estos mismos indios que habían gozado de independencia y felicidad, hasta el día en que llegaron huéspedes desconocidos que, para su desdicha, ¡acogieron con demasiada prontitud!

Los haitianos, después de haber proclamado la independencia de la isla, se distrajeron de las fatigas de la guerra con las fiestas públicas, como si hubieran depuesto su cólera junto con sus armas. La felicidad engendra la clemencia. Cuando ya no soñaban con la venganza, el Colono recobró su arrogancia y tuvo la mezquindad de hablar de una futura invasión francesa y de su esperanza de recobrar las posesiones perdidas. Esta declaración, cuando menos indiscreta, circuló rápidamente y produjo el más funesto efecto. La situación poco estable del país habría sido suficiente para explicar la indignación y la alarma ocasionada por semejantes palabras, a lo que habría que sumar el odio antiguo y profundo que sentían hacia el Colono. Ese odio, adormecido en corazones que se habían entregado a la felicidad, se despertó súbitamente convulso, en medio de la agitación general. El pueblo demandó el holocausto de su enemigo.

Por otra parte, en una ciudad del Sur, algunos franceses, entre los que se encontraba un oficial recién reclutado en el ejército haitiano, se embarcaron bruscamente en una corbeta inglesa anclada en el puerto. El oficial se hallaba de servicio y había abandonado su puesto: creyó ver en eso una traición. La autoridad del lugar reclamó al fugitivo; no le fue entregado. No obstante, antes de

zarpar, la nave envió un bote de remos para recolectar agua en la fuente de la ciudad. Estaba prohibida la comunicación de embarcaciones extranjeras con tierra, excepto en puertos autorizados para el comercio. Los hombres del bote fueron arrestados. El pueblo se alzó contra ellos y, a fin de satisfacerlo, fue necesario exigirle a la corbeta el desembarco del oficial que llevaba a bordo y se le advirtió que si se negaba se les daría muerte a los marineros. El comandante de la corbeta no podía sacrificar la vida de su tripulación para salvar a los extranjeros que se habían refugiado en su nave. Ofreció entregarlos a todos. Se aceptó solamente al oficial, quien se había hecho haitiano por su propia voluntad. Fue pasado por las armas y, desde ese momento, se creyó de modo general en la isla que existía una conspiración extranjera, un atentado a la seguridad del país.

Estas dos circunstancias decidieron la suerte de la población europea de Haití que pereció bajo el golpe de miles de brazos armados por el furor. El sexo, la edad, la inocencia, el crimen, todo se confundió en la misma venganza. El fuego destruye, sin conciencia de sus estragos, los metales más viles y los más preciosos. El huracán arrasa la tierra, acarreando indistintamente el humo infecto y la rosa perfumada. Así se sació la cólera popular, impetuosa como el huracán, terrible como el incendio. Se degollaron mujeres y niñas, se masacraron ancianos; el cráneo de los infantes se estrelló contra las rocas. Las ciudades y los campos fueron inundados de sangre, como si esa sangre tuviera la virtud de purificar el suelo de la corrupción de la esclavitud, pues tanto era el ardor con que se la derramaba.

Los hombres perecieron primero. Se mató hasta que no había ya a quien matar y luego se hizo un alto. Las mujeres respiraron; estaban revestidas de la inviolabilidad de su naturaleza frágil. Además, la inmólación de esposos y familiares cercanos, algunos



apuñalados en sus propios brazos y ante sus ojos, la aflicción, el terror y la angustia, ¿no habían sido ya un suplicio? Desdichadamente no parecía suficiente.

Los *homicidas* no se detuvieron más que para retomar el aliento y entregarse a sus pasiones. La última parte de su obra era la más difícil. Necesitaban de un nuevo coraje para levantar el arma y dejarla caer sobre las cabezas de madres con lágrimas e infantes sonrientes. No la adquirieron sino violentando la naturaleza. Este dudar en un momento de odio le hacía honor a la humanidad.

La masacre se reinició y sucesos espantosos acompañaron las últimas escenas de esta carnicería.

En la capital de la vieja colonia, un gran número de mujeres fueron conducidas, bajo el golpe del tambor, entre dos columnas de soldados, hacia el lugar donde debían ser ejecutadas. Siguiendo el camino principal de la ciudad, la marcha fúnebre, escoltada por tal ruido, excitó la curiosidad de una mujer, vieja e inválida, que se hallaba encerrada en su casa desde hacía mucho tiempo. Se informó sobre lo que ocurría afuera. Le respondieron que se trataba de francesas conducidas al suplicio. Siendo ella misma francesa, la valiente anciana tomó sus muletas y se unió a aquellas desdichadas, que fueron todas inmoladas a golpe de bayoneta.

Pero, en cambio, se vieron corazones nobles, mujeres del país –tanto en las ciudades como en los campos–, que escondieron cuidadosamente a los franceses, alimentándolos con comidas preparadas por ellas mismas para no arriesgarse con confidentes indiscretos y ayudando a escapar a sus protegidos, cubriéndolos con sus propias ropas.

Se vieron también mujeres haitianas que arrancaron de sus madres naturales a niños franceses y testificaron bajo juramento que eran descendientes de africanos. ¡Santa impostura que salvó a muchos inocentes!

Por último, se vieron escenas en las que hijos de franceses, descendientes de esclavos que no habían sido reconocidos y a quienes se les había prohibido incluso en otra época llevar el apellido de sus padres, lucharon obstinadamente por la vida de esos europeos, a riesgo de sus propias vidas.

El gobernador de Haití otorgó la gracia a algunos proscritos. Perdonó a todos los polacos que sirvieron en el ejército francés e incluso les dio la ciudadanía.

A pesar de ello, la población francesa desapareció del país, con el Colono en primer lugar. Se le hizo prisionero cuando ya sentía los estertores de la muerte. Se le arrastró hasta la tumba de la Africana, forzándolo a arrodillarse y a pedir perdón por sus iniquidades hacia Dios y los hombres y, allí, se vertió toda su sangre.

.....

Así se completó la revolución en Saint-Domingue, inaugurada por el suplicio –el suplicio de Ogé, de Chavannes y de otros mártires– y concluido por una masacre... A pesar de todos los crímenes que ensangrentaron su curso, esta revolución fue tan grande como ninguna. El pueblo que se emancipó puede sentirse hoy glorioso. Su espíritu debe recordarse frecuentemente para no desdecir de su pasado.

Este pueblo unió su vida a la de otros dos pueblos. Brindó defensores para la causa de la independencia americana en 1779, mucho antes de que esta misma naciera frente a la vida de las naciones. En 1816, Bolívar vino a fortalecerse en su seno, preparándose para la lucha que habría de emancipar a la América española.

En esta última época, Haití, amenazado desde el interior de sí mismo, tenía necesidad de todos sus hijos. Petión respondió a

la salud del Estado y les permitió a los haitianos unirse al futuro libertador de Colombia, dándole municiones, armas y consejos, a cambio de la emancipación general de los *esclavos*.

Los colombianos podrían olvidar el papel que jugó Haití en su liberación. Hay por tanto cosas que el corazón siempre debe recordar.

La patria de Washington niega el servicio de Rigaud, Beauvais, Villatte, Chavannes, Christophe-Mornet, Belley, Henri-Christophe y otros guerreros que rivalizaron en valor con sus más celosos defensores. Ella lo niega al oprimir la raza que produjo a estos hombres valientes, al retenerla en cadenas. La esclavitud suma así el horror de un nuevo crimen. ¡Que América se ruborice!

El pueblo de Haití está lleno de juventud y savia. Se ha constituido para perdurar: lo creemos firmemente, pues tanta vitalidad no ha sido dada en vano. Habita el país más hermoso que brilla bajo el sol. Como en el delicioso jardín donde fue puesto el primer hombre, solo necesita estirar la mano para recoger el fruto que la tierra le ofrece. Tan joven, vigoroso, abundantemente provisto de las cosas necesarias para la existencia, puede, con mayor facilidad, adquirir esas riquezas intelectuales, que solo cuentan entre la aristocracia de las naciones. Para disfrutar de una felicidad digna de envidia, los haitianos no tienen más que desearla. ¿Y por qué no habrían de hacerlo? Ellos saben que solo salvando el alma se puede ser realmente feliz. Solo se es fuerte gracias a la inteligencia, y esta sublime facilidad se desarrolla solamente mediante el contacto con la civilización.

La civilización no es excluyente. Esta atrae en lugar de repeler y es por ella que se debe establecer la alianza del género humano. Gracias a toda su poderosa influencia, ya no habrá en la Tierra ni negros, ni blancos, ni amarillos, ni africanos, ni europeos, ni asiáticos, ni americanos: habrá hermanos. Ella persigue con su luz a la

barbarie que se esconde. Donde esta, con voz moribunda, aconseja la guerra, la civilización aconseja la paz; y cuando pronuncia la palabra odio, ella responde amor. Nuestro país no es extraño a las ideas progresistas del siglo. Dios le grita: ¡avanza! y, en su penoso ascenso, nuestros votos sinceros lo acompañan.

FIN

# ÍNDICE

## ESTELA

Presentación .....	IX
Nota del traductor .....	XXIII
Nota a la presente edición .....	XXV

## ESTELA

Advertencia .....	3
Al lector .....	5
Saint-Domingue .....	7
María la Africana .....	13
Rómulo y Remo .....	21
La montaña .....	25
Represalias .....	30
La Desconocida .....	35
El Colono .....	40
El sueño .....	46
El ataque .....	51
El día después de la victoria .....	57
Un nuevo enemigo .....	62
El Pacificador .....	67
La gruta .....	72

Libertad general.....	77
Nuevos combates.....	82
La coalición.....	86
Acusación, partida.....	89
Débora.....	94
Fin de la guerra extranjera.....	98
El maquiavelismo colonial.....	103
Amor y rivalidad.....	107
El genio de la patria.....	112
La guerra civil.....	118
La guerra civil. Último episodio.....	122
Resultados de la guerra civil.....	126
La expedición francesa.....	132
Defensa de La Crète-a-Pierrot.....	138
El gobierno del Capitán General.....	143
Reconciliación.....	148
Regreso a la montaña.....	154
La Guerra de Independencia.....	160
Muerte del Capitán General.....	166
Rochambeau.....	173
El baile.....	180
Los perros.....	188
Últimos esfuerzos.....	197
Partida del ejército francés.....	204
Libertad, Independencia.....	221
Haití.....	229







Este volumen de la Fundación Biblioteca Ayacucho,  
se terminó de imprimir el mes de octubre de 2016,  
en los talleres de Fundación Imprenta de la Cultura, Guarenas, Venezuela.  
En su diseño se utilizaron caracteres roman, negra y cursiva de la familia  
tipográfica Times, en cuerpo 8, 9, 10, 11 y 12 puntos.  
La edición consta de 2.000 ejemplares.





## ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

Sara Beatriz Guardia (Comp.)  
*Mujeres de Amauta* (vol. 37)

Ángel Rama  
*Martí: modernidad  
y latinoamericanismo* (vol. 38)

César Rengifo  
*Teatro y sociedad* (vol. 39)

José Antonio Ramos Sucre  
*Meditación inquieta* (vol. 40)

Ana Enriqueta Terán  
*Extravagancias lúdicas* (vol. 41)



Portada: Detalle de *L'abolition de l'esclavage dans les colonies françaises en 1848* (1849) de François-Auguste Biard (Francia, 1798-1882). Óleo sobre lienzo, 261 x 391 cm. Museo Nacional del Palacio de Versalles.



MINISTERIO  
  
DEL PODER POPULAR  
PARA LA CULTURA

## Colección Claves de América

*Estela* (1859) es considerada la primera novela haitiana. Su autor, Émeric Bergeaud (1818-1858), la escribió durante su permanencia como exiliado en Francia, donde es publicada por Alexis Beaubrun Ardouin (1796-1865), amigo del escritor, al año siguiente de la muerte de su creador.

Su valor literario no radica solamente en sus características fundacionales, sino en que Émeric Bergeaud logró construir una obra simbólica en la que hace un recuento ficcional de la independencia haitiana. Él utiliza las formas de la novela histórica y el simbolismo para criticar la sociedad que se formó a partir de la independencia. Haití es retratada como hija de África y Francia; de la primera hace recordar sus raíces culturales y traslada al nuevo suelo caribeño las antiguas costumbres; de la segunda, toma las ideas transformadoras que dieron pie a la Revolución Francesa, y al mismo tiempo, inspiraron los movimientos independentistas en Haití y el continente americano.

ISBN: 978-980-276-533-1



9789802765331